Pícaros y listos de las minorías de China

Pedro Ceinos Arcones

Pícaros y listos de las minorías de China

Pedro Ceinos Arcones

Los Papeles del Dragón Blanco

Kunming 2014

Copyright Pedro Ceinos Arcones 2014

Los papeles del Dragón Blanco

Kunming, 2014

peceinos@hotmail.com

Diseño de portada: Pedro Ceinos Arcones, sobre una máscara de la minoría Bai en exhibición en el Museo de las Nacionalidades de Yunnan. Kunming.

Los Papeles del Dragón Blanco

A lo largo de los últimos años he ido traduciendo cuentos, mitos, leyendas y relatos de las minorías de China. Dado el escaso interés que existe en Occidente y en la propia China, por estos temas, considero que será imposible publicar de forma comercial ni siquiera una parte significativa del material traducido, por lo que lo iré dando a conocer por medio de pequeñas tiradas o ediciones digitales en la red.

Hace más de 20 años que me dieron mi primer nombre chino, Bai Xinong (blanco + España + campesino), una transliteración aproximada de mi nombre y apellido, compuestos ambos de fonemas impronunciables en chino, pero dado que en el sur de China la gente confunde la "n" con la "l", acabé siendo llamado y aceptando como mi nombre "Bai Xilong" (blanco + España + dragón), no tan fácil de confundir.

Durante la redacción de mi libro *El Tigre en China, imagen y símbolo*, las continuas referencias al Tigre Blanco (Baihu) y al Dragón Verde (Qinglong) como representantes del yin y el yang, me permitieron descubrir que el azar me había proporcionado un nombre muy auspicioso: "Un español entre el tigre y el dragón." Nombre que utilizo ahora para presentar estos mis papeles.

ÍNDICE

Introducción: El pícaro, el listo y el sabio en la literatura de las minorías.

Etnia Bai

- Los gusanos se comieron la plata.
- El Gobernador engañado.

Etnia Bulang

El fruto de la sabiduría.
Pescando y prendiéndose fuego.

Etnia Buyi.

El Señor Yinyang (el geomante).
Izquierda, derecha.
Haciendo de testigo.
Cuidando la azada.
Atrapando al jabalí.
Atrapando al zorro.
Cargando sal.
Cavando un tesoro.
Cogiendo peces.
Comiendo pollo.
El jarrón floreció.
Los ratoncitos blancos.
Matando vacas y cerdos.

No es carne de perro.
No me atrevo a acercarme.
Pensando en ti.
Quitarse el sombrero.
Soltando agua.
Ver de lejos.

Etnia Dai.

La piedra preciosa.
Tirando del niño.
¿Quién robó la vaca?

Etnia Daur

El Lama y el carpintero.

Etnia Dong

Portaperros.
Llevando la vaca al árbol.

Etnia Dulong

El hábil Peng mata el rey de los demonios.
Acónito cura a los demonios.
Los "muertos" asustan a los demonios.

Etnia Hani

Carne para los antepasados.
Comprando cerillas.
Adivinando con huesos de pollo.

Etnia Jingpo

Castigando al señor.
El perro que ara los campos.
Comiendo sandía.

Etnia Jino

La mamá cerda del terrateniente.
El rico bebe orina de caballo.

Etnia Lisu

La venganza.
Buscando oro.
Guang Jiasang sale de viaje.

Etnia Miao.

Fang Jiangshan y su patrón.
Fang Jiangshan y el señor prefecto.
Fang Jiangshan esclarece un caso policial.
Subir o bajar del caballo.
El suegro.

Etnia Naxi.

La fama del señor Mu
Vendiendo carne de cerdo loco.
¿De quién es este ternero?
Compénsame con un oso.
El señor Mu adelgaza.

Etnia Wa.

El caballo que cagaba dinero.

¿Fuego de arena?
No abras a nadie
Matando moscas.

Etnia Yao

El caballo de los mil li.
La venganza de Subaonu.

Etnia Yi.

Leyendo maldiciones.
Esquilando al perro.
No se lava bien.

Etnia Yogur

El ingenioso Mula.

Etnia Zhuang.

El demonio come patos.
El huevo de pato.
La verdadera santidad del Buda.

BIBLIOGRAFÍA

Introducción: El pícaro, el listo y el sabio en la literatura de las minorías de China.

Durante la década de los 80 del siglo XX se produjo una gran actividad editorial en el campo de las investigaciones sobre la cultura y folklore de las minorías de China. Los investigadores que se dedicaron al estudio de las literaturas populares de los pueblos indígenas tradujeron un impresionante número de obras al idioma chino: mitos, leyendas, poemas, canciones y narraciones de diversos géneros. Entre ellos, uno de los pocos que llamó la atención del público en general fueron las narraciones de las aventuras de los pícaros o personajes ingeniosos de las distintas minorías, especialmente las del genial Afantí, el pícaro de los uigures y otros pueblos turcos, del que se han publicado centenares de versiones, algunas con dibujos para los niños e incluso se ha creado una serie de dibujos animados inspirada en sus andanzas.

Una de las razones del éxito de estas narraciones no cabe duda radica en su sencilla comprensión. Los breves relatos que narran los episodios de estos personajes son fáciles de leer y entender hasta para los lectores infantiles o juveniles. Otra razón tal vez se haya debido al especial momento político de la República Popular China, pues siendo una temática constante a lo largo de los mismos el rechazo a la opresión de los mandarines, terratenientes y gobernadores por un ingenioso personaje representante del pueblo llano, muestran la raigambre de la tradición revolucionaria entre estos pueblos, y su infatigable

resistencia, aunque sólo sea con la sátira y la burla literaria, ante la continua opresión de que eran objeto por parte de los poderosos. Pues el esquema de la mayoría de estas narraciones es semejante: el rico, el opresor, el terrateniente o el gobernante, pone en aprietos a la gente sencilla, bien sea al pícaro o a toda la comunidad. Sus planes generalmente se ven frustrados por la acción de un ingenioso personaje, llevando la acción a un desenlace generalmente feliz que despierta en el lector una sonrisa. Otro modelo muestra un desafío directo de ingenio entre el rico y el pobre, del que el segundo, y con él todos los pobres que escuchan el relato, sale invariablemente vencedor. La dulce venganza del humor por los que no poseen más que la palabra.

Ese carácter enmarcado digamos en la lucha de clases que comparten la mayoría de los cuentos aquí publicados, así como los publicados en cientos de libros en China, no significa que las actividades de estos personajes se circunscribieran únicamente a engañar a los ricos y poderosos. Muy al contrario, las colecciones publicadas en idiomas occidentales sobre los pícaros entre los tibetanos (Apu Tompa)[1], y Lisu (Khwadjasap, llamado en chino y en este libro Guang Jiashan) sugieren que las actividades de estos personajes son mucho más variadas de lo que este librito puede hacer pensar, encuadrándose muchos de ellos en el arquetipo de pícaro común a muchas tradiciones. Pícaro que engañaría sin piedad a cualquier miembro de la comunidad que se pusiera por delante y que sería protagonista, como son los dos pícaros antes mencionados, de las numerosas historias picantes con las que también se entretenían las poblaciones campesinas antes de llegada de los medios de comunicación modernos.

[1] Algunos ejemplos de los mismos se encuentran en las obras de Rinjing Dorje y Margaret Causeman.

No se puede descartar que todos los cuentos presentes en este volumen, en los que el protagonista es un personaje ingenioso, no sean más que la punta del iceberg de una riquísima literatura del pícaro, pues entre los Apatani, un pueblo de lengua tibeto-birmana que vive en el estado hindú de Arunachal Pradesh con algunas aldeas en China consideradas como parte de la minoría Lhoba, el pícaro es Abo Tani, que es en palabras de Blackburn: "un pícaro que es también el primer héroe cultural. Aparece en todo tipo de historias, leyendas de la migración, cantos de curación, textos rituales y especialmente mitos de origen, ya que virtualmente cada cosa de importancia, del arroz a los principales festivales, se puede trazar a él" (2008: 64). Un papel que no dista mucho del que vemos en los cuentos traducidos de la minoría Dulong.

Aunque hay una cierta tradición de cuentos de este tipo entre los propios chinos, poco se ha investigado sobre la misma, y aún menos se ha traducido. Que yo recuerde sólo salió hace varios años un librito en inglés con una recopilación de historias humorísticas. Por otra parte, dado que desde la dinastía Yuan de los mongoles el gobierno de la Provincia de Yunnan estuvo encomendado a funcionarios originarios de la Ruta de la Seda, entre los que los cuentos del pícaro Afanti eran muy populares, es posible que este personaje haya tenido alguna relación con el surgimiento de los personajes ingeniosos en las minorías del sudoeste de China.

Además se podría conjeturar que el nombre de algunos personajes, como Aytan de los Naxi, Aitu de los Jino, o Ajuni de los Hani, podría apuntar asimismo a una reelaboración local de esos cuentos de Afantí.

No obstante el objetivo de este libro no es analizar el origen o genealogía de estas literaturas, sino presentar ante el lector no especializado una serie de cuentos de diferentes minorías, que no sólo estoy seguro serán capaces

de despertar una sonrisa en la mayoría de las veces, sino que en muchas ocasiones aportarán soluciones ingeniosas a problemas que no distan mucho de los que cada uno puede encontrar en su vida cotidiana.

A pesar de que he intentado dar una cierta unidad formal a estas traducciones, el lector inteligente podrá descubrir que se han realizado a lo largo de un buen número de años sin responder por regla general a un objetivo predeterminado. Algunas fueron traducidas para ser publicadas en mi página web (www.chinaviva.com), y otras por el simple placer de darlas a conocer algún día en mi idioma.

Por supuesto que la riqueza de este género permitiría sacar un volumen con los cuentos más populares de cada minoría, como ya se ha hecho con algunos de ellos en China (Aytan, Jia Jin, etc.). Pero esta obra ni es una selección cuidadosa de los mejores de estos cuentos ni responde a un plan editorial predeterminado, sino que presenta al lector una serie de cuentos que el azar me llevó a traducir en diferentes circunstancias durante los años noventa del siglo XX. Nadie debe pensar por lo tanto que las minorías de las que no se ha incluido ningún cuento en este librito carecen de narraciones semejantes, ni que los personajes ingeniosos de cada minoría se reduzcan a los aquí presentados. Sin haber realizado un estudio metódico, por lo que he podido percibir en el proceso de traducción, parece que determinados personajes ingeniosos son populares entre la población de un grupo étnico en una región, mientras que entre los que habitan otra zona los personajes ingeniosos son otros.

Es preciso señalar que este libro, auto editado por el autor para ser leído en plataformas digitales o impreso sobre demanda, no se ha beneficiado de los laboriosos procesos de revisión editorial, comunes en las ediciones comerciales, que tanto contribuyen al buen acabado y

presentación de una obra. Las breves presentaciones que encabezan los cuentos de cada grupo étnico han sido extraídas de www.chinaviva.com, su objetivo es únicamente destacar algunas de sus características más interesantes.

Por último deseo expresar mi agradecimiento a Wei Hua siempre dispuesta a solventar las dudas que fueron surgiendo en el proceso de traducción.

ETNIA BAI

Los Bai son una de las minorías que más largo contacto ha tenido con los chinos. Es también una de las que ha recibido más influencias culturales. Esto ha sido debido a la accesibilidad de las tierras que habitan y a su condición de agricultores. Los Bai son casi dos millones de personas, que viven fundamentalmente en la provincia de Yunnan, concentrados en las fértiles llanuras que rodean la ciudad de Dali, a la orilla del lago Erhai. En los libros antiguos se les llamaba Minjia. Los Bai hablan un lenguaje de la familia tibeto birmana rama yi. En su lenguaje se han incorporado numerosas palabras chinas debido al largo contacto entre ambos pueblos. La mayoría de los Bai, de hecho, son bilingües.

Tienen una cultura muy avanzada, una vida económica que gira en torno al cultivo del arroz y una religión que enfatiza el culto a la diosa budista Guanyin, y a los héroes fundadores de cada aldea, conocidos como los *Benzhu* (Señores de la Localidad), que son venerados únicamente en la aldea correspondiente.

Su personaje ingenioso más conocido es Liu Ba, que siempre ayuda al pueblo burlándose de los poderosos, en los cuentos la figura un poco anónima del gobernador (*tuguan*).

Los gusanos estropearon la plata

Hubo una ocasión en que uno de los sirvientes que trabajaba en los campos del gobernador se puso enfermo. Liu Ba fue a visitarle y al ver que no era una dolencia pasajera pensó en comprarle medicinas. El único problema era que no tenía dinero. Así que fue a pedirle prestado al gobernador, pero éste se negó a ayudarle. En vista de que por esa vía no podría conseguir nada, Liu Ba empezó a pensar la forma de encontrar un remedio.

Cuando ya tuvo su plan preparado se acercó a la casa del gobernador y esperó a que éste saliera, como todos los días después de tomar el desayuno. Cuando se hubo alejado un poco, Liu Ba entró a la casa muy excitado y dijo a la esposa del gobernador:

- Ama. Los vecinos de la casa de al lado han sacado a airear su plata[2].

La señora se quedó un poco sorprendida, pues tenía por costumbre airear las ropas e incluso algunos muebles, pero nunca había escuchado que hiciera falta airear la plata. Pero, temiendo que a la vuelta su marido pudiera enfadarse, le respondió:

- Si los vecinos la están aireando, nosotros también lo haremos.

Entonces se dirigió al almacén y sacó tres cajas de plata, las pesó con cuidado y se las entregó a Liu Ba para que las llevara al patio a orearlas.

[2] Se refiere sobre todo a las monedas o lingotes de plata.

Liu Ba colocó la plata en el patio y se quedó vigilando que nadie la robara. Era un pretexto adecuado, pues fue aprovechando cada ocasión en que se encontraba solo para ir escondiendo entre sus ropas algunos trocitos de plata. Así se pasó todo el día, acabando al final del mismo con suficiente plata para llevar a cabo sus propósitos.

Cuando el sol se ponía por el oeste y la noche se acercaba, Liu Ba entregó la plata de nuevo a la mujer del gobernador, asegurándole que ya se había oreado suficiente. Ésta la pesó de nuevo descubriendo para su sorpresa que en vez de tres cajas sólo había dos y media. Entonces se dirigió enfadada a Liu Ba.

- Liu Ba, aquí falta media caja de plata. ¿Qué has hecho con ella?

Éste le respondió tranquilo:

- Señora, yo no he hecho nada con la plata, pero almacenada como estaba en un sitio húmedo, la plata ha criado gusanos. Hemos tenido suerte de sacarla hoy mismo a orear, y que sólo se haya estropeado media caja. Si llegamos a dejar pasar unos días más seguro que habría aún menos.

Cuando acabó de hablar sacó de la caja un lingote de plata y señalando unos agujeros en su superficie le insistió a la buena mujer:

- ¡Mire! ¡Mire si no me cree! Estos son los agujeros que han roído los gusanos.

Al ver que sobre la superficie de los lingotes efectivamente había unos agujeros, la mujer del gobernador tomó sus palabras como ciertas, y se resignó a aceptar la pérdida de la media caja de plata que faltaba.

En cuanto hubo abandonado la casa del gobernador, Liu Ba tomó la plata que había ido escondiendo durante el día y se fue a comprar medicinas para el trabajador enfermo. Con lo que le sobró aún tuvo para comprar un poco de ropa para los otros trabajadores, e incluso unos pollos,

patos y corderos, con los que esa misma noche celebraron una buena fiesta[3]

[3] Este cuento y el siguiente han sido traducidos de Selección de Cuentos de personajes ingeniosos de las minorías nacionales de Yunnan.

El gobernador es engañado

Como el gobernador era frecuentemente burlado por Liu Ba, no se sentía muy contento, y siempre estaba buscando la forma de dar una lección a ese pícaro servidor.

Hubo un año que al llegar el duodécimo día del octavo mes lunar se iba a celebrar el cuadragésimo sexto aniversario del gobernador. Éste se sentía especialmente contento, pues para la tarde había preparado una gran fiesta a la que estaban invitadas todas las personas importantes de las cercanías. Celebrando su alegría desde la primera hora de la mañana, después de desayunar el gobernador bebió unas copitas de licor. Cuando los efectos del alcohol empezaron a notarse el gobernador estuvo diciéndose a sí mismo:

"Tu, Liu Ba, no dejas de ser un siervo. Yo soy el gran señor de este palacio. Sobre tu cuerpo, Liu Ba no llevas ni una prenda un poco decente, mientras que las sedas y brocados llenan mis baúles. Mis tesoros consisten en cajas llenas de oro y plata. En todo soy más fuerte y poderoso que tu. ¿Cómo es que siendo un miserable siervo aún te atreves a burlarse de mí? Nunca más podrás hacerlo. No, seguro que nunca más podrás burlarte de mí, pues yo soy, de hecho, la encarnación de una importante estrella caída del cielo. Hoy cumplo cuarenta y seis años, el padre cielo siempre me ha ayudado. Te voy a demostrar quién manda aquí. Te voy a dar una buena lección. Hoy voy a castigar todas tus travesuras del pasado. Entonces ya sabrás quien es el jefe en esta casa."

Según iba pensando se iba sintiendo más furioso con Liu Ba. Por lo que dejó sus pensamientos y ordenó a uno de sus criados que le hiciera venir. Liu Ba, que estaba trabajando en el campo, cuando tuvo noticia de su urgente requerimiento, empezó a pensar por qué diablos le había llamado al amo. Volvió a casa con una lentitud provocativa, sabiendo que su tardanza contribuiría a enfadarle.

Cuando por fin se presentó ante él, el gobernador empezó a hablar enfadado:

"Liu Ba. Siempre estás burlándote de la gente y eso no está bien. En esta casa eres sólo un pobre siervo, y ya que crees que eres capaz de burlarte de todo el mundo hoy vamos a probar si puedes burlarte de mí. Si eres capaz no me enfadaré ni te castigaré, si no lo eres te obligaré a dejar esos aires de listillo para siempre."

Liu Ba hizo como si las palabras del gobernador le afectaran profundamente, permaneciendo durante un rato callado ante él. Luego le contestó con tono humilde:

"Señor, hoy es su aniversario. El cielo le estará cuidando de forma especial. Aunque en el cielo aparecieran tres soles yo de ninguna forma podría vencerle, y además ¿de dónde voy a sacar tiempo para burlarme de usted? Ahora mismo está toda la gente de la casa sacando pescados del Estanque de las Aguas Tranquilas, y aún quiero llegar a tiempo de coger algunos peces para cenar."

Al acabar de hablar Liu Ba se disculpó y abandonó su presencia. El gobernador, cuya avaricia era de sobra conocida por todos los que le trataban, empezó a sentirse nervioso pensando que todos sus siervos estaban pescando los mejores peces del Estanque de las Aguas Tranquilas, y a él no le quedaría nada, así que enseguida ordenó a un servidor que le preparara un caballo, y llevando un gran cubo para guardar los peces se dirigió al Estanque de las Aguas Tranquilas.

Cuando llegó al estanque sólo vio sus aguas tranquilas, pues en la orilla no había absolutamente nadie, así que suspirando se volvió a casa. Una vez allí llamó a Liu Ba, maldiciéndole en voz alta:

"En el Estanque de las Aguas Tranquilas no había absolutamente nadie. ¿Por qué dijiste que había gente sacando pescado?"

Liu Ba parpadeó asombrado y le respondió con calma:

"Señor. ¿No fue usted mismo el que me dijo que probara a ver su podía burlarme de usted?"

En ese momento el gobernador se dio cuenta que había sido engañado por Liu Ba una vez más. Esa estrella descendida del cielo aún no se podía comparar con un simple siervo.

ETNIA BULANG

Los Bulang son uno de los pueblos más antiguos del Suroeste de la Provincia de Yunnan, ya que habitan esa región montañosa de la frontera sino-birmana desde antes de que ninguno de estos países existiera: Unas montañas escarpadas de selva húmeda y vida difícil.

Actualmente son unas 98.000 personas en China y unos cuantos más dispersos por los países vecinos, especialmente Birmania, que viven en tierras situadas a más 1500 metros de altitud. Su lenguaje pertenece a la familia austronésica. Tronco mon-khemr, rama bulang o wa-deang.

Existen grandes diferencias sociales y culturales entre los Bulang de los distritos de Lincang y Simao, y los de la Prefectura de Xishuangbanna, así como importantes diferencias religiosas.

La religión tradicional de los Bulang era un politeísmo que se manifestaba fundamentalmente en el culto a la naturaleza y a los antepasados. En Xishuangbanna, sin embargo, prácticamente todos los Bulang son budista, seguidores del budismo Hinayana o del Pequeño Vehículo. La religión está presente en las distintas fases de su existencia. Sus especialistas religiosos son los Baimo o hechiceros, los Huotou o jefes religiosos y los monjes budistas.

Su personaje ingenioso se llama Aizhanglai.

El fruto de la sabiduría

Hubo un día en que Aizhanglai llegó a una aldea que estaba un poco lejos de su casa. La gente de esa aldea había oído decir que él era la persona más lista sobre la tierra, y en cuanto tuvieron noticias de su llegada, todos se acercaron a saludarle. Cuando el jefe de la aldea supo de su llegada también sintió curiosidad por saber qué aspecto tenía Aizhanglai, y a la vez decidió probar si efectivamente era tan ingenioso como decía la leyenda, o si a la hora de la verdad no era para tanto.

Así que dispuesto a poner en práctica su plan, envió a un criado a invitar a Aizhanglai a su casa. En cuanto llegó le dijo claramente. "Hace ya tiempo que he escuchado que eres el hombre más listo que existe bajo el cielo, el más astuto y el que tiene más capacidad de engañar a otros hombres. Hoy me sentiría muy satisfecho si aquí frente a mí fueras capaz de engañarme. Y saber si en realidad tienes o no esa capacidad tan prodigiosa de engañar."

Al escucharle Aizhanglai enseguida le contestó: "Estimado jefe, si cualquier otro día que no fuera hoy me hubiera pedido que me burlara o engañara a alguien, no le quepa ninguna duda de que podría haberlo hecho. Pero hoy no es posible."

El jefe, extrañado, le preguntó. "¿Por qué?"

"Porque si durante todo ese tiempo he podido engañar a todo tipo de personas, no ha sido porque mi ingenio sea el más agudo, sino porque tengo un fruto todopoderoso al que llamo el fruto de la sabiduría. Este fruto tiene en su interior innumerables pepitas. Cuando

quiero engañar a alguien me basta con abrir el fruto de la sabiduría y tragarme una de esas pepitas. En cuanto llega al estómago mi cerebro enseguida adquiere la capacidad de engañar a la gente."

Al escucharle el jefe se sintió tremendamente excitado. Queriendo saber más sobre ese fruto prodigioso le preguntó: "¿Y cómo es ese fruto?"

Mostrando un aire misterioso Aizhanglai le respondió: "Si digo que se parece a la castaña, se podría decir que es mayor que una castaña. Si digo que se parece a una sandía, se podría decir que es mucho menor que una sandía. Por lo tanto, lo mejor es saber que lo llamo el fruto de la sabiduría, y con eso baste."

El jefe se sentía intrigado y pensaba en los grandes beneficios que ese fruto le podría proporcionar. Estaba deseando verlo con sus propios ojos. Saber de una vez qué aspecto tenía. Calculaba que si ese todopoderoso fruto de la sabiduría llegaba a sus manos se convertiría en el hombre más listo de la tierra. Por lo tanto le pidió a Aizhanglai con una sonrisa complaciente: "Por favor, vete rápido a traer uno para que yo lo vea."

Fingiéndose molesto Aizhanglai le respondió: "Es que precisamente hoy no he traído ninguno. ¿No acabo de decirle que hoy no le puedo engañar ni me puedo burlar de usted?"

Al escucharle el jefe, cada vez más nervioso le preguntó: "¿Pero dónde le has dejado entonces?"

Aizhanglai le contestó: "Como temía perderlo, me lo dejé en casa."

"¿Tu aldea está lejos?" Preguntó el jefe.

"Caminando se necesita un día. Montando a caballo sólo medio."

El jefe, que perdía el corazón por tener el fruto de la sabiduría, dijo entonces a Aizhanglai: "Monta en mi

caballo y ve a traer uno de esos frutos para que nosotros lo veamos."

Fingiendo no tener ninguna gana de ir Aizhanglai contestó: "Si el jefe lo quiere ver, no me queda más remedio que volver a casa y traerlo." En cuanto acabó de hablar se dirigió al caballo que ya le tendía el encargado de las cuadras, y subiendo al mismo se fue.

El jefe esperaba en su casa. Esperó hasta que se hizo de noche pero Aizhanglai no volvía. Así esperó cinco días sin ver que Aizhanglai volviera. Cuando ya se sentía desesperado se dio cuenta que no sólo había sido engañado por Aizhanglai, sino que además, le había regalado un caballo.

Del disgusto que cogió estuvo varios días sin probar bocado.

Pescando y prendiéndose fuego.

Hubo un día en que el señor dijo a Aizhanglai que tomara la caña para salir de pesca. Un momento después los dos se dirigieron al río. Al llegar a un buen lugar el señor le preguntó: "¿Dónde está el cebo?"

Aizhanglai contestó haciéndose el bobo: "Usted sólo me dijo que cogiera la caña."

"¡Qué tonto eres! Si no hay cebo ¿cómo voy a pescar?"

"Claro, señor, vuelvo a casa a buscarlo."

Cuando Aizhanglai estaba cerca de la casa vio que la mujer del señor estaba riendo muy contenta, y entonces se sintió enfadado por la vida tan cómoda que llevaba y la maldijo: "Dentro de un rato estarás llorando." De esta forma, fingiendo encontrarse muy apurado llegó a la casa gritando y enseguida subió a la casa de bambú diciendo: "¡Que mala suerte! El señor se ha ahogado en el río."

Al escucharle la señora inmediatamente se puso a llorar.

Conteniendo la risa Aizhanglai le dijo: "Primero voy a traer su cadáver." Y tomando la hoja de una puerta salió corriendo. La mujer del señor salió corriendo y llorando tras él, pero cómo no tenía tanta costumbre de hacer ejercicio pronto quedó detrás de Aizhanglai y le perdió de vista.

Cuando llegó a la orilla del río, al verle llegar tan excitado y sudoroso, el señor le preguntó extrañado qué sucedía.

"¡Qué mala suerte! Se ha desatado un fuego en su casa."

"¿Grande?"

"Las llamas tiñen el cielo de rojo. Sólo he podido salvar un trozo de puerta."

"Ay. Mi mujer y mis hijos seguro que han perecido…" El señor se puso a llorar y soltando la caña de pescar volvió corriendo a su casa. Aizhanglai por su parte tomó la caña, le puso el cebo y se sentó tranquilamente a pescar.

El señor corría jadeando. Al llegar a mitad de camino se encontró con su mujer que llegaba a buscarle. Los dos pensaban que era algo muy extraño, y gritando "¡Al fantasma! ¡Al fantasma!" empezaron a pegarse mutuamente. Cuando los dos conocieron claramente la historia en detalle ya tenían ambos la nariz roja y la cara hinchada de sus golpes[4].

[4] Traducido de Cuentos de personajes ingeniosos de las nacionalidades de Yunnan.

ETNIA BUYI

Los Buyi son una de las minorías más numerosas de China pues cuentan con una población de más de tres millones de personas. Viven principalmente en la parte suroriental de la provincia de Guizhou, con unas pocas familias viviendo en Yunnan, y aún menos en Sichuan.

A pesar de su número, de su interesante cultura y de haberla conservado en gran parte hasta nuestros días, es una de las minorías más desconocidas, cuya compleja forma de entender el mundo parece haber pasado desapercibida para antropólogos, viajeros y curiosos.

Sus aldeas son de las más interesantes que se pueden encontrar en China, pues los Buyi son de los mejores artesanos de la piedra en este país. Todas las casas son de piedra finamente cortada, formando un conjunto espléndido, armónico y original.

Su maestría alcanzada en el trabajo de la piedra tiene un cierto componente religioso. Pues los Buyi tienen unas profundas creencias entroncadas con los mitos de su antigua cultura, que ni la llegada del budismo y el taoísmo, ni posteriormente del cristianismo, ha conseguido desterrar. Su profunda religiosidad se trasmite a todas las facetas de su existencia.

Jia Jin es su personaje ingenioso. Un pícaro del que se conservan numerosas historias. La mayoría de las traducidas en este libro proceden de la antología publicada por la Editorial de las Nacionalidades de Guizhou en 1987.

El geomante (el señor Yinyang)

Hace ya muchos años vivía entre los Buyi un misterioso personaje que, aunque nacido Fan, era conocido como el Geomante[5]. No se le conocía esposa ni hijos, ni lugar fijo donde habitara, pero presumía de ser un maestro en el arte de la geomancia china, y tanto repetía sus habilidades que se había hecho un nombrecillo entre los crédulos habitantes de la comarca de Zhenning.

Pasaba sus días de un lado para otro cargado siempre con un gran compás. Apenas veía una montaña se le escuchaban palabras sobre su extraña forma, acabando siempre por bautizarla con un pomposo nuevo nombre salido de lo más profundo de su corazón. De esta forma había conseguido que le creyeran un especialista, y cada vez que una persona planeaba construir una nueva casa, siempre llamaba primero al Geomante, para que con sus conocimientos decidiera el lugar en que sería más conveniente situarla. De la misma forma, cada vez que moría un anciano se llamaba al Geomante para que buscara un lugar auspicioso para enterrarle[6].

Con el paso de los años el Geomante se había acostumbrado a vivir a costa de la credulidad del pueblo, y

---

[5] El señor *yinyang* en chino, es decir el experto en los lugares luminosos y los sombríos, o en el *fengshui*.

[6] El lugar donde se entierra a una persona tiene mucha importancia para que sus descendientes puedan recibir luego sus favores, por eso los geomantes tenían como una de sus tareas principales decidir el lugar dónde se enterraba a los muertos.

además, sus disparatadas afirmaciones habían provocado más de una trifulca entre los más crédulos de entre los lugareños, ya que cuando él afirmaba: "Esa montaña tiene el signo del dragón, no hay duda que el propietario de esos campos verá su nombre prosperar por generaciones y generaciones." Todos se peleaban por hacerse con la maravillosa montaña, y si predicaba iguales alabanzas de un valle, los candidatos a establecerse en el mismo se mostraban dispuestos a cualquier cosa por conseguirlo.

Jia Jin, el ingenioso personaje que habitaba entre los Buyi, no aguantaba los aires y maneras del Geomante, y sobre todo, odiaba las frecuentes disputas que provocaba entre los pobres. Por ello, aprovechó una ocasión en que se le encontró a la orilla del camino, exhibiendo su palabrería ante un grupo de crédulos, para dirigirse a él de la siguiente forma:

"Señor Fan. Desde hace tiempo llevo oyendo que usted es, posiblemente, el hombre de esta comarca más versado en la geomancia, el *fengshui* y otras artes adivinatorias. Por eso quería plantearle un verso que he compuesto. Si adivina la solución, a partir de entonces quedaré a su servicio, si no lo hace, entonces dejará de engañar a la gente con sus patrañas."

El Geomante apenas le tomó en serio: "Hombre Jia Jin. O sea que hasta eres capaz de hacer poesías. Venga, pues léela que seguro que te doy la respuesta."

Apenas hubo acabado empezó Jia Jin:

"El Geomante llamado Fan,
recorre las montañas cargado con un compás,
si ciertamente es capaz de conocer la montaña del dragón,
¿Por qué sigue siendo un simple pobretón?[7]*"*

[7] A algunos geomantes se les acusaba de enriquecerse ilícitamente al ponerse de acuerdo con los propietarios de un terreno para alabar su

Lógicamente el charlatán no tenía respuesta para este poema. La gente que estaba a su alrededor comenzó a repetir los versos de Jia Jin, y cuanto más los repetían les parecían más interesantes. Algunos comentaban cómo podía ser que efectivamente no fuera capaz de proporcionar a su familia la prosperidad que auguraba a las otras. Y así entre risas y burlas el Geomante abandonó la aldea cargando con sus instrumentos.

Desde entonces nadie volvió a requerir sus servicios.

idoneidad haciendo que subiera su precio, pero parece que el Geomante sólo se beneficiaba de los pagos por sus servicios.

Izquierda, derecha

Al señor le gustaba acercarse cada día al campo a supervisar el trabajo de los jornaleros. Cada vez que veía que un jornalero cansado resoplaba, y el sudor le resbalaba por la espalda, muy contento comentaba burlándose: "Muy bien, muy bien. En el cielo no hay lluvia, pero todo tu cuerpo está empapado. La verdad es que es mucho más cómodo que darse una ducha."

Cada vez que le escuchaba burlarse Jia Jin sólo pensaba en hacerle tragarse sus palabras. En su interior le maldijo mil veces: "Cerdo haragán que no haces nada y comes mucho. Nos pasamos todo el día trabajando y sudando, haciendo de bueyes y de mulos para engordarte, y aún vienes a burlarte. Bien, ya buscaré la oportunidad de hacerte disfrutar de un cómodo baño."

Sin nada que hacer, el señor cada día comía hasta hartarse y bebía hasta saciarse. Con cierta frecuencia además salía al monte a cazar y divertirse. Un día llamó a Jia Jin y a otro jornalero y les ordenó que le acompañaran a una cacería. Al llegar al pie del monte, el señor pidió a Jia Jin que se quedara abajo oteando, y al otro que fuera a obstruir la salida del valle a voces para que los animales no escaparan por allí. Y él mismo, con sus perros de caza y su escopeta, se internó en el bosque.

Jia Jin estaba en cuclillas al pie del monte cuando se dio cuenta que le había llegado la oportunidad de vengarse del señor. De repente descubrió a sus pies un ejército de hormigas amarillas en movimiento. En ese momento, el señor desde el bosque le preguntó si veía algún animal

salvaje. Jia Jin pensó un poco, luego mirando a las hormigas gritó: "Hormiga amarilla, girando a la izquierda, girando a la izquierda" El señor que no había escuchado claramente, pensó que Jia Jin había visto una cierva amarilla[8] corriendo hacia la izquierda, por lo que se dirigió corriendo a un collado que había a la izquierda. Cuando llegó, sin embargo, no vio ningún ciervo y gritando le preguntó a Jia Jin: "¿Dónde está la cierva amarilla, que no la veo?" Jia Jin miró a la hormiga y gritó. "Se dirige a la derecha, se dirige a la derecha."

Al escucharlo el señor se dirigió corriendo al collado de la derecha. Al llegar lógicamente no vio ninguna cierva, por lo que de nuevo preguntó a Jia Jin, que esta vez respondió: "A la izquierda, a la izquierda." Y al llegar y no encontrarla volvió a preguntarle: "A la derecha, a la derecha" le iba guiando Jia Jin según se movían las hormigas. De esta forma el señor siguió las indicaciones de Jia Jin y subió nueve veces los dos cerros situados a ambos lados del bosque, con la esperanza de poder cazar una cierva. Estaba completamente empapado en sudor, que le resbalaba por su cuerpo, y jadeaba como un perro. Sin fuerzas para moverse bajó al pie de la montaña a ver la situación, y sólo encontró a Jia Jin, en cuclillas, observando detenidamente la actividad de las hormigas. Muy enfadado gritó al jornalero: "Jia Jin, una vez me gritas que la cierva iba a la izquierda, a la siguiente que a la derecha, me has hecho correr de un lado para otro, pero de la cierva que me hablas no he visto ni la sombra. ¿No será que has estado tomándome el pelo?

Jia Jin se volvió y viendo el aspecto en que se encontraba el señor no pudo menos que reírse, pero

[8] La pronunciación de ambas frases es muy semejante en chino: hormiga amarilla es "huang mayi", y cierva amarilla "huang malu".

adoptando un aire muy serio, sin un asomo de preocupación dijo: "Yo no he visto a ninguna cierva."

"¿Cómo que no? ¿No has sido tu el que ha gritado "cierva amarilla"?"

"No, no, yo he gritado "hormiga amarilla", y en cuanto acabó de hablar volvió su atención a las hormigas en movimiento invitando al señor a observarlas. Éste pensó que había escuchado mal, pero aún le preguntó. "¿Y por qué me decías: "A la derecha" "A la izquierda."?"

"Mire, miré" le contestó Jia Jin sin darle importancia. "No ve como siguen un camino que va ahora a la derecha, ahora a la izquierda."

Al escucharle el señor echaba chispas, pero Jia Jin, sin darle tiempo a quejarse más, hizo como si hubiera aprendido de sus comentarios y dijo: "Bueno, bueno. En el cielo no hay lluvia pero tiene todo el cuerpo empapado. En verdad esto es más cómodo que darse un baño."

El señor entonces se dio cuenta que Jia Jin había estado tomándole el pelo, pero no dijo una palabra. Con la amargura en su corazón se sentía incapaz de volver a casa. Esperó a que pasara medio día hasta sentirse relajado y luego dijo. "No hagamos de esto una montaña, olvídalo y vámonos."

Entonces los dos regresaron a sus casas.

Haciendo de testigo

El señor era muy engreído. Cuando estaba delante de la gente le gustaba fanfarronear con grandes palabras. Un día que tenía que asistir al cumpleaños de su suegro pidió a Jia Jin que le acompañara. Ya en el camino el señor le instruyó:

"Cuando esté charlando con los invitados, seguro que exagero un poquito sobre algún asunto. Tú me tienes que seguir la corriente y testificar que lo que digo es cierto. No quiero que me dejes como un tonto." Jia Jin asintió moviendo la cabeza: "Vale."

Al llegar a casa de los suegros, el señor le entregó los regalos que había preparado, y luego se sentó a beber té, ordenando a Jia Jin que se sentara a su lado a servirle. No pasó mucho tiempo cuando todos sus huéspedes estaban reunidos comiendo a su alrededor y deseándole longevidad. Tras haber bebido tres rondas de vino, su vieja manía de fanfarronear se hizo evidente, pues en voz alta presumió ante todos: "Mis abundantes riquezas en verdad llegan al cielo. En mi casa tengo tanta cantidad de paja que un día un fénix dorado vino a hacer su nido en un extremo del jardín, y todos los días vuela a su nido a poner huevos, de esta forma cada día tengo dos huevos de fénix. ¡Ja, ja, ja!"

Algunos de los invitados creyeron sus palabras, pero hubo otros que no. Entre estos últimos hubo uno que exclamó: "En el mundo bajo el cielo ¿cómo puede suceder una cosa tan extraordinaria?"

El señor dijo: "¿No me creéis? Aquí está mi criado de testigo." E indicó entonces a Jia Jin que confirmara sus palabras.

Jia Jin dijo riéndose: "El señor de mi casa todos los días coge dos blancos huevos... "

Sin dejarle acabar, el señor dijo a sus oyentes satisfecho: "Todos lo habéis escuchado. Como veis la riqueza de mi casa llega al cielo."

Jia Jin, sin embargo, continuó diciendo despacio: "No tan deprisa, aún no he acabado de hablar. Los huevos que coge mi señor no son de fénix sino de una gallina vieja que tiene el vecino de al lado, que cada día cruza la verja y viene a nuestro montón de hierba a poner huevos."

Al escucharlo todos los invitados se rieron, excepto el señor, cuya cara se tornó roja y se quedó sin palabras.

No pasó mucho rato cuando el vino volvió a hacer sus efectos, y de nuevo el señor, dirigiéndose a los congregados dijo: "No os riáis que tengo una buena suerte que quiero deciros. Anoche sopló un viento mágico y trajo un pozo de agua clara y dulce al jardín de mi casa."

Al escucharle hubo algunos invitados que pensaron que era algo realmente maravilloso pero otros no le creyeron. De entre estos últimos hubo uno que saltó: "¿Sobre este mundo donde puede suceder una cosa tan extraña? Posiblemente será otra de tus fanfarronadas."

El señor, muy digno, se dirigió a ellos: "¿No me creéis? Aquí está mi empleado Jia Jin que os lo puede testificar." Y enseguida le pidió a Jia Jin que confirmara ante la concurrencia la verdad de los hechos.

Jia Jin, se levantó y dijo: "Es cierto que ha sucedido este hecho." Al escucharle el amo se sintió contento y satisfecho.

Pero Jia Jin continuó: "Efectivamente se dio este suceso. Y de hecho, el señor de mi casa vio que nuestro vecino con mucho esfuerzo cavó un pozo de agua dulce y

clara, y lleno de envidia aprovechó el fuerte viento que se levantó por la noche para ordenarnos a sus sirvientes que sigilosamente moviéramos la verja hasta más allá del pozo del vecino, de esa forma el pozo del otro pasó a ser de mi señor."

Al escucharlo todos rieron a grandes carcajadas. El amo estaba enfadado y avergonzado. Ya no bebió más vino, se puso algo por encima y salió a orinar, y se volvió a casa sin que los demás se dieran cuenta.

Cuidando la azada

El amo, que acostumbraba ir al campo a vigilar el trabajo de sus siervos, un día se dio cuenta que la azada con la que Jia Jin cavaba estaba muy gastada, por lo que le dijo preocupado: "Jia Jin, me he fijado que coges la azada con demasiada fuerza y se está mellando demasiado rápido. Quiero que cuides mi azada un poco más."

Al escucharle Jia Jin se sintió tremendamente enfadado. Se dijo a sí mismo: "Me paso el día trabajando como un mulo en sus campos y ni siquiera se preocupa por mí, sino por esta maldita azada. Bien. Yo voy a cuidar su azada." Así que miró al amo y muy tranquilo le contestó: "Sí señor. Voy a seguir detalladamente sus instrucciones para cuidar la azada lo mejor posible."

Al día siguiente Jia Jin tomó una hoja de plátano envolviendo con ella la hoja de la azada. A partir de entonces, tanto si iba andando por el camino, como si estaba en el campo trabajando, siempre se le podía ver con la azada al hombro. De esta forma, cuando el amo llegó al campo para vigilar si trabajaba o ganduleaba, se le encontró sentado con la azada al hombro al borde de sus cultivos.

Hecho una furia le increpó: "Jia Jin. Diablo gandul que sólo piensas en liarme. ¿Por qué estás aquí sentado sin trabajar?"

Jia Jin se levantó despacito y con voz tranquila le dijo: "No es que sea un vago que sólo piensa en liarle. Es sólo que estoy intentando seguir sus instrucciones para cuidar bien la azada. Por eso tengo miedo que de seguir cavando su azada se melle cada vez más. Mire. Hasta le he

puesto una hoja de plátano alrededor de su hoja para protegerla mejor."

Al escucharle el amo abrió los ojos como un conejo sin saber si reír o llorar.

Atrapando al jabalí

El rico era cada vez más insoportable. Cada día, en cuando aclaraba el alba, metía prisa a Jia Jin y a los otros jornaleros para que salieran al campo a trabajar. A media mañana buscaba un lugar entre la hierba, donde tumbarse a vigilarles, pues temía que sus jornaleros le robaran.

Un día, cuando el sol ya se iba a poner, Jia Jin dijo a varios compañeros: "El señor es abominable, antes que el día aclare ya nos tiene trabajando, luego se pasa el día vigilándonos, y en cuanto nos tomamos un pequeño descanso, ya nos está maldiciendo. Sólo piensa en el dinero. Tengo un plan para vengarnos de él. Vamos a cavar una trampa de jabalíes en medio del camino, en su interior vamos a poner mierdas de perro, luego la cubrimos con ramas de ficus y con hierba fresca para que no se note nada."

Al escucharle sus compañeros se sintieron encantados y dando palmas de alegría dijeron: "Si, claro, demos una lección a ese viejo avaro."

Esa tarde, cuando volvían del trabajo hicieron como habían planeado, cavando un foso en medio del camino, llenándole de mierda de perro, colocando una trampa de jabalíes dentro, y tapándole con ramas de ficus y hierbas frescas.

A la mañana siguiente Jia Jin y los jornaleros salieron de casa con sus cestas de comida, bordearon el foso y se escondieron entre la hierba a ver si el señor caía en su trampa. Ni que decir tiene que el señor, tras enviar a sus jornaleros a trabajar, volvió a dormirse. Cuando el sol

ya estuvo elevado, se levantó tranquilo y con su cuerpo obeso se fue poniendo en movimiento en dirección al campo para vigilar a sus jornaleros. Iba tan tranquilo andando por el camino hacia sus campos que no pudo evitar caer en la trampa. Se llevó un susto de muerte y además se pringó toda su cara con la mierda del perro. Por si fuera poco su pierna izquierda se le enredo en la trampa de jabalíes, de tal forma que cuanto más luchaba por liberarse, más atrapado estaba.

Pronto todo su cuerpo era sudor, y como seguía atrapado, asustado se puso a gritar como un loco pidiendo ayuda.

Jia Jin y los otros jornaleros vieron cómo el señor caía en la trampa y le escucharon gritar pidiendo ayuda. Cuando Jia Jin hubo comprobado que el señor no podría salir sin ayuda dijo a los jornaleros que no trabajaran y que cada uno hiciese lo que quisiera. Así que se tumbaron a descansar a la sombra de un gran ficus, y tapándose con unas hojas de plátano, pasaron la mañana durmiendo. Jia Jin se ocupó de hacer la comida y cuando la tuvo lista les despertó para comer. Luego los jornaleros volvieron a sestear hasta que el sol estaba próximo a ponerse. Entonces Jia Jin les despertó y cargando sus herramientas tomaron el camino de vuelta la casa.

El señor ya llevaba en la trampa un día entero. Se sentía cansado, hambriento, y además apestaba. La trampa cada vez se le apretaba más a su pierna. Cuando Jia Jin y los jornaleros pasaron junto a la trampa, éste habló en voz alta de forma premeditada: "Bien, parece que hemos capturado un jabalí. Venga, rápido, vamos a matarle."

Al escucharle el señor se puso a temblar de pánico, y mientras un sudor frío recorría su cuerpo empezó a gritar: "No lo matéis, no lo matéis. Soy yo."

Fingiéndose extrañado Jia Jin dijo: "Este jabalí es completamente repugnante. No trabaja en todo el año, sólo

espera a que nosotros plantemos nuestros cultivos con mucho esfuerzo para comérselos a escondidas.[9]"

Cuando se asomó a la trampa fingió llevarse una gran sorpresa al descubrir al señor en su interior. Intentando disculparse dijo con un falso respeto: "Señor, hemos cavado esta trampa para capturar ese jabalí que roba su grano. ¿Cómo podíamos pensar que sería usted el que cayera?"

Cuando Jia Jin acabó de hablar, pidió a sus compañeros que sacaran al enfadado señor de la trampa, que fue subiendo a la superficie con el aspecto real de un jabalí muerto. Jia Jin, mientras le ayudaba a liberarse de la trampa le iba diciendo: "En el futuro no vuelva a salir a correr alegremente. Es mejor que se quede en casa disfrutando de sus riquezas."

Al escucharle el señor se quedó mudo sin saber qué decir. Abrió unos ojos mortecinos y durante medio día no fue capaz de hacer otra cosa que suspirar.

[9] El jabalí es uno de los peores enemigos de los agricultores, esa es una de las razones por las que el tigre, su enemigo natural, era apreciado en algunas zonas.

Atrapando al zorro

Jia Jin había preparado trampas para zorros en la montaña. Un día en que fue a revisar sus trampas descubrió que había capturado un zorro. Entonces pensó: "Al amo le gusta mucho salir a cazar para divertirse, voy a prepararle una buena diversión." Entonces quitó la piel al zorro, y tomando la cola la puso entre unas cañas, atándola bien. Después cogió el otro extremo de las cañas y lo pasó entre una abertura de las rocas, atándola más allá a una rama de un gran árbol.

Al día siguiente, como el señor estaba aburrido sin nada que hacer hizo llamar a Jia Jin para salir de caza. Jia Jin llegó con el amo a la montaña, y estuvieron andando de un lado para otro buscando algo de caza. Tras pasar medio día de acá para allá, no vieron ni un carnero, ni una liebre, ni ningún otro animal. El amo estaba cubierto de sudor de los pies a la cabeza, cansado y hambriento, y le dijo a Jia Jin: "Llevamos subiendo medio día y no hemos visto ni la sombra de un conejito. Déjalo, déjalo, vamos a volver a casa."

Siguiendo sus planes Jia Jin dijo al amo. "No podemos volver con las manos vacías. Vamos a separarnos y aún damos una vuelta más, si seguimos sin encontrar nada, entonces volveremos."

El amo dijo: "Estoy cansado y hambriento, no puedo moverme, mejor me quedo aquí sentado cogiendo un poco de aire. Ve tu a dar una vuelta a ver qué encuentras."

Cuando Jia Jin se separó del amo se dirigió al lugar donde el día anterior había preparado la cola del zorro. Al llegar junto a esa roca, empezó a tirar de la cola, y luego gritando con fuerza llamó al amo: "Ey, rápido, rápido. Venga rápido. He atrapado a un zorro."

Al escuchar que había atrapado a un zorro el amo se puso muy, muy contento. Olvidó su hambre y su cansancio, y enseguida se dirigió dando trompicones al lugar de dónde provenían los gritos de Jia Jin.

Al ver que el amo llegaba corriendo Jia Jin hizo como si tirara de la cola del zorro con toda su fuerza. Esperó a que el amo llegara y fingiendo sorpresa le dijo: "Vamos, vamos. He atrapado un zorro, pero ya ha atravesado esa hendidura entre las rocas. Tome mi puesto aquí tirando de la cola, que yo voy a rodear esta roca a ver si le capturo."

Al ver la cola del zorro el amo estaba loco de contento. Enseguida se puso en el lugar de Jia Jin mientras le instruía para que intentara captúralo desde el otro lado de la roca.

Riéndose por dentro Jia Jin le dijo: "Usted tranquilo, quédese aquí agachado y agárrelo con fuerza no se le vaya a escapar."

El amo hizo como le indicaban. Sujetó con fuerza la cola del zorro, mordiéndose los dientes y abriendo bien los ojos. Jia Jin rodeó la roca y llegó hasta el árbol donde había atado las cañas unidas a la piel del zorro. Entonces sacando un cuchillo gritó: "Cuidado. Tire fuerte. Le he cogido." Cortando inmediatamente las cañas que sujetaban la piel del zorro.

Como el amo estaba tirando con toda su fuerza de la cola del zorro, al romperse las cañas se cayó de espaldas dándose un buen costalazo contra el suelo. Con el culo y los riñones doloridos se quedó en el suelo sin saber qué

había pasado. Sólo escuchó a Jia Jin que llegaba de entre las rocas y le decía:

"Ay, ¿Cómo ha tirado tan fuerte? ¡Mire! Yo aún no le había atado bien, con sus ansias ha despellejado al zorro de un tirón."

Al ver que Jia Jin llegaba el amo se levantó como pudo. Con una mano se frotaba su cadera y con la otra se palpaba el dolorido culo. Muy compungido le dijo a Jia Jin: "No es que haya tirado tan fuerte, mira, es que el zorro ha cortado su cola y ha escapado."

Al escucharle Jia Jin tenía ganas de estallar en carcajadas, pero se contuvo temiendo que el amo acabara por descubrir su jugada. Así que fue junto a él, y quitándole de la mano la cola del zorro se fingió triste y enfadado:

"¡Qué pena! ¡Qué pena! Ya teníamos el zorro en la boca. Esta cola no sirve para nada, mejor tirarla lejos."

Y en cuanto acabó de hablar agitó la cola sobre su cabeza lanzándola tan lejos como su fuerza le permitió.

Mientras el amo, como si le hubiera explotado encima la vejiga de un cerdo, se quedaba sentado allí, resoplando y repitiendo: "¡Qué pena! ¡Qué pena!"

Cargando sal

Un día de mercado el amo pidió a Jia Jin que le acompañara a comprar sal. Cuando llegaron al mercado el amo compró 25 kilos de sal, dijo a Jia Jin que los metiera en un saco y lo tapara bien con hojas de plátano, y que le esperara después a la puerta del mercado. Luego se fue a un fumadero a fumarse una buena pipa de opio.

Mientras Jia Jin le esperaba en la puerta del mercado empezó a pensar: "Tantos kilos de sal y el amo no mueve un dedo, pero como tiene dinero puede comprar todo lo que quiera, mientras que a estos pobres campesinos que se pasan el año trabajando sin parar hasta les resulta difícil conseguir un par de onzas de sal, y en sus casas sólo pueden poner una pizca en cada comida. Esto no es justo."

Dejó de pensar y empezó a actuar. En un momento empezó a repartir la sal entre los campesinos pobres que pasaban por la puerta del mercado. Cuando hubo repartido toda la sal, colocó unas piedras en el fondo del saco, cubriéndolas también con hojas de plátano.

Cuando el amo volvió del fumadero de opio, Jia Jin tomó el saco poniéndose en camino de vuelta a casa. En su camino tuvieron que cruzar un riachuelo saltando a lo largo de las piedras que sobresalían un poco de la superficie del agua. El amo cruzó primero, pero Jia Jin, cuando estaba cruzando fingió resbalar y se cayó al agua.

Hombre y saco se hundieron hasta el fondo del río. Jia Jin nadó siguiendo la corriente hasta alcanzar la orilla opuesta, dejando el saco en el agua. Con el cuerpo empapado volvió corriendo donde el amo le esperaba, al

verle le dijo enfadado. "Por favor, otra vez compre un poco menos de sal. Me hace cruzar el río tan cargado que, ya ve, he resbalado y me he caído. ¡Menos mal que sé nadar! Si no, me encontraría ahora con la sal en los dominios del Rey Dragón, el Dios de las Aguas."

Al escucharle el amo se quedó mirando las empapadas ropas de Jia Jin y encogió el cuello sin saber qué decir.

Cavando un tesoro

El pícaro Jia Jin tenía un amigo simple y honrado. Trabajador como pocos la fortuna raramente le había beneficiado, por lo que pasaba una vida pobre y solitaria. Se acercaba el fin de la estación de la siembra y debido a las numerosas penalidades sufridas en las semanas anteriores aún no había acabado de preparar sus campos.

Apesadumbrado por la suerte de su amigo Jia Jin pensaba y pensaba la forma de ayudarle. Cuando menos lo esperaba se le presentó la ocasión. Pues a la mañana siguiente recibió un recado del Gobernador, pidiéndole que le acompañara en visita de inspección por las tierras de su jurisdicción. El gobernador era un hombre simple y sin embargo ambicioso. Además de Jia Jin ocho porteadores le acompañaban en su expedición.

Apenas habían abandonado la aldea Jia Jin puso en práctica su plan. Hablando de un chisme y otro dejó caer como por azar, que había escuchado que en esos días la ribera del río Rojo estaba muy bella con las flores de algodón abriéndose en los campos. El Gobernador, seducido por la descripción de Jia Jin ordenó a los portadores que cambiaran de rumbo para dirigirse a la orilla del río Rojo.

No habían andado mucho cuando pasaron ante la casa del amigo de Jia Jin. Como era de esperar estaba trabajando duramente cavando sus campos. Al pasar junto a él Jia Jin susurró al gobernador: "Creo que por esta zona hay un tesoro escondido."

"Pero ¿qué dices Jia Jin? Eso sólo son cuentos."

"No, no, señor. Hace un tiempo escuché a un mago decir que a este lado del río Rojo había un tesoro escondido. Seguro que este pillo tiene alguna información y esta cavando para hacerse rico."

El gobernador, codicioso como era, no acababa de creer a Jia Jin, pero tampoco quería perder la oportunidad de conseguir más riquezas, por lo que ordenó a sus porteadores hacer un alto y ponerse a cavar.

Bajo la dirección del amigo de Jia Jin los portadores empezaron a cavar en su campo. Cavaron y cavaron una hora tras otra, mientras el gobernador a la sombra, conversando con Jia Jin esperaba sus resultados.

Al anochecer el campo estaba completamente listo para la siembra. Los portadores, agotados, volvieron junto al gobernador sin haber encontrado ningún tesoro.

"Lo ves Jia Jin", le dijo burlón el gobernador. "Cada día eres más simple. Ya te dije que no habría ningún tesoro, que sólo eran cuentos."

"¿Cómo que no?" le contestó el pícaro divertido. "Cuando llegue el otoño y el grano crezca ¿no será un tesoro para esta gente?"

Cogiendo peces

Una tarde calurosa, volvía Jia Jin del campo hacia su casa cargado con sus aperos de labranza. El sol pegaba fuerte en el camino y Jia Jin estaba empapado de sudor. De repente se encontró con Guanbao, el hijo del terrateniente, que venía con dos amigos en sentido contrario. Cuando se cruzaron Guanbao le llamó: "Eh, Jia Jin. Todo el mundo dice que eres un tipo muy listo, y de hecho tanto yo mismo como la gente de mi familia hemos sufrido tus burlas en numerosas ocasiones. Quiero apostar a ver si puedes engañarme una vez más. Si lo consigues te daré una onza de plata, si no nueve latigazos."

Cuando acabó de hablar hizo restallar su látigo sobre la cabeza de Jia Jin.

Jia Jin sentía un profundo desprecio por este tipo que se pasaba el día humillando y ofendiendo a la gente, por lo que tras pensarlo un momento le dijo: "Bien. Haremos como tú dices. Lo único es que ahora no puedo descansar para engañarte, pues la poza que está en el río bajo esa colina se está secando y hay un buen número de carpas de cola roja. Voy primero a casa a coger una cesta para llevarme las carpas."

En cuanto acabó de hablar fingiéndose apresurado se dio la vuelta y siguió caminando en dirección a su casa.

Guanbao, al escuchar que la poza del río se estaba secando dijo a sus amigos: "Vamos. Rápido. Vamos a la poza a coger peces." Y Salieron corriendo en dirección al río.

Al llegar a la poza se quedaron estupefactos, pues no sólo no se estaba secando, sino que un agua verde y espesa cubría toda su superficie. "¿Así, dónde coger peces?" Se preguntaron.

Aún hay que decir que Jia Jin, en cuanto vio a Guanbao y sus amigos corriendo hacia la poza, se dio cuenta de que el ambicioso pillo había caído en la trampa. Así que se dio la vuelta y sin dejar que le descubrieran, siguió a los jóvenes.

De esta forma, cuando los chicos se miraban estupefactos al ver la poza llena, gritó con fuerza desde lo alto de la loma: "Ya ves, Guanbao. Ahí tienes la prueba de que puedo engañarte. Rápido, dame la plata, que lo que se promete hay que cumplirlo."

Guanbao, sin palabras que decir, sólo pudo darle una onza de plata con harto dolor de su corazón[10].

[10] Traducido de Cuentos nacionales y extranjeros de personajes ingeniosos.

Comiendo pollo

Un día, el terrateniente llegó a casa de Jia Jin a recoger los impuestos. Según las normas, cuando llegaba, el arrendatario debía matar un pollo para agasajarle. Mientras mataba el pollo Jia Jin le maldecía en su interior: "Nosotros los pobres pasamos el año entero de penas y trabajos, y por si no fuera bastante no nos dejáis un buen bocado. ¿Este perro de terrateniente aún quiere comerse mi pollo? ¡Bien! Le voy a ver comerlo."

Cocinó el pollo y lo presentó sobre la mesa. Indicó al terrateniente que ocupara el puesto de honor. Éste se sentó. Mirando al pollo, mientras esperaba el momento de hincarle el diente se le hacía la boca agua. Cogió los palillos para empezar a comer, cuando Jia Jin con voz rápida y movimiento diestro, se le adelantó cogiendo la cabeza, y poniéndola en su cuenco con gran ceremonia le dijo sonriendo:

"Según la costumbre de nosotros los Buyi, el huésped más respetado se debe sentar en el puesto de honor. La cabeza del pollo debe por tanto presentarse al que preside la mesa para que coma. De hecho se dice que la cabeza todo lo gobierna. Tras comer la cabeza de este pollo usted gobernará mil pueblos y asuntos."

Al escuchar las palabras de Jia Jin el terrateniente se sintió tremendamente halagado, por lo que contento se puso a roer la cabeza del pollo. Mientras tanto, Jia Jin cogió los dos muslos y los colocó en su propio cuenco diciendo. "Nosotros estamos ocupados del principio al final del año, somos especialistas en correr de un lado para otro, por lo

tanto a la hora de comer es nuestro destino comer los muslos del pollo."

En cuanto vio que el terrateniente hubo acabado de roer la cabeza, Jia Jin, antes de darle tiempo a intervenir, cogió con sus palillos las dos patas del pollo y las colocó ceremoniosamente sobre su cuenco diciendo: "Venga, venga, coma. Estas son las garras de coger el dinero. Según la costumbre de nosotros los Buyi, las garras de coger dinero también deben de presentarse para que las coma el que preside la mesa. Tras comerlas seguro que recibirá oro, plata y grandes tesoros."

Al escucharlo el terrateniente alabó muy contento la cortesía con la que Jia Jin le trataba. Luego, ayudándose con los palillos, comenzó a roer las patas del pollo. Mientras tanto Jia Jin fue cogiendo del caldero las mejores porciones del pollo, colocándolas en su propio cuenco y devorándolas enseguida con verdadera alegría.

Cuando vio de nuevo que el terrateniente más o menos había acabado con las patas, rápidamente cogió con sus palillos las dos alas del pollo, y colocándolas ceremoniosamente en su cuenco, le dijo: "Vamos, vamos, coma. Estas son las alas de volar al cielo. Según la costumbre de nosotros los Buyi, las alas de volar al cielo se deben de ofrecer para que coma al huésped que preside la mesa, ya que comerlas le hará subir muy alto."

Al escucharle el terrateniente se sintió muy contento, completamente convencido de que Jia Jin pensaba en él con más respeto que nadie. Por lo que con una sonrisa se puso a roer las alas del pollo. Mientras se afanaba en esta tarea Jia Jin fue cogiendo toda la carne que quedaba en el caldero, poniéndola en su cuenco y comiéndosela a continuación.

Cuando el terrateniente hubo acabado de roer la cabeza, las patas y las alas del pollo, como en esas partes hay muy poca carne, aún tenía hambre. Pero cuando buscó

en el caldero para coger algún trozo de carne, descubrió que el pollo se había acabado y su fondo brillaba vacío. Un poco aturdido extendió los palillos y durante medio día no los recogió.

El jarrón floreció

El *tusi*[11] descubrió que uno de sus siervos llamado Guyu tenía en su casa dos bellos jarrones de porcelana heredados de sus antepasados, entonces buscó todo tipo de artimañas hasta que consiguió apoderarse de ellos. Después de tenerlos en sus manos los quería como un tesoro. Si en casa había visitas, apenas habían llegado, enseguida ordenaba a algún sirviente que trajera los jarrones para que los invitados los admiraran, y pudieran comprobar cuan bellos, valiosos y antiguos eran.

Pero más abominable todavía era que cuando él mismo salía a visitar a parientes o amigos, siempre ordenaba a Jia Jin que cargara a la espalda los dos jarrones y le acompañara en sus andanzas, para mostrarlos en las casas de sus parientes y amigos.

A Jia Jin, que conocía de cerca toda la historia de los jarrones, el comportamiento del *tusi* le parecía totalmente repugnante, y en su corazón cada vez sentía un odio mayor por el hombre y su objeto de veneración.

Hubo una vez, cuando Jia Jin iba con el *tusi* cargando con los jarrones a la espalda a visitar amigos, a lo largo de un mes había visitado las casas de más de una docena de parientes y amigos, y cada vez que llegaban a una casa, siempre quería que sacara los jarrones para que los admiraran una vez más. El día que por fin volvían a su casa, durante el camino, cuanto más recordaba Jia Jin los sufrimientos pasados, más se enfadaba con el *tusi*. Así que

[11] Gobernador en la zona de las minorías, generalmente perteneciente a una minoría.

le maldijo en su corazón: "Tú eres un viejo miserable que no tiene vergüenza, has quitado un tesoro a los pobres y aún te atreves a llevarlo de un lado para otro presumiendo. ¡Bien! Verás cómo te hago yo presumir."

Mientras pensaba esto el *tusi* montado a caballo se había acercado a una roca a descansar. Al llegar a la altura del *tusi*, Jia Jin de tropezó y se cayó forma intencionada, dejando que los jarrones cayeran a más de un metro de distancia, de tal forma que golpeándose contra una piedra que sobresalía se rompieron haciéndose añicos.

Al escuchar el ruido el *tusi* tiró de la brida del caballo y se dio la vuelta a ver qué pasaba. Cuando vio a Jia Jin que había tropezado, y sentado en el suelo se frotaba la rodilla, pensó que era muy divertido. Siguió mirando y al descubrir a sus adorados jarrones hechos añicos faltó poco para que se pusiera a llorar.

El *tusi* le insultó y su roja cara parecía que iba a estallar. Jia Jin le dijo con voz tranquila: "Sus apreciados jarrones florecieron, y eso no tiene importancia, pero es que hirieron mi rodilla haciéndome caer y ahora me ha salido esta herida como una flor."

Al escuchar las palabras de Jia Jin, el *tusi* no sabía si reír o llorar, por lo que salió corriendo en dirección a casa.

Los ratoncitos blancos

Un día, a la hora de desayunar, Jia Jin recogió sus aperos, y desde el campo volvió a casa. A mitad de camino vio que a lo lejos venía el señor, entonces se dijo: "Ahí llega este viejo avaro. Vamos a ver qué le puedo hacer." Se puso a pensar en la forma de burlarse de él y enseguida se le ocurrió una idea. Entonces dejó la pala en el suelo, se remangó la ropa y fingiéndose muy excitado se puso a hacer como si estuviera cogiendo una liebre salvaje.

En ese momento apareció el señor, que al ver a Jia Jin tan agitado y en posición tan extraña, le preguntó qué hacía. Éste, fingiéndose poseedor de un gran secreto le dijo con tono misterioso: "No hago nada, no hago nada."

Confundido por el tono de sus palabras el señor se quedó observando lo que hacía, agachándose a su lado para no perderse detalle. Cuanto más le miraba más extrañado estaba, por lo que decidió permanecer a su lado y llegar al fondo de la cuestión. Así estuvo mucho tiempo agachado, mirando a Jia Jin luchar con la roca, hasta que éste, fingiendo no tener forma de romperla, se volvió al señor diciendo: "Los ha espantado. Los ha espantado. He visto un par de ratoncitos blancos que hacían un agujero y se metían en esta roca."

Al escuchar que había dos ratoncitos el señor se puso muy contento. Miró a todas partes nervioso y al ver que no había rastro de gente por el camino le preguntó disimuladamente: "¿Estás seguro? Ya sabes que los ratoncitos blancos son señal de que hay plata. Si has visto un par de ratoncitos que se colaban dentro de esa roca,

seguro que es porque en su interior está llena de plata. Venga, cava deprisa, a ver si la sacas y nos la repartimos."

Al ver que el señor había picado el anzuelo, Jia Jin cavó aún unas paladas y luego dejó la pala sobre el suelo y se acercó al señor diciéndole con aire confidencial: "Esta roca es demasiado dura, con la pala no cavo nada. Lo mejor es que se quede aquí vigilando mientras yo voy a casa a por un mazo y un clavo gordo. Recuerde, no diga nada a nadie."

El señor se mostró de acuerdo y Jia Jin cogió su pala volviendo a casa. Tras su marcha el señor se sentó junto a la roca con todos sus sentidos puestos en vigilarla, ya que sólo pensaba en el momento en que Jia Jin volviera y con el pico rompiera la roca consiguiendo la plata. Esperó y esperó, llegó el mediodía y Jia Jin no aparecía. El sol picaba, le daba en la cabeza y le hacía sudar como un pollo. Siguió esperando hasta que el sol se puso, sin que Jia Jin hubiera aparecido. Hambriento y preocupado por lo que le pudiera haber sucedido regresó a su casa.

Cuando abrió la puerta descubrió que Jia Jin estaba dentro, descansando sobre una estera. Muy enfadado le dijo: "Jia Jin, he estado esperando hasta que han aparecido los chacales mientras tu ibas a por un pico. ¿Cómo es que no has vuelto para que abriéramos la roca y sacáramos la plata?"

Al escucharle Jia Jin se levantó con parsimonia, se estiró lentamente como desperezándose de una buena siesta y se empezó a reír a carcajadas: "Disculpe señor, pero al llegar a casa para coger el pico y el mazo vi la cama, y entonces caí en la cuenta que cuando había visto a los ratoncitos blancos fue anoche mientras soñaba. Por lo tanto pensé que no haría falta volver a picar la roca."

Matando vacas y cerdos

Un día Jia Jin se acercó a la Aldea de Pescadores a saludar a sus primos. Al entrar a su casa se quedó sorprendido al encontrar que tanto su primo como su prima estaban sentados en medio de la sala, con cara triste y mirada perdida. Jia Jin pensó que era muy extraño pues habitualmente se les encontraba felices y sonrientes, incluso tarareando alguna cancioncilla. Dispuesto a saber qué sucedía les preguntó:

"Eh, vosotros ¿qué os pasa? ¿Dónde ha ido vuestra alegría de siempre? ¿Ni siquiera me miráis para darme la bienvenida?"

Cuando escuchó sus palabras, a su primo no le quedó más remedio que darse la vuelta, y con voz apagada, que más parecía de un muerto que de un vivo contestar: "Mira, ya verás si tenemos razón para estar afligidos. Este diablo de gobernador, que tiene el alma más negra que un tizón. Cada año trabajamos duramente para conseguir una cosecha, que prácticamente se la lleva el gobernador con sus impuestos, seguimos trabajando y conseguimos una segunda cosecha, que de nuevo se va para los impuestos en grano, al acabar el año estamos pelados. Y por si esto fuera poco, ayer llegaron dos esbirros de su palacio a anunciar que hoy pasará por nuestra aldea el gobernador, ordenando que cada familia de la aldea mate bueyes, cerdos, pollos y patos, y preparé buen vino para agasajarle. Y si alguna familia no consigue preparar bien la recepción será castigada con el pago de 50 onzas de plata y tres años de cárcel. Mira, aquí en esta aldea, entre los impuestos del

gobierno y los de palacio, nos quedamos tan pelados que por no tener, no tenemos ni ratones. ¿Cómo vamos a tener vacas, cerdos, pollos y patos para ofrecer al gobernador? ¿De dónde vamos a sacar ese buen vino que debe beber?"

Al escucharle Jia Jin odió a muerte a esos funcionarios que oprimían de forma tan cruel a los pobres campesinos. Se dijo para sí: "Habrá que buscar un remedio para pagar como se merecen a esos esbirros y liberar a la Aldea de Pescadores de ser arrasada por sus huestes." Pensando y pensando, al fin se le ocurrió una solución, por lo que dio una palmada de alegría y dirigiéndose al primo le dijo:

"Primo querido, no debéis preocuparos. Ve rápido a convocar a todas las familias de la aldea y veremos si entre todos encontramos la forma de escapar de este desastre."

El primo salió embalado. Poco después representantes de todas las familias de la aldea estaban reunidos en torno a Jia Jin. Éste fue indicando en voz baja a cada uno cómo debía de hacer y qué cosas debía de preparar para que todo saliera a la perfección. En cuanto acabó de hablar cada uno volvió a su casa a seguir sus instrucciones.

Apenas pasado el mediodía apareció el gobernador del distrito. Sentado en su silla, con un gran séquito de soldados acompañándole, majestuoso hizo su entrada en la aldea. Apenas entró en la aldea su séquito se dividió en grupos de tres o de cinco personas, que se dirigieron a las casas de los campesinos a disfrutar de las vacas, cerdos, pollos y patos.

Los habitantes de la Aldea de Pescadores, temerosos de desobedecer las órdenes del gobierno, habían preparado en cada casa los manjares requeridos, de tal forma que habían llenado la mesa con carne de "vaca", de "cerdo", de "pollo" y de "pato", así como "vino dulce", e

incluso temiendo que la comida se enfriara habían tapado cuidadosamente cada cuenco.

Los soldados del gobernador se dividieron dirigiéndose a las casas, con sus bocas glotonas llenas de saliva tomaron un tazón y unos palillos, pero cuando abrieron los pucheros se quedaron mirando su interior como si se hubieran vuelto de piedra. Ya que sólo veían dispuestos sobre la mesa pucheros llenos de cigarras, gusanos, grillos y sapos. Ninguno se atrevió a mover los palillos. Mejor dirigirse a los odres a disfrutar del vino, pero en cuanto lo probaron, uno tras otro todos fruncieron el ceño, ya que no era vino dulce sino agua fresca.

El gobernador del distrito no podía aguantarlo. Con la cara roja de ira hizo convocar a los cabezas de cada familia y con aire marcial les gritó: "¡Realmente sois osados! ¿Cómo os atrevéis a presentarme esas cosas a mí?"

Apenas hubo acabado de hablar, cuando de entre la multitud surgió Jia Jin, que aprovechando el silencio terrorífico que sus palabras habían provocado, se dirigió al Gobernador con voz pausada y serena diciendo:

"Nos habría gustado haber preparado un banquete según sus instrucciones, pero desgraciadamente aunque nuestras aspiraciones llegaban hasta el cielo, nuestra capacidad ha quedado mucho más abajo. Mire, cada año trabajamos duramente y apenas conseguimos lo suficiente para pagar los impuestos del gobernador y de palacio. Día tras día nos quedamos con el estómago vacío ¿de dónde vamos a sacar para alimentar a vacas, cerdos, pollos y patos?"

Hizo una pausa observando el efecto que sus palabras hacían en el gobernador, y a continuación siguió: "Nosotros, los Buyi, desde antaño somos famosos por nuestra hospitalidad. Para agasajarles a ustedes no hemos tenido más remedio que seguir nuestro dicho: "Si no tienes vaca, prepara cigarra; cuando no hay marrano, ofrece un

gusano; si no encuentras gallo, presenta un grillo; si no has visto un pato, busca un sapo. El vino tampoco lo vemos desde hace tiempo y como el refrán dice: "Más vale agua clara que vino turbio", les hemos preparado agua fresca. Eso ha sido lo que ha guiado nuestra intención al recibirles."

El gobernador se quedó con la boca abierta. No sabía si maldecirlos o castigarlos, pero no encontrando razón que pudiera justificar lo uno ni lo otro, ordenó a sus soldados seguir su camino y todos abandonaron la aldea.

No es carne de perro

El amo tenía un perro negro que era feroz y malvado. Su especialidad era morder a los pobres desarrapados que pasaban por el camino. Tras presenciar cómo el perro negro del amo mordía seriamente a algunos pobres hermanos, Jia Jin sintió un odio tremendo por él. Así que esa noche no durmió sino que se puso a pensar en un remedio para acabar con los ataques del perro. Tras pensar durante la mitad de la noche se le ocurrió una buena idea y se dijo a sí mismo: "Bien, bien, ya veremos como domino a esta bestia negra."

A la mañana siguiente Jia Jin tomó un gran caqui y lo asó al fuego. Cuando estuvo ardiendo se lo echó al perro para que lo comiera. Éste, goloso como era, se lo tragó de un bocado. El caqui ardiendo le quemó la boca, haciéndole llorar. Apenas pasaron unos minutos cuando sus dientes quemados se le cayeron y la propia boca se le hinchó inflamada. El animal estuvo cinco días sin poder comer, muriendo de hambre al cabo de los mismos. El amo nunca llegó a saber cuál había sido la causa de la inflamación, y sumido en la tristeza pensó que su perro había muerto de una enfermedad natural. En cambio Jia Jin estaba la mar de contento, y ya que el perro estaba muerto propuso al amo que lo echaran al río para alimentar a los peces.

Pero el amo, tacaño como era, dijo: "No, no, perderlo sería una lástima. Vamos a quitarle la piel y vendemos su carne en el mercado para sacar algo de dinero."

Jia Jin le dijo: "¿Pero quién va a querer comprar la carne de este perro muerto?"

El amo le contestó: "Mira que eres listo a veces, pero otras eres tonto. Le cortamos la cabeza y las patas y decimos que es carne de cabra, de esta forma los compradores no tendrán aprensión de comprarle."

Al escucharle Jia Jin le maldijo para sí mismo: "Mira este viejo tacaño, tan abominable como su negro perro. Bueno, veremos como te domino, seguro que no vendes ni una libra de carne." Luego, se volvió al amo y le dijo: "Vamos, vamos juntos a vender la carne."

Jia Jin cargó un saco a la espalda con la carne del perro y camino junto al amo rumbo al mercado. A mitad de camino el amo se dirigió a Jia Jin indicándole: "Pase lo que pase recuerda que de ninguna forma puedes decir que es carne de perro."

Al llegar al mercado Jia Jin sacó la carne del perro de su saco y la colocó para venderla. No había pasado mucho tiempo cuando se acercó un hombre con ánimo de comprar. Jia Jin vio que era un hombre honrado y temiendo engañarle dijo rápidamente: "Esta no es carne de perro, está a cinco monedas la libra. ¿Cuantas libras quiere?"

Al hablar así despertó las sospechas del comprador, que estuvo mirando la carne detenidamente y sin hablar más se fue.

Cuando se hubo alejado bastante, el amo enfadado le dijo a Jia Jin: "¿No te lo he dicho varias veces? ¿Y ahora que llega un cliente dices que es carne de perro? La próxima vez pon toda tu atención en este asunto."

Pasado un rato llegó otra persona a comprar carne, tras darle un par de vueltas y mirarlo despacio dijo: "Esto parece carne de cabra. ¿No será carne de perro?"

Jia Jin, viéndole un hombre honrado, temió que cayera en la trampa, y apresuradamente abrió la boca

dirigiéndose al amo como en secreto, pero elevando la voz más de lo conveniente: "¿Cómo puede ser que la gente se de cuenta que es carne de perro? No dirá que yo lo he dicho."

Al decir estas palabras lógicamente despertó las sospechas del comprador, que enseguida se fue. Esto hizo al amo enfadarse. Con el ceño fruncido y la cara roja, enseñando los dientes, no sabía si reír o llorar. El caso es que de una forma u otra no vendió ni una libra de su carne de perro, y al final no le quedó más remedio que pedir a Jia Jin que lo cargara y que a mitad de camino lo tirara por un barranco para alimentar a los chacales.

No me atrevo a acercarme

Hubo un día en que el amo y su suegro se sentaron a charlar. Jia Jin, curioso, quería saber de qué hablaban, pero apenas se acercó el amo le gritó enfadado: "Jia Jin, mira como llevas las ropas. Están todas rotas, llenas de agujeros, de tu cuerpo sale un olor nauseabundo. Vete, lárgate rápido. Y recuerda, en adelante no quiero que estés tan cerca de mí."

Jia Jin se marchó muy enfadado.

No había pasado mucho tiempo cuando un día en que el amo paseaba por el camino, al pasar bajo un árbol de plátano surgió un viento fortísimo que derribó al árbol cayendo sobre el amo. Durante medio día el amo estuvo atrapado por el plátano y por más esfuerzos que hacía no conseguía liberarse. Desesperado empezó a gritar pidiendo auxilio.

En ese momento Jia Jin llegaba caminando. Al verle el amo le gritó nervioso: "Jia Jin, rápido, ayúdame a liberarme de este árbol de plátano." Jia Jin le escuchó pero dio la vuelta a su cabeza y siguió andando como si nada. En cuanto se hubo alejado un poco se paró para reírse a escondidas, y por más que el amo gritó hasta desgañitarse no movió una mano.

Pasada la tarde vio que el amo seguía aprisionado más o menos igual, y aunque seguía gritando sus voces eran cada vez más débiles. Entonces Jia Jin se acercó lentamente y como si hablara consigo mismo dijo: "Yo, de hecho estaba pensando en venir a ayudarle a liberarse de ese árbol de plátano, pero lamentablemente visto estas ropas viejas,

llenas de agujeros, y tras un día de esforzado trabajo en sus campos, mi cuerpo, lleno de sudor, apesta. He recordado sus palabras y no me he atrevido a acercarme. Bueno. Aguante un poco más que voy a buscar a su joven esposa para que venga a ayudarle a mover el árbol de plátano. Seguro que llega vestida con sedas y satenes, bien perfumada y maquillada, para poder acercarse a usted."

En cuanto acabó de hablar, Jia Jin se fue, mientras el amo, atrapado aún por el árbol de plátano no paraba de maldecirle.

Pensando en usted

Cada día subía Jia Jin a la montaña a quitar las malas hierbas. El amo, temiendo que estuviera vagueando, cada día subía a la montaña también a vigilarle, y cada día, al llegar la hora de comer sólo dejaba que Jia Jin comiera medio panecillo. Fingiendo además preocuparse por su salud le decía: "Jia Jin, come un poco menos. Si comes mucho temo que tus tripas te acabarán por estallar. Sólo te lo digo por tu propia salud."

Jia Jin entendió su idea pero no dijo nada. A partir de ese día, sin embargo, cada vez que subía a la montaña a quitar las malas hierbas, quitaba sólo la mitad de las mismas, dejando que la otra mitad siguiera creciendo.

Pasados unos días, el amo al ver que la mitad del campo estaba lleno de malas hierbas dijo a Jia Jin muy enfadado: "Jia Jin, sólo piensas en gandulear ¿por qué está la mitad del campo lleno de malas hierbas? ¿Piensas que así van a crecer nuestras cosechas?"

Sin levantar la cabeza Jia Jin le contestó fingiéndose concentrado en su tarea: "¿Cómo que soy un gandul? Es mejor desherbar este campo un poco menos. Si no es así luego la cosecha será muy abundante y temo en primer lugar que el campo se hinche y se estropee, y en segundo lugar que sean sus graneros los que se hinchen y acaben por explotar. Como ve sólo estoy pensando en usted."

Al escucharle el amo se quedó parado sin saber qué decir.

Quitarse el sombrero

Un día estaba el señor descansando al fresco de la sombra de un ficus cuando vio que Jia Jin venía con su azada andando por el camino. Cuando llegó a su altura le dijo: "Jia Jin, todos dicen que eres muy ingenioso. Pues yo te apuesto lo que quieras a que no consigues hacer que me quite el sombrero."

Mientras empezaba a pensar la forma de hacerlo Jia Jin dijo: "No me atrevo, no me atrevo."

El señor, pensando que Jia Jin le temía, sonrió satisfecho, luego, señalando con su mano un pequeño bosquecillo de plátanos en la ladera de una colina, insistió: "Si consigues que me quite el sombrero te regalaré ese bosquecillo de plátanos que ves enfrente. Si no lo consigues me darás cien días de trabajo en los caminos. ¿Te atreves o no?"

Jia Jin se dio cuenta de que el señor se empezaba a excitar, por lo que le preguntó. "¿Son ciertas sus palabras? Si es así podemos probar."

El señor contestó. "Cuando digo algo lo mantengo."

Haciéndose el pensativo Jia Jin se rascó la cabeza, luego le dijo: "Claro que me gustaría conseguir ese bosque de plátanos, pero no veo la forma de hacer que se quite el sombrero de la cabeza."

El señor le contestó: "Entonces has perdido. Vamos, me debes cien días de trabajo en los caminos."

Jia Jin protestó entonces: "No tan rápido. No tan rápido. No sólo puedo hacer que se quite el sombrero, sino

que incluso, antes, puedo hacer que se ponga el sombrero cuando yo de la orden."

Al escucharle el señor se rió: "Me puedo morir sin ponerme el sombrero y ni muerto me lo pondría. Ves como debes reconocer que has perdido." Nada más acabar de hablar se quitó el sombrero y se lo puso en la mano, mostrando a Jia Jin que nada sería capaz de hacérselo poner le dijo satisfecho: "Mira a ver si eres capaz de hacer que me ponga el sombrero."

Nada más decirlo Jia Jin empezó a reír moviendo las manos: "Ha perdido. Ya ve lo poco que he tardado en hacer que se quite el sombrero."

Al escucharle el señor se puso furioso, los ojos se le tornaron rojos, y enfadado se puso el sombrero para marcharse. Luego, cuando estuvo fuera de la vista de Jia Jin, se puso a maldecir al sombrero y pisotearle hasta desahogar su ira. Jia Jin recibió el bosquecillo de plátanos y se lo entregó al pobre campesino que hasta entonces lo vigilaba para el amo.

Soltando agua

El ocho de abril, la fecha de empezar a plantar, ya había pasado hacía un tiempo, pero del cielo aún no caía ni una gota de lluvia. Los hombres estaban preocupados, parecían hormigas en una cazuela, andando todo el día de un lado a otro. En su corazón anidaba el temor. Si ese año no plantaban, ¿de qué comerían el siguiente? Jia Jin también estaba muy preocupado, día y noche se le veía deprimido, sin comer ni dormir.

Una noche en que Jia Jin daba vueltas en su cama sin poder dormir, a la hora que el gallo empezó a cantar, de repente se le ocurrió que la razón por la que no llovía era que el amo había ocupado el estanque del Dragón Verde. Dando vueltas al asunto se dijo: "El amo ha ocupado el estanque del Dragón Verde, y allí el nivel del agua es todavía muy elevado. Seguro que el amo no va a querer soltar el agua para que la gente plante sus campos. ¡Ay! El corazón del amo es realmente malvado, pero a su joven esposa le gusta comer como una enferma hasta estar completamente llena, y luego se siente mal. Tengo que aprovechar esa oportunidad para engañarle y hacerle que suelte el agua para que todos puedan regar sus campos."

En cuanto se levanto al día siguiente Jia Jin se fue corriendo a casa del amo, al que habló de esta forma: "Anoche tuve un sueño. En ese sueño el Dragón Verde que vive en el agua del Estanque del Dragón Verde que está junto a su casa se acercó hasta mi cama y me dijo que su joven esposa está enferma. Y que su enfermedad es debida a que usted ha acumulado demasiada agua en el

Estanque, y esa agua está oprimiendo al Dragón Verde que vive en el fondo, donde ya no consigue aire que respirar. Es por ello que el Dragón Verde ha utilizado sus artes mágicas, y hace que su joven esposa coma sin parar hasta llenarse tanto que la comida le llega a la garganta, y así le hace sentir a ella también la presión que él siente en el fondo del estanque."

Hizo una pausa para ver el efecto que sus palabras tenían en el amo, y al verle interesado continuó:

"El Dragón Verde me dijo a continuación que sólo deseaba que vaciara a la mitad el estanque, ya que con eso cesará su opresión y podrá respirar tranquilamente. Si lo hace, me ha prometido que acabará enseguida con sus artes mágicas, e incluso le dará a su joven esposa una medicina maravillosa que hará que su enfermedad desaparezca muy pronto. Antes de desaparecer de mi sueño, el Dragón Verde me avisó que si no vacía la mitad de ese estanque aliviando sus sufrimientos, él no retirará su conjuro y dejará que su esposa siga comiendo así hasta morir. Cuando acabó de hablar me dejó este saquito con una medicina. Esta mañana, al despertar, he descubierto que junto a mi almohada efectivamente había un saco con esta fragante medicina."

Cuando Jia Jin acabó de hablar sacó de uno de sus bolsillos un saquito en el que había puesto unas hierbas medicinales que él mismo había cortado por el camino, y que ahora brillaban ante los ojos del señor.

Al escuchar a Jia Jin y ver las medicinas mágicas, el señor dijo: "Expulsaremos la enfermedad."

Resuelto como estaba a curar a su esposa, siguió las instrucciones de Jia Jin y enseguida envió a dos de sus sirvientes a abrir el dique del estanque del Dragón Verde. Mientras los sirvientes cavaban abriendo una salida, Jia Jin cortó la medicina en trozos muy finos, y le indicó a la esposa del señor que se los tragara con un poco de vino.

Realmente era una medicina maravillosa. No hacía una hora que la esposa del señor la hubo tomado cuando sus tripas se empezaron a mover, y a continuación dejó bajo ella varias plastas apestosas, mientras soltaba por arriba unas bolas no menos repugnantes. Salió corriendo a las letrinas y de su pecho parecía que caía una piedra. Por fin pudo respirar.

Al verla el amo se dijo satisfecho con una sonrisa en sus ojos: "Todo gracias a Jia Jin."

Mientras que Jia Jin, junto al estanque, repetía a su vez: "Ya está bien, ya está bien. Venga, suelta el agua."

Mientras el amo estaba contento y no paraba de reírse, los campesinos también se reían contentos en sus campos, agradeciendo a Jia Jin que hubiera usado su ingenio para hacer que el amo soltara el agua y que todos pudieran plantar.

Ver de lejos

El amo se pasaba el día comiendo y bebiendo, mientras que a Jia Jin sólo le dejaba un poco de verduras para comer. Y lo que es peor, encima fingía preocuparse mucho por él, y así le decía: "Jia Jin, si yo cada día te doy para comer verduras, es sólo por tu bien. ¿No te das cuenta? Cuando se comen verduras durante mucho tiempo se aclara la vista y se puede ver de lejos."

Al escucharle Jia Jin le maldecía en su interior: "Qué dulce tiene la boca, pero en su corazón se esconde un chacal capaz de matar a los hombres. Cuando habla suena mejor que escuchar una canción." Pero por otra parte no tenía más remedio que fingir agradecimiento al amo, y le contestaba: "Gracias señor por preocuparse por mi salud."

No pasó mucho tiempo cuando llegó el otoño. Un día, el amo le dijo a Jia Jin: "Jia Jin, el mijo en el campo ya está amarillo. A partir de hoy, cada día vas a estar mirando las cosechas, no quiero que los gorriones y urracas se las coman." Jia Jin se mostró de acuerdo, pero a partir de entonces se pasaba el día tumbado en la cama descansando.

Pasó un día, dos días, tres días. Y el amo al ver que Jia Jin se pasaba el día tumbado en la cama sin ir a vigilar los campos, muy enfadado le increpó: "Jia Jin, ¿por qué eres tan vago? ¿Es que no quieres ir a mirar los campos?

Jia Jin contestó: "Estoy mirando los campos."

El amo aún le gritó: "Te pasas el día ahí tumbado en la cama, y ¿aún dices que estas mirando los campos?

"Claro, o es que ya lo ha olvidado. Cada día me da verdura para comer. Mis ojos ahora son muy claros y puedo ver desde lejos. Así, aunque esté tumbado en la cama puedo ver los cultivos en el campo. Si algún gorrión u otro pajarillo llega a picarlos seguro que lo veré. Quédese tranquilo."

Al escucharle al amo se le pusieron los ojos como a un conejo y se quedó con la boca cerrada sin decir palabra.

ETNIA DAI

La minoría nacional llamada Dai comprende una serie de grupos étnicos que mantienen un buen número de características diferenciadas en los aspectos lingüísticos, culturales, políticos y religiosos. Son parte del amplio grupo de pueblos pertenecientes a la familia lingüística Kam-Dai, que habitan desde tiempo inmemorial la parte sur de China y el norte de los países del Sudeste Asiático. Los Dai están por tanto culturalmente emparentados con otras minorías dentro de China, así como con los Tai de Tailandia y el norte de Vietnam, los Lao de Laos, los Shan de Birmania.

Dada su presencia en el sur de China desde tiempos remotos, se les considera descendientes de los llamados Baiyue (literalmente los Cien Pueblos Yue).

Su distribución es muy amplia, reflejo de esa larga migración al sur que todos los autores aseguran existió. Viven generalmente en las tierras bajas, a ser posible en la cercanía de los ríos, pues son tradicionalmente cultivadores de arroz, la mayoría al sur de la provincia de Yunnan, aunque hay unos cuantos miles al norte (en la cuenca del Yangtzé) y en el centro (en las proximidades de Yuxi). Su personaje ingenioso más conocido es Zhaomahe.

La piedra preciosa

El rey tenía una extraña piedra preciosa que había pertenecido a su familia durante generaciones. Era una piedra extraña, con nueve curvas y un agujero en el centro también curvado.

Un día el rey decidió ponerle un cordelito para poder llevarla más cómodamente, así que consultó con sus cuatro grandes ministros la forma de hacerlo. Realmente, dada la extraña curvatura de la piedra no era fácil pasar por su agujero un hilo o un cordel, y los cuatro ministros, por más que estuvieron pensando una y otra forma, no encontraron ninguna solución.

Entonces recurrieron a Zhaomahe. Cuando éste llegó examinó la piedra cuidadosamente, luego colocó un extremo del cordel, untado con miel, en un extremo del agujero, colocando el otro extremo del agujero en la boca de un hormiguero. De tal forma que cuando las hormigas fueron a por la miel, arrastraron también el cordel, que así atravesó la piedra[12].

[12] Estos tres cuentos se han traducido del volumen correspondiente a los Dai en la Gran Colección de Cuentos de las Minorías de China.

Tirando del niño

Hubo un día en que una mujer fue al río llevando a su hijo. Dejó al niño en la arena de la orilla y se metió a lavar la ropa. Poco después llegó otra mujer y a escondidas se llevó el niño. La madre al verlo salió corriendo nerviosa tras la ladrona. Cuando la alcanzó la otra no quiso soltar al niño sino que tirando de él, aseguraba que era suyo. Así pasó un tiempo durante el que las dos mujeres seguían insistiendo en que el niño era suyo. En vista de que discutir más no serviría para nada la gente fue a llamar a Zhaomahe.

Cuando Zhaomahe llegó dibujó un círculo en el suelo, colocando al niño en su interior. Luego pidió que cada una de las mujeres se colocara a un lado del círculo, instruyéndolas para que tiraran del niño, decidiendo que el niño se entregaría a la que consiguiera llevárselo.

Las dos mujeres empezaron a tirar. Una le había agarrado del cuerpo, la otra de las piernas, y lógicamente el pequeño empezó a llorar. Su madre verdadera, no pudiendo soportar sus llantos, le soltó. La otra mujer agarró al niño y se disponía a llevárselo cuando Zhaomahe dijo: "Detente. No tienes corazón de madre, no te importa el dolor del niño. Tu no eres su madre."

Y entregó el niño a la madre verdadera.

¿Quién robo la vaca?

Un día cuando ya estaba anocheciendo llegaron dos comerciantes a la vez a una aldea Dai. Uno se quedó a dormir fuera en el *shalating* y el otro en el interior de la aldea.

A mitad de la noche el comerciante que se había quedado fuera entró a la aldea y robó un buey amarillo grande y bien cebado. Justo cuando salía de la aldea llevándose al buey, el comerciante que se había quedado dentro le descubrió y salió en su persecución mientras gritaba: "Alguien roba una vaca, alguien roba una vaca."

El ladrón, al ver el alboroto que se había organizado, soltó la vaca y salió corriendo alejándose de la aldea. El otro comerciante le persiguió con todas sus fuerzas y al final acabó por alcanzarle. Entonces empezaron a forcejear.

Cuando la gente de la aldea, que se había despertado al oír los gritos de alarma, llegó donde ellos peleaban, se encontraron con dos extraños que se acusaban mutuamente de haber robado el buey. Sin poder determinar quién era el ladrón y quién el honrado, se los llevaron a la aldea y fueron a buscar a Zhaomahe.

Cuando Zhaomahe llegó les hizo que empezaran a pelearse mientras la gente hacía un círculo a su alrededor. No había pasado mucho tiempo cuando el ladrón yacía derrotado en el suelo, con la respiración entrecortada y casi sin poder moverse.

"Ese es el ladrón." Dijo Zhaomahe entonces. "El que tiene menos fuerza no ha podido capturar al que tiene

más." Y la gente expulsó de la aldea al ladrón mientras agasajaba al honrado.

ETNIA DAGUR

Los Daur son uno de los pueblos indígenas del norte de China. Su población actual sobrepasa los 130.000 habitantes, la mayoría concentrados en la parte oriental de Mongolia Interior y las zonas cercanas de Heilongjiang. Hay además un pequeño grupo de Daur, unas 5.000 personas, que viven en el extremo occidental de Xinjiang.

Los Daur hablan un lenguaje de la rama mongola de la familia altaica. Por ello se supone que sus antepasados habitaban en las regiones situadas al norte de la frontera china. Algunos autores los relacionan con los Kitan, que fundaron la dinastía Liao que gobernó el norte de China en los siglos X y XI. De hecho, el carácter tribal y migratorio de las sociedades de lenguas altaicas hace posible que los Daur desciendan tanto de los Kitan como de los Heishui, pues las confederaciones tribales se organizaban y disolvían en esas tierras con relativa facilidad.

Como otros pueblos de cultura altaica, la religión de los Daur era antiguamente un chamanismo, con influencias también del budismo tibetano en que creían sus vecinos mongoles. Los espíritus de la naturaleza y los de sus ancestros tienen mucha importancia para ellos. Veneran también a los dioses que les pueden ayudar en sus actividades, como el Dios de las Montañas para los cazadores o el Dios de los Ríos para los pescadores.

Los Daur viven una economía campesina típica de esas regiones, en las que utilizan todos los recursos a su alcance: caza y pesca, agricultura y ganadería.

El Lama y el Carpintero

Un día un lama muy malvado se encontró con un carpintero y le dijo: "Las personas deben ayudarse mutuamente. Constrúyeme una casa y yo rezaré a los dioses para que te bendigan." El carpintero le contestó blandiendo su hacha: "No te voy a construir una casa. No eres capaz de llevarte mi felicidad." El lama se alejó jurando vengarse.

Unos días después el lama visitó al rey y le dijo: "Anoche viajé al cielo durante mi sueño y me encontré con el viejo rey, el padre de vuestra majestad, que me pidió le entregara esta carta." El rey tomó la carta, donde leyó: "Quiero construir un templo, pero aquí no hay carpinteros. Por favor, envíame uno. Consulta con el lama para ver cual será el más indicado."

De esta forma el carpintero fue convocado a la presencia del rey, que preguntó al lama de qué forma se le podría enviar al cielo. El lama dijo: "Es fácil. El viejo rey dijo que se le debía encerrar en un cuarto, y luego prenderle fuego para que vuele al cielo transformado en humo"[13].

"Muy bien, pues iré al cielo mañana por la tarde" contestó el carpintero con aplomo, abandonando el palacio. Cuando volvió a su casa empezó a cavar un túnel bajo un cobertizo junto a su casa. A la tarde siguiente el rey, sus guardias y el lama llegaron a su casa, tras encerrar al carpintero en el cobertizo le prendieron fuego. Entonces el

[13] Esa creencia en que al quemar un cuerpo su alma se transforma en el humo que puede viajar al cielo está detrás de la costumbre existente entre muchos pueblos siberianos, de incinerar a los cadáveres.

rey y su séquito regresaron a palacio alabando la buena disposición del carpintero para construir un templo al viejo rey.

El carpintero, que se había salvado de la muerte en el túnel bajo el cobertizo, pasó un mes sin salir de casa para que nadie le viera, y lavándose su cara y sus manos con yogur tres veces cada día para que quedara más blanca que la nieve. Al acabar ese tiempo, se puso una túnica blanca y se fue a ver al rey. Cuando estuvo ante su presencia le dijo: "El viejo rey me ordenó que volviera a la tierra y os entregara esta carta."

El rey la abrió y leyó: "El carpintero me ha construido un bello templo por lo que debes recompensarle. Pero como no hay ningún lama que atienda este templo, envíame uno de la misma forma que me enviaste el carpintero. Podrá volver pasados tres días."

El rey recompensó al carpintero con un camello y otros objetos valiosos e hizo llamar al lama, a quien entregó la carta de "su padre" pidiéndole se diera prisa, no fuera a preocuparse el viejo rey. A la tarde siguiente, el rey y su séquito encerraron al lama en una cabaña y la prendieron fuego.

Aunque el lama quiso matar al carpintero, al final él mismo fue la víctima de sus malvadas maquinaciones[14].

[14] De Stuart, Li y Shelear China's Dagur minority.

ETNIA DONG

Los Dong son unos tres millones de personas que viven principalmente en las provincias de Guizhou, a lo largo de una franja de tierras llanas que cruza la provincia de norte a sur, Hunan y Guangxi. Los Dong viven cerca de los ríos y en colinas generalmente no muy elevadas. Su cultivo principal es el arroz. Crían animales domésticos, especialmente gallinas y cerdos. La explotación de los bosques, con los que los Dong mantienen una especial relación espiritual, es una actividad económica de importancia.

En muchas aldeas Dong aún se pueden encontrar Torres del Tambor, que juegan un papel religioso y social muy importante para la vida de las aldeas. La Torre del Tambor es, de hecho, la identificación material del espíritu de la comunidad, el más importante lugar de reunión y el elemento cultural más importante de los Dong. Estas torres tienen un papel simbólico muy importante en la vida de los Dong, se les asocia con la prosperidad, aunque en algunas ocasiones se les considera una especie de deidad que también puede causar daño a la gente. Socialmente también juegan un papel muy importante. Generalmente al lado de las torres hay una gran plaza, donde se realizan las reuniones de toda la aldea, se celebran las fiestas más importantes y se asiste a las representaciones de la famosa Ópera Dong o a los conciertos de *lusheng* (un instrumento musical típico de esa región).

Portaperros

Había hace mucho tiempo una familia bastante pobre compuesta por la madre y sus cuatro hijos, todos varones. Los dos mayores acababan de volver de realizar los servicios del gobierno, el tercero trabajaba como porteador a servicio de palacio, y sólo el cuarto se había quedado en casa cuidando a la madre. El cuarto, un muchacho de gran ingenio, odiaba al gobernador por la explotación que sufría su familia.

Un día que la madre quería salir a visitar al tío, el cuarto preparó un coche muy simple, que los dos mayores arrastraron, caminando él tras ellos esperando el momento de reemplazarlos. No había caminado mucho cuando se cruzaron con una comitiva en la que viajaba el gobernador y su esposa. La esposa, muy gorda, dormía ocupando todo el coche. Llevando ese coche estaba el pobre tercer hermano. El Gobernador, sin embargo, asomado a la ventanilla, miraba todo con ojos curiosos.

Cuando descubrió a la madre montada en el coche le gritó enfadado: "Diablo de mujer, en tu condición aún te atreves a pasear en un coche como los nobles." La madre no contestó, pero el cuarto hijo se enfureció. Espero un poco para que su enfado no se hiciera evidente y se acercó con mucha ceremonia al coche del gobernador.

"Respetado señor, somos cuatro hermanos, y los cuatro trabajamos como porteadores. Los dos mayores ahora llevan a nuestra madre, el tercero lleva a su mujer, y yo, el cuarto, gustoso le llevaré a usted." El gobernador, viéndole robusto y espabilado, pensó que en el futuro

podría encargarse especialmente de llevar su coche, y aceptando su ofrecimiento le pidió que sustituyera a alguno de sus actuales porteadores.

En cuanto se colocó en su puesto, el cuarto no paró de llevar el coche arriba y abajo, correr un poco aquí y allá. El gobernador nunca se había divertido tanto. Así que llamó al cuarto y le dijo: "Eres un buen porteador, ¿cuál es tu apellido?"

Bajando los ojos el cuarto contestó: "Mi apellido precisamente es "Bueno."

"Qué curioso" pensó el gobernador. "Si "bueno" es tu apellido, ¿cuál es tu nombre?" le preguntó.

"Me permitirá el señor que no lo diga" contestó el cuarto respetuoso.

"¿Cómo no vas a decírmelo? ¿Qué misterio tiene? Vamos habla"

"Mi hermano mayor se llama Portadragón y el segundo se llama Portatigre."

"Venga, no le des más vueltas, dime tu nombre de una vez."

"El tercero se llama Portacerdos."

"Quieres decirme tu nombre de una vez."

"Respetado señor, yo me llamo Portaperros."

Llevando la vaca al árbol

En la casa de Bujue eran muy pobres, por lo que desde muy niño había ido a cuidar los bueyes de la casa del terrateniente. Éste se aprovechaba de su corta edad para oprimirle todo lo posible.

Hubo un día en que el amo llamó a Bujue. Cuando éste llegó le dijo: "Lleva el buey a la montaña, tiene que comer algo verde y tierno." Bujue adivinaba que como se acercaba el final del año, lo que el amo quería era disminuir su salario con algún pretexto. Así que frunciendo el ceño fingió enfrentarse a una tarea muy difícil y contestó: "Señor, ahora estamos en invierno, la nieve cubre las montañas. ¿Dónde quiere que busque algo verde y tierno para que coma su buey?"

"¡Eh, eh!" Le dijo el amo riéndose fríamente. "Que sea difícil de encontrar no significa que no se deba buscar. Encerrado en el establo el buey adelgaza. Si no haces nada te disminuiré el salario." Y en cuanto acabó de hablar hizo un gesto de impotencia y se retiró a su habitación. Bujue escupió a la espalda del amo, luego tomó las riendas del buey y se dirigió a la montaña.

Por todas partes estuvo buscando y buscando, pero ante sus ojos si no había nieve había camelias o las rojas hojas de los arces. Así recorrió varias montañas sin poder encontrar nada verde que darle al buey, hasta que se encontró con un árbol carlesii lleno de hojas verdes. Al descubrirle Bujue casi se puso a dar saltos de alegría, y entonces pensó que por esta vez al menos había encontrado un remedio para librarse de las afrentas del

viejo diablo. Entonces sacó el cuchillo que llevaba al cinto y cortó una caña de ratán que pasó por la nariz del buey y ató a su cuello, dejando un cabo sobre el árbol y otro en el suelo. Con todo listo se sentó a que llegara el amo, pues no dudaba aparecería para vigilarle.

Efectivamente, una vez que hubo pasado un rato, el amo salió para ver cómo se las apañaba Bujue. Siguiendo sus huellas se dirigió a su posición. Al ver que llegaba el amo Bujue tomó la cuerda y tiró del buey para que subiera al árbol. Al llegar el amo vio a su gran buey con las patas delanteras ya separadas de la tierra como escalando al árbol y se sintió muy nervioso y enfadado. Lanzándose sobre Bujue le gritó: "¿Te has vuelto loco? ¿Por qué tiras del buey para subirle al árbol?"

Cuanto más fuerte gritaba Dujue fingía tirar más fuerte de la cuerda que sujetaba al buey, mientras le contestaba: "Amo, por favor abra los ojos y mire alrededor. Excepto las hojas de este árbol ¿dígame dónde hay algo verde y tierno para que coma su buey? Si no consigo que el buey suba al árbol usted me va a descontar parte de mi salario."

Al acabar de hablar siguió haciendo como si tirara del buey aún con más fuerza. El amo, al ver al pobre buey arrastrado sobre el árbol se sentía tan dolorido como si cavara su propia tumba, pero como no podía pegarse a sí mismo por dar órdenes absurdas, cogiéndose de la cabeza dijo a Bujue: "Por mis antepasados, suelta rápido al buey. De ahora en adelante no volveré a amenazarte con descontarte parte de tu salario."

En cuanto dijo estas palabras Bujue se relajó con un suspiro e inmediatamente soltó al buey[15].

[15] Traducido de Cuentos populares de ingenio de China.

ETNIA DULONG

Los Dulong son uno de los pueblos menos conocidos de China. Su escasa población vive dispersa en unos pocos valles de difícil acceso atravesados por el río Dulong. Debido a que sus contactos con el exterior han sido más bien escasos son uno de los pueblos más atrasados tecnológicamente de China. Hasta los años posteriores a la revolución de 1949, apenas algunos viajeros y exploradores habían proporcionado escasas noticias de ellos. Su población es de unas 10.000 personas.

Viven en el confín occidental de la provincia de Yunnan. Un territorio de difícil acceso en el valle del río Dulong, al que sólo han llegado las carreteras en los primeros años del siglo XXI. Gran parte de su territorio son selvas montañosas con lluvias abundantes. Tierras de poca fertilidad que les ha convertido en uno de los pueblos más pobres de China. El lenguaje dulong pertenece a la familia tibeto-birmana.

Dada la escasez de bienes materiales entre ellos apenas hubo estratificación social, esto hace que el objetivo de las burlas de sus pícaros, algunas veces innominados, sean esos demonios que pueblan su territorio. En uno de los cuentos que presentamos el protagonista es Pengenpeng, un personaje mitológico y a la vez pícaro, lo que apunta a las ideas de Blackburn sobre el origen de estos personajes. En los otros no es mencionado.

El hábil Peng dispara el rey de los demonios.

Hace mucho, mucho tiempo, por todas partes había demonios que comían hombres. Cuando los hombres iban a cortar leña, los demonios estaban escondidos tras un gran árbol; cuando iban a traer agua, los demonios acechaban junto al río. Sólo bastaba que los hombres estuvieran descuidados para que los demonios les lanzaran su mano siniestra. Los hombres siempre estaban precavidos, dispuestos, alertas ante los trucos de los demonios.

Hubo un joven llamado Peng que odiaba a muerte a esos demonios devoradores de hombres y siempre estaba pensando la forma de acabar con ellos de una vez por todas. Peng era muy valiente y muy hábil con el arco. Un día cuando estaba cazando en el bosque descubrió que era seguido por el rey de los demonios. En cuanto vio a su odiado enemigo, Peng tensó el arco apuntándole al corazón. El rey de los demonios sin embargo empezó a reírse despreocupado, diciéndole despectivo: "Las flechas que tu disparas no pueden matarme, si no te lo crees prueba y verás."

Al escucharle Peng pensó: "Si con una flecha no puedo matarle habré perdido esta oportunidad, y llevo tanto tiempo soñando con matar al rey de los demonios." Entonces dijo al rey de los demonios: "Yo sólo dispararé una flecha, si esa flecha no te mata, me quedaré aquí sentado dejando que vengas a comerme."

Al escucharle el rey de los demonios se puso a reír asintiendo con la cabeza. Peng salto rápidamente a lo alto de una gran roca, y aprovechando que el rey de los demonios seguía riéndose estrepitosamente con la boca abierta disparó una flecha que hizo blanco justo en su garganta. Sólo vio al rey de los demonios tambaleándose, y cayendo al suelo entregar su vida.

Desde entonces, los demonios no han vuelto a atreverse a perseguir a los hombres con sus negras maquinaciones[16].

[16] Estos tres cuentos han sido traducidos de la Gran Serie de Cuentos de los Pueblos de China.

Acónito cura a los demonios

En tiempos antiguos la gente hacía flechas venenosas con acónito. Cocía esa hierba y luego impregnaba con la mezcla la punta de las flechas.

Una vez que estaban preparando este veneno para las flechas llegaron unos demonios con la idea de atacar a los hombres. Al verles atareados cociendo unas hierbas les preguntaron: "¿Qué es eso que cocéis?"

El hombre le dijo: "Mi madre tiene los ojos malos, estoy cociendo una medicina para curarla."

Al escucharle el demonio pensó que el también tenía que curarse los ojos, por lo que para no dejar de pasar esa oportunidad dijo: "Entonces frótame a mí un poco primero."

El hombre dijo: "Primero te froto a ti. Te aseguro que tras frotarte tus ojos sanarán."

El demonio enseguida abrió mucho los ojos preparándose para que el hombre le pusiera la medicina. Éste mientras se la ponía le iba diciendo: "En cuanto te la frote un poco te curarás. En cuanto te frote curarás."

Pero cuando puso en sus ojos la cocción de acónito, inmediatamente los ojos del demonio dejaron de ver. Enseguida todo su cuerpo empezó a temblar mientras de la boca le salía una baba blanca. Aún estuvo forcejeando un poco y luego se quedo quieto, muerto.

Los "muertos" asustan a los demonios.

Había una vez en que varias personas volvían a la aldea tras recoger el grano en sus campos. Como iban bien cargados se pararon a descansar en mitad del camino. Se tumbaron sobre una gran roca que daba por un lado a un río tumultuoso y por detrás estaba cortada como un risco.

Pasado un rato los hombres escucharon que unos demonios hablaban, entonces tuvieron una idea. Así se fueron pasando al oído las instrucciones de lo que iban a hacer y luego se tumbaron desparramados sobre la gran roca dejando que al lado de la boca de cada uno quedaran algunos granos de arroz.

Cuando llegaron los demonios y vieron a los hombres tumbados en la roca con unos granos de arroz en su boca se pusieron a aullar de contentos pensando que estaban muertos, y mientras uno decía: "Estos están muertos" otro se reía señalándoles: "Mirad, mirad. Acaban de morir, aun tienen en la boca los huevos que han puesto las moscas."

Mientras estaban tan contentos cada uno diciendo el disparate que se le ocurría los hombres de repente gritaron con una sola voz: "¡Aaaaazuiiiii!" mientras rodaban por la piedra levantándose. Los demonios se quedaron aterrorizados por ese susto inesperado y retrocedieron en completo desorden. Pero no se acordaban que detrás corría el río impetuoso, por lo que la mayoría cayeron al río, donde murieron ahogados.

ETNIA HANI

Los Hani son uno de los pueblos del sur de China con una agricultura más desarrollada. En algunas zonas, sus cultivos de arroz, practicados durante cientos de años, se extienden siguiendo el contorno de las montañas hasta su cima, formando uno de los más impresionantes paisajes creados por la acción humana. La erección de estas obras ha supuesto muchos años de intenso trabajo y un cuidadoso aprovechamiento de la tierra. En algunos lugares las terrazas llegan a tener cientos de niveles.

Las aldeas son el centro político y social de la vida Hani. Suelen estar construidas en la falda de las montañas. Son también la unidad ritual y religiosa en torno a las que se celebran las más importantes fiestas de los Hani.

Sus viviendas suelen tener dos pisos, uno abajo para los animales y otro arriba para las personas, aunque en algunas regiones llegan a tener tres pisos.

Sus ropas son de un gran colorido. Y como algunos otros pueblos de la zona, en las mujeres indican el grupo de edad al que pertenece y su estado marital. Existe una gran diferencia entre las ropas de las mujeres de unas ramas y las de otras. Los tocados que llevan a la cabeza suelen ser muy elaborados.

Tienen fama de ser muy hospitalarios con los viajeros, a los que enseguida ofrecen vino y té.

Antiguamente incineraban a los muertos, aunque ya hace algunas generaciones que les entierran. Cuando muere un anciano, se realiza el Baile de los Ancianos, durante el mismo se le sacrifican bueyes y cabras, que según los expertos es un recuerdo de cuando llevaban una existencia nómada, y cantan llorando mientras dura la ceremonia.

Carne para los antepasados

Hubo un día en que Azou capturó un ciervo, cuando estaba despellejándole para preparar su carne Ayou apareció por allí:

"Hermano Azou ¿Ya sabes lo que debes hacer?" Le dijo taimado.

"¿Que si sé qué?" Le respondió Azou siguiendo con su tarea.

"Esta carne que has traído, primero debes de ofrecerla a nuestros antepasados para que la prueben."

"Si murieron hace ya mucho tiempo. ¿Cómo van a probarla?" Le preguntó extrañado.

"Tonto." Le respondió Ayou. "Su cuerpo es lo que murió, su alma sigue viva."

"¿Dónde?" Le preguntó Azou confuso.

"Puede que luego se acerquen a la ventana. Si escuchas a un gato o a un ratón gritando, entonces es que los antepasados quieren tu carne. Entonces les tiras un trozo por la ventana. Como sé que no entiendes de estas cosas te lo he venido a decir." Y en cuanto acabó de hablar se fue.

Cuando Azou hubo acabado de cortar toda la carne del ciervo y se disponía a atravesarla con unas varitas de bambú para colgarla a secar, de repente escuchó un maullido en la ventana. Sorprendido pensó que los antepasados querían un poco de carne, así que cogió un trozo y lo tiró por la ventana.

Pasado un rato volvió a escuchar ese maullido otra vez y pensando de nuevo que serían los antepasados tiró

otro trozo de carne por la ventana. Y otra vez escuchó un maullido tirando carne de nuevo. Los maullidos siguieron bajo la ventaba, y Azou siguió tirando carne tras escucharlos hasta que no le quedó nada.

Entonces escuchó que los maullidos continuaban y sin saber que hacer tiró por la ventana la tabla donde se había estado cortando la carne. Entonces se escuchó un "Ayyyy…"

"Qué mal" se dijo. "He hecho daño a los antepasados." Y salió corriendo a ver qué pasaba. Para su sorpresa descubrió que Ayou había estado maullando como un espíritu. Y como la tabla le había dado en la cabeza haciéndole un chichón, ahora gritaba mientras se agarraba la dolorida cabeza[17].

[17] De Gran Colección de Cuentos de los Pueblos de China.

Comprando cerillas

Un día el señor entregó dos yuanes de plata a Ajuni y le envió a bajar a la aldea a comprar cerillas. Ajuni hizo como se le había pedido y volvía muy contento con sus cerillas rumbo a la aldea cuando de repente cayó un gran aguacero. Llovió tan fuerte que Ajuni no tuvo ninguna oportunidad de buscar un lugar donde refugiarse y sus ropas quedaron completamente empapadas, al igual que las cerillas recién compradas.

Cuando se presentó, empapado como estaba, ante el señor, éste no pudo encender las cerillas por estar mojadas, por lo que montando en cólera maldijo a Ajuni descontándole además los dos yuanes de plata que habían costado de su salario.

Ajuni recogió todas las cerillas y se fue. Las puso a secar al sol y las fue utilizando cada vez que necesitaba encender fuego, guardándolas luego, ya utilizadas, en sus respectivas cajas, que conservó en un rincón de su casa de paja.

Pasado un tiempo el señor llamó de nuevo a Ajuni y entregándole dos yuanes de plata le envió a comprar cerillas a la aldea. Antes de salir le repitió una y otra vez que a la hora de comprarlas las probara para ver si podían encender o no, amenazándole con descontarle el dinero de su salario en caso de que volvieran a fallar. Ajuni, viendo que era una orden un poco absurda, le preguntó:

"¿Seguro que quiere que las pruebe todas?"

"Seguro." Insistió el amo. "Haz como te digo. De lo contrario te quedarás sin sueldo."

Entonces Ajuni se fue a la aldea. Se gastó los dos yuanes de plata en un traje nuevo, y luego volvió a su casa, recogió las cerillas que ya había utilizado y con ellas se presentó ante el señor. Éste abrió la primera caja y descubrió que las cerillas ya habían sido utilizadas.

"Ajuni ¿Cómo has podido comprar cerillas ya utilizadas?" Le preguntó furioso. "¿Es que eres tonto? Esta vez te quedarás sin sueldo."

"Perdón señor, pero no me dijo usted que me asegurara que todas las cerillas podían arder. Todas estas cajas" dijo señalando el montón "he ido probando cerilla a cerilla siguiendo sus instrucciones. O sea que nada de tocar mi salario, o si no la próxima vez que me necesite me quedaré durmiendo."

Y el señor no tuvo más remedio que entregar a Ajuni su jornal[18].

[18] De Cuentos Populares ingeniosos de China.

Adivinando con huesos de pollo

Hubo un día en que el terrateniente se puso muy enfermo. Todos los remedios al alcance de su mano se pusieron en práctica pero seguía sin curarse. Entonces el jefe de la aldea le dijo: "Ajuni sabe de todo. Hemos oído que puede adivinar con huesos de pollo."

Cuando la mujer del terrateniente escuchó sus palabras, inmediatamente fue a buscar la ayuda de Ajuni. Al llegar a su casa le dijo: "Ajuni. Hemos oído que sabes de todo. Mi marido está muy enfermo y no encontramos remedio que le cure. Por favor haz lo que puedas para ayudarnos."

Ajuni le respondió contento: "Trae rápido un gallo y una gallina, pues sé lo que es preciso para adivinar con los huesos de pollo."

Aunque la mujer del terrateniente era muy tacaña, estando en juego la vida de su marido no se atrevió a negarse. Así que en seguida estuvo de vuelta con un gallo y una gallina, que entregó a Ajuni.

Siguiendo el procedimiento ritual correcto Ajuni sacrificó los animales, los ofreció a los dioses de la naturaleza, los desplumó y luego los hirvió en agua. Cuando los animales estuvieron bien cocidos Ajuni se los comió. Sólo al acabar tomó sus muslos e insertó las varillas de bambú que había preparado. Entonces examinando el

ángulo en que habían quedado clavadas las astillas, dictaminó[19]:

"Hermana. Tu marido está en una situación muy grave y seguramente morirá. La razón de su muerte es que los espíritus de todos los que sufrieron y murieron por su explotación se están vengando ahora."

"¿Y qué puedo hacer?" Preguntó la mujer nerviosa.

"Si quieres que viva un poquito más." Contestó Ajuni "Ve a ver a todos los que sufrieron su explotación y dales un poco de arroz y algo de dinero. Puede que haciendo esto aguante un poco más."

Siguiendo sus instrucciones la mujer volvió a casa y se lo contó a su marido. Éste le dijo: "Rápido, distribuye arroz y dinero. Rápido." Y así los pobres recibieron por una vez arroz y dinero del terrateniente. Sin embargo, a pesar de esta buena obra, el terrateniente enseguida murió abandonando este mundo[20].

[19] Este es un proceso común a muchas minorías de Yunnan. Una idea gráfica del mismo se puede ver en el documental "La minoría Wa", disponible en Youtube.

[20] Traducido del inglés de Lewis's Akha Oral Literature.

ETNIA JINGPO

Los Jingpo mantienen una de las organizaciones sociales más complejas en el Sudeste Asiático. La mayoría de los estudiosos creen que tanto Jingpo como Kachin (nombre como son conocidos en Birmania) denominan una compleja organización política que implica a varios pueblos, con culturas y lenguajes distintos.

La población Jingpo en China es de unas 120.000 personas, que viven en la región fronteriza entre China y Birmania, generalmente en las zonas de alta montaña, más allá de los 1500 m de altitud. Las casas de los Jingpo son de dos pisos, con varias habitaciones en su interior. Construidas de bambú habitualmente, hay que volver a reconstruirlas pasados 8 ó 9 años.

En la sociedad tradicional Jingpo la tierra era propiedad comunal, pero las distintas transformaciones que ha sufrido China en los últimos años han acabado casi por completo con ese sistema. Los hombres suelen vestir una camisola negra, los ancianos llevan un tipo de turbante negro y los jóvenes blanco. Las mujeres también llevan una blusa negra y falda estampada.

Muy aficionados al baile, a veces bailan hasta 1000 personas, al son de los tambores. Generalmente entierran a sus muertos, pero si el finado ha sufrido muerte extraña, como ahogado, abrasado por un rayo, o devorado por una fiera, primero se le quema y luego se entierran sus cenizas.

Castigando al señor

Hubo un día en que unos amiguetes fueron a buscar a Kaidan para ir a una aldea cercana a robar una vaca para comérsela. Kaidan les acompañó, pero a la hora de robar la vaca no se movió, como tampoco lo hizo a la hora de matarla. Sólo cuando los otros habían acabado de desollarla dijo: "No es bueno que hoy me quede, no tengo ganas de comer carne. Me basta con que me deis la vejiga de la vaca."

Cuando escucharon que sólo quería la vejiga de la vaca sus amigos se pusieron muy contentos y enseguida accedieron. Así que Kaidan tomó la vejiga y se fue.

Pero siguiendo el plan que había preparado, en cuanto se hubo alejado de sus amigos se escondió en un bosquecillo al borde del camino. Esperó a que éstos se hubieran repartido la carne, entonces sopló en la vejiga hasta hincharla, y escondido siempre en medio del bosque empezó a golpearla, gritando en voz alta mientras lo hacía:

"Eh, eh. No me peguéis a mí. Que no fui yo el único que robó la vaca, y además yo sólo me he quedado con la vejiga mientras que los otros se han repartido toda la carne. Eh, mirad. Si lo que queréis es recuperar la carne, entonces id a preguntarles a ellos."

Al escuchar esas palabras sus amigos se sintieron atemorizados, pues pensaban que Kaidan gritaba porque había sido capturado por el dueño de la vaca y ahora le exigía que dijera dónde estaba el animal. Así que, dispuestos a salir bien parados de la aventura salieron corriendo dejando tras sí toda la carne.

Cuando se hubieron alejado Kaidan salió, recogió la carne y la dividió en varias porciones, escondiendo cada una de ellas en un montoncito en medio del bosquecillo, dejando una señal junto a cada uno para poder localizarla en el futuro. Luego removió la tierra de alrededor con unas ramas para no dejar rastro y bajó de la montaña haciéndose mientras andaba un afilado arpón de bambú.

El señor de Kaidan era un codicioso hombre con mucho dinero, desdeñaba a Kaidan y siempre le trataba fríamente pensando que era un pobre tipo sin nada que ofrecerle. Ese día Kaidan decidió castigar al señor por todas sus afrentas. Justo cuando entró a su casa se encontró con que el señor estaba comiendo. Cuando éste vio que llegaba Kaidan pensó que no se avecinaba nada bueno. Seguro de que le iba a fastidiar la comida le dijo frunciendo el ceño: "Estos últimos días han sido realmente malos. Ya no es que no haya cazado ciervo ni corzo, es que ni siquiera he conseguido cazar un pajarillo. Quiero comer carne pero no hay remedio y me tengo que conformar con un plato de arroz."

Kaidan le dijo: "Comer carne es muy sencillo ¿Por qué no lo ha dicho antes? Si quiere comer carne cargue con una cesta y venga conmigo, temo que no pueda ni comer ni cargar con toda la carne que encontraremos."

Al escucharle se dibujó una sonrisa en el rostro del señor, pero aún preguntó: "¿Es cierto lo que dices?"

Kaidan le contestó: "Si quiere saber si es cierto o no, coja una cesta y venga conmigo."

El señor estaba deseando comer carne, por lo que cogió una gran cesta y subió con Kaidan a la montaña. Al llegar al lugar donde Kaidan había escondido la carne, tomó su arpón de bambú bien afilado y pinchó sobre uno de los montoncitos en los que la había escondido, sacando como era de esperar un buen rozo de carne. El señor se quedó maravillado. Fingiendo no hacerle ni caso Kaidan repitió la

operación en otro montoncito cercano con el mismo resultado, así hizo varias veces hasta llenar la cesta del señor.

Éste, muy contento, no se atrevía a abrir la boca. Al volver a casa, mientras preparaba la carne para cocinarla, le preguntó a Kaidan: "¿Cómo es que sabías que allí había tanta carne?"

Elevando su arpón Kaidan le contestó: "Este es un arpón de bambú que me han otorgado los dioses. Sólo hay que pensar en comer carne y subir a la montaña con el arpón en la mano. Allí donde se pinche siempre hay carne." El señor se quedó ensimismado mirando el arpón, mientras de la boca se le caía la baba.

Pasados varios días, cuando la carne se hubo acabado, Kaidan se despidió del señor diciendo que quería volver a casa, pero el codicioso señor le preguntó: "¿No podrías cambiarme tu arpón por algo? En el futuro, cuando quieras comer carne, siempre puedes venir a casa a comerla."

Desde que el señor empezó a hablar Kaidan había fingido no tener ningún interés, luego, poco a poco simuló ir cediendo a sus ruegos y le preguntó: "¿Por qué quiere cambiármelo?"

"Bueno" contestó el señor, "te puedo dar un arpón de hierro, una espada y una lanza de bronce. ¿Vale o no?"

Kaidan le respondió: "En realidad no tengo ningún interés en venderlo pues desde que lo tengo mi vida es mucho más cómoda. Pero dada su insistencia y el hecho de que somos parientes, aceptaré, pero en el futuro si vengo a comer a su casa no se ponga a maldecirme como hacía antes." El señor estaba muy contento, y Kaidan también. Recogiendo su arpón, su espada y su lanza de bronce, se fue.

Cuando la carne se acabó por completo el señor cogió una gran cesta, y llevando en la mano el arpón salió al bosque. Pero recorrió siete montañas, pinchándolas del pie

a la cima, sin ver un trozo de carne. Tremendamente enfadado fue a la casa de Kaidan a preguntarle por qué le había engañado. Kaidan no se mostró nada alterado, sino que poniendo cara de sentirse extrañado por ese suceso, preguntó al señor:

"¿Dónde ha dejado el arpón estos días?"

El señor, muy compungido le contestó: "Lo dejé al pie de la cama donde duermo."

Kaidan retrocedió diciendo: "¿Pero cómo lo ha dejado en semejante lugar? Cuando el dios me la entregó me dijo claramente que de ninguna forma lo pusiera allí. Si lo coloca allí, claro que no tiene fuerza, ha acabado con mi arpón mágico."

Al escucharlo el señor maldijo su mala suerte y se fue corriendo.

El perro que ara los campos

Hubo un día en que Ji Pian estaba charlando con el jefe sobre algunos asuntos relativos a la labranza, al tocar el tema del arado, Ji Pian dijo: "Ustedes los ricos usan bueyes para arar sus campos, pero nosotros los pobres usamos perros para ararlos, lo que es una gran diferencia."

El jefe dijo: "Pero ¡Cómo eres Ji Pian! Por mucho que se revisen las curiosidades antiguas ¿Dónde se ha visto que un perro pueda arar un campo?"

"Yo lo hago." Dijo Ji Pian.

"No te creo."

"¿Se apuesta algo?"

"Apostemos." Dijo el jefe confiado.

"¿Qué apostamos?"

"Si vences te daré ese buey grande."

"Muy bien. Ya hemos llegado a un acuerdo." Le contestó Ji Pian confiado.

Entonces los dos se fueron al campo. Ji Pian le ajustó el arado a su gran perro, y de su bolso fue sacando unas bolas de arroz que tiró delante del perro. Éste tiró con todas sus fuerzas del arado para poder comer la bola de arroz. Se esta forma Ji Pian iba tirado bolas de arroz delante del perro y éste al esforzarse por alcanzarlas iba arando el campo. Al acabar la mañana el perro había arado tres campos.

Pero esta fue la última vez que necesitó hacerlo, pues el jefe perdió su apuesta y le tuvo que entregar a Ji Pian su gran buey[21].

[21] De Cuentos populares ingeniosos de China.

Comiendo sandía

Hubo un día de mucho calor en que el jefe y sus aparceros estaban sentados en el suelo comiendo sandía, Ji Pian también estaba entre ellos. El jefe siempre estaba buscando un oportunidad para burlarse de Ji Pian, por lo que sin que nadie se diera cuenta fue poniendo delante suyo las pieles de los trozos de sandía que él comía, de tal forma que ante Ji Pian había un buen montón de pieles de sandía, mientras que ante él no había ni una.

Cuando acabaron de comer el jefe, señalando con la mano el montón de pieles de sandía delante de Ji Pian, dijo: "¡Mirad! Con qué avaricia come Ji Pian. Fijaros que montón ha formado con las pieles de la sandía."

Los apareceros, que no se habían fijado en las maniobras del jefe, al ver el montón de pieles delante de Ji Pian, se rieron de buena gana.

Ji Pian también se rió con ellos, luego dijo: "Yo no soy tan glotón. Cuando como sandía al menos dejo las pieles. Pero mirad todos. Delante del jefe no hay ni una piel. El sí que es glotón que cuando come sandía se come hasta la piel." Esta vez todos rieron también de buena gana[22].

[22] De Selección de cuentos de personajes ingeniosos de las minorías nacionales de Yunnan.

ETNIA JINO

Los Jino son 21.000 personas y la última minoría oficialmente reconocida como tal en 1979. Su nombre significa en su idioma "descendientes del tío" lo que da una idea de haber constituido una sociedad matriarcal hasta época no muy lejana, en la que la autoridad del tío materno era la más importante en la familia.

La mayoría de los Jino se concentran en la Montaña Jino cerca de Jinghong en Xishuangbanna. Una zona de clima lluvioso y subtropical donde habitan elefantes, bueyes salvajes y monos.

Adoran a los antepasados y a un buen número de deidades presentes en todos los fenómenos de la naturaleza. A las que dedican numerosas ceremonias pues su malestar puede causar desgracias al hombre.

Los chamanes intervienen cuando hay sequía u otros desastres, presidiendo los sacrificios al cielo. También curan las enfermedades con ayuda de hierbas medicinales.

Tienen mucho respeto a los espíritus de los antepasados, que no mueren con el cuerpo y pueden volver a molestar a la gente. Por eso a los muertos los entierran en cementerios un poco alejados de la aldea, con sus objetos personales, construyéndose una cabañita sobre la tumba donde sus familiares les ofrecen comida. Al volver a la aldea borran sus huellas para que el espíritu no pueda seguirles.

En cada casa se rinde culto al hogar, que está formado por tres piedras. Una representa a la familia, otra al jefe de la casa grande, y la tercera a la colectividad de la aldea.

La mamá cerda del terrateniente

En Youleshan había una familia muy rica, la más rica de los alrededores, pero que trataba a sus jornaleros como animales, sin dejarles ni un hueso para roer, ni un poco de agua limpia para beber.

El pícaro Atui llevaba un tiempo esperando la ocasión de vengarse de la maldad de esa rica familia, y ésta se le presentó cuando la madre del terrateniente súbitamente murió. Según la costumbre de los Jino, tras lavarla y vestirla con ropa limpia, la envolvieron en un sudario. Y luego toda la familia se reunió a llorarla.

Por la noche, siguiendo su costumbre, colocaron el cadáver sobre una plataforma de bambú, pidiendo a Atui que se quedara vigilando para que ningún animal salvaje se acercara. Atui esperó a que todos se acostaran, y cuando los llantos y gemidos se hubieron apagado se acercó silenciosamente al corral, donde sin hacer ruido mató a una gran cerda. Luego la vistió con las ropas de la muerta, la envolvió en el sudario y la colocó sobre la plataforma, escondiendo en lo profundo del bosque el cadáver de la madre del terrateniente.

A la mañana siguiente, cuando la familia se acercó a la plataforma a dar el último adiós a su madre, se encontraron con que en su lugar había una cerda. Perplejos se miraban unos a otros sin poder encontrar la razón de esta misteriosa transformación. Atui, blanco de todas las miradas, aseguraba que durante la noche no había notado nada extraño. Y mostrando sus deseos de colaborar, comenzó los pasos de un baile de hechicero. Tras un buen

rato bailando, simuló haber alcanzado el éxtasis. Entonces siguió bailando unos minutos como poseído por los espíritus. Luego habló con voz grave: "Los dioses dicen que tu madre ha muerto porque ha comido demasiado cerdo, y por eso tras la muerte se ha transformado en una cerda. De ahora en adelante no debéis de comer cerdo."

Asustada, la familia del terrateniente obedeció las palabras de Atui, alimentándose a partir de entonces de verduras y hierbas salvajes, mientras los jornaleros fueron festejando sus bien cebados cerdos.

El rico bebe orina de caballo.

Atui era un tipo despierto y trabajador. Hubo un año en que estuvo cuidando caballos en la casa de un rico, que era tan tacaño que nunca le dejaba comer hasta saciarse. Atui estaba esperando el momento de ajustar las cuentas a ese tipo avaro, pero no encontraba la oportunidad de hacerlo.

Un día, el señor se fue al mercado del distrito encomendando a Atui que se quedara vigilando la casa. En cuanto el amo partió, Atui aprovechó la ocasión para ponerse a buscar en el almacén del señor hasta encontrar un cántaro de miel. Muy contento empezó a comerse la miel. No podía imaginar que su señor volvería tan pronto, pues se presentó súbitamente de vuelta a casa, y al ver a su sirviente comiendo tan satisfecho le preguntó:

- Atui. ¿Qué estas comiendo?

Atui le contestó ingenioso, sin dar muestras de preocupación: "Ah. Estoy bebiendo orina de caballo."

- ¿Orina de caballo? – Le insistió el amo extrañado.

- Claro que se puede beber, y además está bastante rica. Si no me cree venga a probarla.- Le contestó Atui mientras entregaba un poco de miel a su señor.

El señor comió un poco mientras exclamaba en voz alta. -¡Rica, rica! Mañana tienes que esperar a que vuelva antes de irte a comer la orina de caballo. No puede ser que te la comas toda tu solito.

Al día siguiente, el amo salió a arreglar sus asuntos, y al regresar enseguida preguntó a Atui si ya tenía la orina de caballo. Atui le respondió:

- No hay, el caballo todavía no ha orinado.

El amo, que no estaba dispuesto a esperar y deseaba comer ya la orina del caballo, ordenó a Atui a que fuera a por un cubo de madera, y recogiera orina de caballo para él. Atui hizo como se le ordenaba, pero esta vez, cuando el señor dio un buen trago del cubo, exclamó gritando:

- ¿Cómo es que la orina de caballo huele hoy tan mal? ¿No es igual que la de ayer?

- Señor –le respondió Atui condescendiente- es que hoy hemos recogido la orina antes de que llegara el momento de orinar, por eso es por lo que huele tan mal."

El bobo del amo al escucharle se retiró sin decir palabra[23].

[23] Traducido de Selección de Cuentos de Personajes ingeniosos de las minorías de Yunnan.

ETNIA LISU

Los Lisu viven en el extremo occidental de la Provincia de Yunnan, y en las regiones cercanas de la vecina Myanmar. También hay algunos en Tailandia y en el estado indio de Arunachal Pradesh. Su población en China estaba en torno a las 700.000 personas en el año 2000. En Myanmar se calcula que hay otros 250.000 y en Tailandia unos 35.000. Estos últimos han llegado a Tailandia en los últimos 50 años, su paso a través de Yunnan ha modificado su lenguaje hasta hacerle ininteligible para el resto de los Lisu.

Las aldeas de los Lisu están en la ladera de la montaña. No parecen mostrar una distribución especial, las casas no están alineadas, no forman calles entre ellas, sino que parecen construidas en el territorio sin seguir ninguna razón. Más arriba de la aldea, suele haber tres o cuatro altarcillos bajo un árbol frondoso, rodeados por una valla, donde se concentran sus actividades religiosas.

Viven en casas de madera o bambú, generalmente construidas sobre pilotes para evitar las molestias de los animales. Detrás de cada casa suele haber un altar de los antepasados. En muchas zonas ya construyen casas de estilo chino, de adobe o ladrillo, según las posibilidades económicas.

Tienen una sociedad igualitaria, sin jefes en la mayoría de las aldeas, donde el equilibrio entre los géneros se ha mantenido hasta el presente. Tienen un calendario de 10 meses que se nombran según las actividades que se deben realizar.

La venganza

Hubo una ocasión en que un rico de quien frecuentemente se burlaba Guang Jiasang, le atrapó desprevenido y le encerró en un cuarto de tierra, y allí le dejó encerrado como castigo.

En medio de la noche, cuando todos dormían, Guang Jiasang hizo un agujero en la pared con sus manos, y estirando brazos y piernas consiguió arrastrase hasta el cuarto de al lado. Una vez libre pensó en vengarse del rico llevándose alguna cosa, pero en el cuarto sólo había una cesta de flor de algodón y un tarro de miel. Dando y dando vueltas a la forma de vengarse por fin se le ocurrió una idea. Se volcó la miel sobre su propio cuerpo, pegando a la miel de su cuerpo las blancas flores de algodón que contenía la cesta. Con ese aspecto un tanto fantasmal salió al exterior, dirigiéndose al Altar de los Espíritus Ancestrales, se subió a dicho altar y se sentó permaneciendo inmóvil.

Cuando el día clareó la gente de la familia se fue levantando. El señor descubrió que la puerta del Altar de los Espíritus estaba abierta. Al acercarse a ver se sorprendió al encontrar sobre el altar a un espíritu que parecía cubierto de algodón blanco. Temiendo que fuera un fantasma, retrocedió haciendo reverencias. Enseguida alertó a la familia que llegaron corriendo y se postraron a los pies de Guang Jiasang, algunos presentándole ofrendas y otros haciéndole reverencias. El señor de la casa dijo con voz grave: "Espíritu, te sacrifico una cabra." Al escucharle Guang Jiasang movió la cabeza rechazándolo.

El señor dijo entonces: "Espíritu. Voy a matar un cerdo para ofrecértele."

Guang Jiasang bajó la cabeza rechazándolo.

El señor dijo entonces: "Espíritu, voy a matar un gran buey para ofrecértelo."

Guang Jiasang asintió con la cabeza y elevó el dedo pulgar en señal de aprobación. El señor, satisfecho, trajo de inmediato un buey, que ató a un árbol y sacrificó en un momento. Luego tomó la cabeza y una de las patas traseras y lo colocó bajo el altar donde estaba Guang Jiasang, retirándose posteriormente con muchas reverencias.

Cuando todos los miembros de la familia se hubieron retirado, Guang Jiasang se sacudió las plumas, tomó la pata del buey y salió al camino alejándose de la casa. Pasado un rato el señor volvió al Altar de los Espíritus a ofrecer el arroz y las frutas que deben acompañar toda ceremonia, pero para su sorpresa, el espíritu blanco como el algodón había desaparecido. Pensando que era muy extraño estuvo mirando por el recinto del altar. Pronto descubrió que no estaba la pata del buey, y por todas partes se veían flores de algodón pegadas con miel. Empezó a comprender. Cuando regresaba a casa se cruzó con su mujer que le buscaba para decirle que se había volcado un cesto de flores de algodón y una tinaja de miel. Entonces salió corriendo al lugar donde había encerrado a Guang Jiasang, pero ya no encontró ni rastro del pícaro.

En un momento toda la gente de la casa salió al camino a perseguir a Guang Jiasang armada con palos y bastones, pero éste ya había puesto tierra por medio, y como no sabían en qué dirección había huido, no pudieron hacer nada[24].

[24] Este cuento y el siguiente han sido traducidos de Cuentos chinos y extranjeros de personajes ingeniosos.

Buscando oro

En una aldea de los Lisu perdida en las montañas vivían dos tipos muy vagos. Ambos eran muy glotones, pero por más que pensaran en comer, nunca pensaban en trabajar. Así que pensando y pensando tuvieron una idea y se fueron a buscar a Guang Jiasang. "Eh, Guang Jiasang, todo el mundo dice que te has hecho rico y que ahora tienes mucho oro. Nosotros dos no tenemos nada que comer ni nada que vestir. Ten piedad de nosotros. Ya sabes lo que dijeron los antepasados: "Sí tenéis tabaco, fumad juntos; si tenéis vino, bebed en compañía" Comparte con nosotros un poco de tu oro."

Al escucharles Guang Jiasang movió la cabeza asintiendo: "Cierto, cierto, lo que decís es correcto, pero en este momento no llevo nada de oro en mis manos. A ver si nos vemos en unos días y traigo un poco de oro para repartirlo." Al escucharle los dos vagos se fueron muy contentos.

Pasados varios días fueron a buscar de nuevo a Guang Jiasang recordándole su promesa. Pero éste, al verles, les dijo levantando las manos: "Pues sí. Hoy traía un poco de oro, pero lo metí en un tubo de bambú y no debí de cerrarlo con cuidado, pues lo he perdido en la montaña. Justo ahora iba a buscarlo. ¡Vamos, vamos! Venid conmigo. Si lo encontráis vosotros pensaremos que habéis tenido buena suerte y os lo quedáis todo. Si lo encuentro yo, diremos que he tenido suerte y lo repartiré con vosotros. Ya veis, no tenéis nada que perder."

Al escucharle los vagos abrieron los ojos asombrados: "¿Es verdad lo que dices?"

"Claro, claro." Dijo Guang Jiasang haciendo un ademán con las manos. "Vamos a buscarlo antes de que se nos adelante alguien."

Los dos vagos se levantaron alegres y siguieron a Guang Jiasang a la montaña. Éste les llevó al medio de un espeso bosque donde empezaron a buscar por un lado y otro. Pasado un rato les dijo. "Amigos, aquí hay demasiados árboles y no nos dejan buscar bien. Vamos a cortar estos árboles y seguimos buscando."

Los dos vagos pensaron que sus palabras eran muy razonables y estuvieron de acuerdo. De esta forma durante varios días estuvieron cortando árboles bajo la dirección de Guang Jiasang, quitando también las zarzas y malezas. Pero, por mucho que buscaron, no encontraron el oro. Entonces Guang Jiasang, viéndoles desanimados les dijo. "Dentro de unos días estos árboles y hojas estarán secos. Entonces podemos venir a quemarles y seguro que el oro enseguida aparece."

Pasados varios días, cuando las cigarras empezaban a cantar, Guang Jiasang fue a buscar a los dos vagos y les llevó a la montaña donde quemaron las hojas y ramas de los árboles caídos, pero, aunque al acabar volvieron a buscar el oro, éste seguía sin aparecer. Guang Jiasang les dijo entonces: "Eh, amigos, ya hemos quemado la tierra pero no hemos encontrado oro. Lo mejor será que esparzamos unas semillas de mijo." Al escucharle los dos vagos pensaron que su propuesta era razonable, y de esta forma sembraron unas semillas de mijo sobre la tierra ya quemada, que poco después dieron sus primeros brotes, enseguida verdes. Entonces Guang Jiasang llevó a los dos vagos con unas azadas, y un día escardaban la tierra, otro quitaban las malas hierbas, de tal forma que un día tras otro el mijo fue creciendo y madurando.

Cuando llegó el tiempo de la cosecha Guang Jiasang llevó a los dos vagos a la montaña, que según cortaban el mijo le iban desgranando, mostrando unos granos dorados, brillantes, resplandecientes, que iban llenando una cesta tras otra. En ese momento Guang Jiasang, señalando las cestas repletas de grano, gritó fingiéndose extrañado: "Eh, amigos. Mirad. Hoy por fin hemos encontrado el oro que perdí.[25]"

Al escucharle los dos vagos se quedaron mirándose el uno al otro estupefactos, sin saber qué decir. O sea que el oro que Guang Jiasang decía haber perdido en la montaña no era más que ese grano amarillo, fruto de su trabajo. Tras esta experiencia los dos jóvenes cambiaron su carácter indolente trasformándose en buenos trabajadores.

Y la gente por todas partes supo que Guang Jiasang no sólo podía corregir a los ricos y los funcionarios corruptos, sino también a aquellos vagos a los que les gusta comer pero no trabajar.

[25] En el cuento se describen las diferentes fases de la agricultura de roza y quema que practican los Lisu. Primero se elige una zona de bosque, donde se cortan los árboles, se queman los arbustos, se planta el grano, se cuida su crecimiento y por fin se cosecha.

Guang Jiasang sale de viaje

Un día, Guang Jiasang, dándose cuenta que la situación en la aldea se estaba haciendo un poco peligrosa decidió cambiar de aires. Después de haber caminado toda la jornada paró en una pequeña aldea apenas compuesta por una treintena de chozas. Cansado por el largo camino fue pidiendo hospitalidad en una y otra casa, pero todas le cerraron la puerta. Al final de la aldea, un poco hacia la montaña, había una choza destartalada en la que vivía solitario un viejo con bocio. Era la última puerta a la que Guang Jiasang podía pedir hospitalidad. Cuando llamó, el viejo le preguntó desafiante quien era.

"Soy un curador de bocio." Dijo Guang Jiasang.

"Siendo así puedes pasar la noche en mi casa." Le dijo el anciano. "Pero mi bocio me molesta mucho. Lo tengo desde hace mucho tiempo y me sentiría muy satisfecho si pudiera librarme de él."

"De acuerdo." Dijo Guang Jiasang. "Ahora ya es de noche. Será mejor comer y beber bien antes de dormir, para poder ocuparnos de tu bocio mañana por la mañana."

El anciano preparó la mejor cena que sus escasos recursos le podían permitir, que acompañó presentando sus reservas de arroz de mijo, y después preparó lo mejor que pudo una cama para Guang Jiasang.

Al día siguiente los dos hombres de levantaron al alba. El anciano enseguida le recordó a Guang Jiasang la necesidad de acabar con su bocio.

"Pon arroz al fuego y mata un pollo para nuestro desayuno." Le dijo Guang Jiasang. "En cuanto amanezca empezaremos a curar tu bocio."

El anciano siguió sus instrucciones. Cuando Guang Jiasang se sintió satisfecho con la nueva comida, respondiendo a las nuevas demandas del anciano, le dijo.

"Ahora afila bien mi sable de guerra." Cuando estuvo bien afilado le dijo de nuevo: "Pues bien. Ahora corta tu bocio."

"¿Me dolerá?" Pregunta el anciano.

"No sólo te dolerá bastante." Le dijo el pícaro. "Sino que es posible que no salgas de esta."

El anciano, temiendo cortar su piel no se acaba de atrever a separarse de su bocio. Viéndole dudar Guang Jiasang le dijo: "Si tú no te atreves a cortarlo yo te ayudaré con gusto. Y si no quieres que yo tampoco lo corte te lo tendrás que quedar."

Como el viejo seguía estupefacto Guang Jiasang recogió su mochilita, su sable, su daga, su ballesta y su carcaj y según se ponía en camino demandó al anciano por última vez: "¿Seguro que no quieres que te corte el bocio?"

El anciano se quedó callado.

"Entonces me voy." Dijo Guang Jiasang y se puso en camino[26].

[26] Traducido del francés de Dessaint y Avounado, *Au sud des nuages*. Es interesante señalar que a diferencia de la mayoría de los cuentos publicados en China, en los que se enfatiza el carácter político del ingenio de los pícaros, en los cuentos recogidos en este libro el pícaro lo es en el amplio sentido de la palabra, engañando por igual a pobres y ricos, familia y amigos.

ETNIA MIAO

Los Miao se llaman a sí mismos de formas muy diferentes: Hmu en el Este de Guizhou, Hmong en Guizhou, Sichuan y Yunnan, Guoxiong en el Oeste de Hunan, y Ahmao en el nordeste de Yunnan. Estos son en realidad cuatro pueblos completamente diferentes, con idiomas y culturas distintas. Además de éstos, hay otro buen número de pueblos cultural o lingüísticamente relacionados con los anteriores, que son asimismo considerados Miao.

Su población es de unos 7.500.000 en China, y un buen número en los otros países del Sudeste Asiático. Estados Unidos y Francia también cuentan con colonias importantes de Miao.

Los Miao han estado en continua migración durante los últimos siglos. Durante la dinastía Qing se rebelaron en numerosas ocasiones. Estas rebeliones estaban provocadas por el aumento de la inmigración china a sus tierras, el empobrecimiento de la población y los intentos imperiales de estrechar su control sobre ellos. Una de las más importantes fue la rebelión de 1795 en el Oeste de Hunan y Nordeste de Guizhou, que durante un tiempo acabó con el poder de los emperadores en la zona, y tardó doce años en ser sofocada. La mayor de todas sin embargo, la que implicó a mayor número de rebeldes y fuerzas imperiales, se produjo en el año 1851. Durante la misma Zhang Xumei y su ejército consiguieron hacerse con el control del Noroeste de Guizhou, manteniendo su dominio más de 25 años. La represión imperial fue brutal.

Fang Jiangshan y su patrón.

Hubo un tiempo en el que Fang Jiangshan tenía un patrón muy avaro. Trataba muy mal a todos sus servidores, haciéndoles trabajar desde la mañana a la noche y dándoles de comer apenas una escudilla de arroz.

Cuando llegó la época de más trabajo Fang Jiangshan convenció al señor de que matara a un cerdo para los trabajadores. El señor pensó que la idea era razonable, pero en realidad ya no había trabajadores, pues todos se habían marchado al no soportar la explotación de ese amo tan avaro, y el cerdo se lo comió Fang Jiangshan solo.

Cuando el amo fue al campo a ver cómo iban los trabajos y no vio a nadie trabajando se sintió muy extrañado. Preguntó entonces a Fang Jiangshan qué sucedía.

Con aire compungido el pícaro le explicó que como los trabajadores estaban acostumbrados a comer sólo un poco de arroz y alguna verdura, al comer repentinamente tanto cerdo todos habían cogido diarrea y no podían trabajar.

Fang Jiangshan y el señor prefecto.

La fama de Fang Jiangshan había alcanzado hasta lugares lejanos, y no era raro que los ricos acudieran a él pidiéndole consejo.

Sucedió que un día el mismo magistrado del distrito que continuamente roba el grano de los impuestos de los campesinos envió a buscar a Fang Jiangshan. Cuando éste fue llevado a su presencia le dijo que se encontraba en un problema, pues el emperador le había ordenado que entregara una cantidad de grano que él mismo ya no tenía.

Dispuesto a ayudarle a su manera, Fang Jiangshan estuvo pensando durante un buen rato, luego poniendo cara seria le convenció que lo mejor sería robar el dinero que les reclamaba el emperador a su tío, que era rico.

Como el magistrado no tenía experiencia en ese tipo de situaciones, pidió a Fang Jiangshan que le ayudara. Éste dijo tener un plan y le explicó que lo mejor sería que se metiera en un saco, y que él mismo le llevara a la casa de su tío, pues una vez allí, como sus servidores pondrían el saco en el almacén de su tío, a él le sería fácil salir del saco y tomar todas las riquezas que pueda necesitar.

Siguiendo con sus planes Fang Jiangshan llevó al magistrado en un saco a la casa de su tío, pero una vez allí hizo bastante ruido para que le descubrieran, y los sirvientes de su tío, pensando que era un ladrón, le mataron a palos.

Fang Jiangshan esclarece un caso policial.

Hubo una vez en que llamaron a Fang Jiangshan para esclarecer un caso policial. Resulta que un par de campesinos que estaban de viaje denunciaron que habían sido robados en la posada donde pasaban la noche por los propios posaderos. Mientras que los acusados lo negaban.

Fang Jiangshan dijo que ese caso era muy fácil de solucionar pues él poseía un tambor capaz de adivinar quién dice la verdad y quién miente. Para esclarecer el asunto puso primero el tambor en el cuarto de los campesinos, que a lo largo de la noche no pararon de maldecirse por su mala suerte. A la noche siguiente colocó el tambor en la habitación de los posaderos. Estos asustados por la posibilidad de ser descubiertos, no pararon de discutir si debían haber robado o no.

A la mañana siguiente Fang Jiangshan declaró que los posaderos son culpables del robo. Cuando la gente le preguntó cómo había podido descubrirles, confesó que se colocó él mismo dentro del tambor y por la noche les escuchó confesar su culpabilidad.

Subir o bajar del caballo

Como You Shou siempre se estaba burlando del terrateniente, éste no lo soportaba y se pasaba el día buscando la forma de vengarse. Un día subió a su caballo y se dirigió a la casa de You Shou. Cuando estuvo ante su puerta You Shou escuchó el ruido del caballo y supo que el terrateniente estaba allí. Apenas había sacado una pierna por la puerta vio que el terrateniente tenía una pierna en el suelo y otra en el estribo del caballo.

En cuanto vio a You Shou le preguntó: "You Shou ¿estoy subiendo o bajando del caballo?"

Éste se dio cuenta que solo quería vengarse de tantas veces como se había burlado de él y a su vez le preguntó: "¿Y yo estoy entrando o saliendo de casa?"

Ante lo que el terrateniente no dijo nada, subió a su caballo y se marchó[27].

[27] Este cuento y el siguiente han sido traducidos de Selección de cuentos de la Prefectura de Wenshan.

El suegro

You Shou fue un día a visitar a su suegro y éste para gastarle una broma le hizo un plato de tallarines, pero en vez de ponerlos sobre un plato los metió en una botella y se los sirvió en la mesa.

You Shou tomó los palillos y los metió en la botella, pero cuando iba sacar la comida ésta chocaba con el cuello de la botella y volvía a caerse a su interior. Así intentó comer varias veces sin poder coger absolutamente nada.

Entonces se puso a pensar y tomó un sólo palillo que se metió en la boca. Lo dejó en la boca un buen rato que se embadurnara con su saliva y luego lo introdujo en la botella con cuidado. Entonces los tallarines se pegaron al palillo y los puso ir sacando para comérselos.

ETNIA NAXI

"Los Naxi son uno de los grupos étnicos más interesantes de China. Su cultura ha conseguido conservar una serie de características especiales que les convierte en uno de los grupos étnicos más originales en nuestro planeta, entre las que se incluyen la preservación de la única escritura pictográfica todavía en uso, así como la religión asociada con ella, el desarrollo de una filosofía que enfatiza el respeto y la conservación de la naturaleza, las tendencias matrilineales de su sociedad, y su capacidad de conservar tradiciones que ya han desaparecido en otros lugares."

Los Naxi son unas 280.000 personas que viven fundamentalmente en el noroeste de la provincia de Yunnan, especialmente alrededor de la ciudad de Lijiang, y en las tierras bajas de la cuenca del río Yangtzé, llamado Jinshajiang en esa zona. Su distribución, no obstante, tiene forma de media estrella, pues sus ímpetus conquistadores llevaron colonos Naxi hasta la cuenca del río Mekong, la frontera Tibetana y otros lugares remotos.

Sus chamanes Dongba han conservado un gran número de ceremonias, que realizan siguiendo las instrucciones escritas en libros de pictogramas, tocando instrumentos musicales y bailando danzas rituales de extraordinaria complejidad.

Los cinco cuentos aquí presentados ya fueron publicados en mi libro de mitos Naxis: *La creación del Mundo y otros mitos de los Naxi.*

La fama del señor Mu

Toda la gente de Lijiang sabe que hay un tipo llamado Aydan, que a pesar de ser pobre se atreve a enfrentarse al señor de palacio. Todo el mundo ha escuchado esos cuentos en los que Aydan vence al señor Mu gracias a su ingenio, por lo que es admirado y respetado, y aunque el señor Mu y la gente de palacio le odian, no tienen forma de vencerle. Lo que no es tan conocido es cómo empezó esa enemistad entre el señor Mu y Aydan. Aquí está la historia.

Cuando Aydan llegó de su aldea a la ciudad de Lijiang para trabajar en el palacio de los Mu[28], el señor Mu ya había oído hablar de su fama, habiéndosele relatado algunos de los episodios en los que el ingenio de Aydan había salido a relucir. Por lo que pensó que la mejor forma de evitar que Aydan acabara por burlarse de él sería aprovechar el mismo momento de su llegada para bajarle inmediatamente los humos y enseñarle quien era el jefe. Así que la primera vez que se lo presentaron enseguida le dijo:

"Aydan, he oído que eres muy inteligente, pero ¿tienes la capacidad de hacer que todos los habitantes de Lijiang te saluden?

[28] Como ya se ha comentado los reyes Mu gobernaron Lijiang desde el siglo XIV hasta el año 1723, cuando Lijiang pasó a estar gobernada mediante el sistema regular de la administración imperial. Aún desposeídos del poder político, la familia de los Mu siguió siendo la más poderosa de Lijiang. Como en estos cuentos se les trata de señor, indica que surgieron entre el siglo XVIII y el siglo XX.

Aydan le contestó parpadeando: "Bueno. A mí también me gustaría saber quién de nosotros es más famoso."

"Pero no vale el que otra persona te lo presente." Continuó el señor Mu enseguida. Pues pensaba "soy el magistrado de la ciudad, me llaman el gobernador *tusi*[29], el gran rey celestial, tengo un traje y un gorro oficiales. ¿Quién puede haber en Lijiang que no me conozca? ¿Quién no conoce al señor Mu? Mientras que Aydan acaba de llegar del campo. ¿Quién va a conocer a este paleto?" Así que le dijo muy orgulloso:

"Aydan. Vamos a hacer una prueba a ver quién es más famoso. Para ello saldremos de la puerta de palacio e iremos dando una vuelta hasta llegar a la Plaza del Cuadrado, y luego seguiremos hasta la Torre Eterna[30]. El que encuentre a menos gente conocida, deberá invitar al otro en la Torre Eterna a un banquete. Y además, en caso de que pierdas, tu sueldo de este año se verá reducido a la mitad, aunque tendrás que trabajar lo mismo."

Aydan le contestó: "Esta bien señor, pero nadie puede retractarse de este acuerdo. Y además primero voy un momento al retrete si le parece bien."

"Está bien, está bien. Rápido." Le dijo el señor Mu ansioso ya por conseguir su victoria. Y en cuanto vio salir la cabeza de Aydan del retrete le dijo en voz alta: "Ahora empezamos."

Apenas había dicho esto el señor Mu salió del palacio deprisa y corriendo, dejando a Aydan que le siguiera apresurado. En cuanto llegó a la primera calle, hubo gente que al verle se daba la vuelta y salía corriendo y otros que se alejaban respetuosos. El señor Mu pensaba que era muy

[29] Gobernante local en la zona de las minorías durante la época imperial.
[30] También llamada Torre Wangu, sobre la Colina del León, domina toda la ciudad antigua de Lijiang.

extraño, y no pudo sino girar la cabeza para mirar a Aydan. Entonces se quedó estupefacto, pues toda la gente de la calle le estaba mirando, e incluso peleándose por ser el primero en saludarle en voz alta:

"Luoyu[31] Aydan."

"Aydan Luoyu."

Y Aydan no prestaba ninguna atención al señor Mu, sino que no paraba de saludar a la gente con la mano.

De hecho, cuando Aydan había entrado al retrete había escrito en una hoja de papel: "Luoyu Aydan", y al salir del palacio de los Mu se lo había colgado a la espalda, por lo que la gente de la calle al verlo, pensaban que era muy curioso y todos lo leían, dando la impresión de que le estaban saludando. Así que el señor Mu, que habitualmente tenía un aire tan elevado se sintió ofendido, de tal forma que la gente al verle con esa cara de malas pulgas, se alejaba de su camino sin atreverse a saludarle.

En ese momento Aydan se quitó a escondidas su letrero y se lo guardó en la manga, gritando en voz alta: "Señor Mu. Hasta ahora yo he ganado, pero yo he andado detrás, tal vez prefiera ir usted detrás y dejarme a mí ir delante." El señor Mu no se sentía muy convencido, pero dado que quería saber cómo era que toda la gente que iba por la calle saludaba a Aydan, se mostró de acuerdo.

En cuanto Aydan se puso delante sacó disimuladamente el cartel de nuevo y se lo colocó sobre su pecho. Justo cuando se lo hubo colocado, un grupo de gente venía frente a él. Todos le miraron al pecho y dijeron en voz alta: "Luoyu Aydan", sucediendo algo parecido cada vez que se cruzaba con alguien.

El nombre de Aydan ya era bastante popular entre los Naxi, pero en ese momento al ver que tenían al

[31] Luoyi es una forma de llamar a las personas muy íntimas entre los Naxi.

personaje de forma tan extraña ante sus propios ojos, toda la gente le rodeó en un momento, saludándole en voz alta: "Luoyu Aydan."

La plaza del Cuadrado estaba llena de gente, todos interesados en conocer a Aydan, sin que nadie se preocupara ya de si el señor Mu estaba por allí o no. El señor Mu no había pensado de ninguna forma que Aydan pudiera conocer a tanta gente, todas las calles estaban ya bloqueadas. Así que Aydan recogió su cartel, con cierta dificultad atravesó la multitud que le rodeaba y dirigiéndose al señor Mu le dijo:

"Señor, es la palabra de un caballero. Lo que se ha dicho no se puede desdecir. Ya estamos a la espera de que saque su dinero para irnos a celebrarlo a la Torre Eterna."

Vendiendo carne de cerdo loco.

Entre los Naxi hay un proverbio que dice que en diciembre la gente se vuelve loca. Lo que refleja que cada año, cuando llega este mes y está próximo el Año Nuevo, entre matar a los cerdos del Año Nuevo, salar las cabezas de cerdo, los jamones y los lomos [32] y preparar otros artículos necesarios para las fiestas, cada familia está tan ocupada que anda como loca de un sitio para otro. En las casas de los ricos la carne llena las vigas de sus almacenes, en las de los pobres a veces no hay ninguna carne que colgar a curar.

Los servidores de la casa de los Mu habían pasado un año lleno de dificultades, aparte de las tres comidas necesarias para saciar su hambre, poco más habían obtenido. Mientras que en la casa del señor Mu se mataron decenas de cerdos bien cebados, que colgados llenaban una estancia con su aroma, e incluso había dejado tres cerdos bien gordos, especialmente cuidados y engordados como animales para sacrificio, uno de ellos negro con la cabeza y las patas blancas, para ser ofrecidos a los antepasados durante el Sacrificio al Cielo[33].

Tras sufrir un año entero, los servidores, viendo que no les había quedado ni un trozo de carne, miraban a esos tres cerdos para el Sacrificio al Cielo con glotonería.

---

[32] La charcutería Naxi presenta ciertas semejanzas con la española, y hasta morcillas de semejante sabor se encuentran entre ellos.

[33] Sacrificio cuya actividad principal es la lectura del mito de la Creación del Mundo traducido en esta obra.

Así que decidieron pedir al ingenioso Aydan que pensara alguna estratagema para conseguir esos tres cerdos bien cebados.

Cuando le contaron sus planes al oído, Aydan frunció el ceño y luego les contestó en voz baja. Entonces empezaron a reírse mientras decían: "¡Maravilloso! ¡Fantástico!"

Aydan se fue entonces a comprar un buen paquete de pimienta, que molió muy fina, y la mezcló con arroz haciendo unas bolas con las que alimentó a los tres cerdos. Pasado un rato la medicina empezó a surtir efecto, pues los cerdos daban saltos como locos intentando escalar las paredes de su pocilga.

Aydan entró corriendo a la casa de los señores gritando: "¡Señor, señor! ¡Algo malo sucede! ¡Algo malo!"

"¿Qué hay de malo?"

"¡Los cerdos! ¡Los cerdos!" Dijo Aydan con voz entrecortada. "¡Se han vuelto locos! ¡Los tres cerdos se han vuelto locos!"

"¿Qué?" Dijo el señor Mu incrédulo. "En este mundo se ha oído hablar de perros locos. Pero ¿cuándo se ha escuchado que un cerdo se vuelva loco?"

Aydan le contestó nervioso: "Son cerdos locos. ¡De verdad Señor! Venga a verlo con sus propios ojos."

Cuando el señor se acercó a la pocilga para mirar, vio que de las bocas de los tres cerdos salía una baba blanca, y sus ojos estaban inyectados en sangre. Parecía como si quisieran empujarse para colocarse con la cabeza para abajo y las patas para arriba. El señor Mu, que no era de por sí muy valiente, nunca había visto una cosa tan tremenda, por lo que asustado se fue corriendo, gritando mientras se alejaba: "Rápido, rápido. Mata a esos tres cerdos."

"Pero la carne de cerdo loco no se puede comer." Le contestó Aydan. "Señor, esa carne de cerdo loco no se

puede comer. Si una persona la come se puede volver loca."

El señor Mu, como haciendo acopio de todo su coraje pensó que esos cerdos ya no se podrían utilizar para el Sacrificio al Cielo[34], y si se les mataba tampoco se les podría comer. Pero por otra parte, sin resignarse a perderlos, aún pensaba que se podrían vender por unas cuantas monedas de plata. Así que movido ya por el deseo de esa ganancia, moviendo sus manos con un gesto feroz decidió que lo mejor sería que se mataran y venderlos para conseguir al menos un poco de dinero. Una vez tomada su decisión ordenó a Aydan:

"Aydan, mata a estos cerdos y sal a la calle a venderlos."

Aydan y otros sirvientes mataron a los cerdos, los descuartizaron en trozos de distintos tamaños, y cargando con ellos salieron a la calle a vender la carne. Tal y como habían acordado empezaron a gritar: "Venga a comprar carne de cerdo loco. Carne de cerdo loco."

Cuando la gente escuchaba que vendían carne de cerdo loco, nadie quería comprar. Así que recorrieron la calle de un extremo a otro ofreciendo su carne sin conseguir vender absolutamente nada, volviendo a la casa al hacerse de noche tal y como habían salido.

El señor Mu al ver que toda la carne de los cerdos locos volvía a la casa, frunció el ceño, arqueó las cejas, pues a su mente volvía la feroz imagen de los ojos inyectados en sangre de los tres cerdos, y, todavía con carne de gallina, movió la mano ordenando: "¡Enterrad todo eso!"

Todo el mundo puede imaginar a dónde fue a parar la carne de esos cerdos locos.

---

[34] Los animales utilizados en los sacrificios debían ser considerados puros, lo que incluía unas reglas determinadas sobre los colores aceptables, y desechaba completamente cerdos en ese estado.

Compénseme con un oso.

Hubo un año en que sucedió un acontecimiento muy desagradable, pues el señor Mu ordenó a sus sirvientes que recogieran el trigo y luego le trillaran. Cuando ya lo habían trillado hasta no dejar ni un grano llegó el señor y les ordenó que lo volvieran a trillar. Los trabajadores se sintieron furiosos, pues todo el suelo estaba lleno de pajas de trigo y ellos sólo deseaban tumbarse a descansar un poco.

Aydan, sin poder contener sus palabras, protestó: "¿Qué quiere que trillemos? ¡Entre las pajas no queda ni un grano de trigo!"

Al escucharle el señor saltó enseguida: "¿Cómo te atreves a soltar palabras tan poco auspiciosas en el momento de la cosecha? Tendrás que compensarme con trigo, al menos con dos cargas de trigo."

"Muy bien. Venga mañana a mi casa a por ellas." Le contestó Aydan sin inmutarse.

El señor Mu se sintió muy contento, pues en el pasado siempre había sido burlado por Aydan y presentía que al día siguiente le haría pagar esas burlas. Así que se fue a casa satisfecho. A la mañana siguiente montó a su caballo y pidiendo a algunos de sus hombres que le acompañaran, para que si Aydan se negaba a entregarle su trigo le propinaran una buena tunda, se puso en camino.

Al llegar a la casa de Aydan, le encontraron en la puerta, sentado con una vieja escopeta en sus manos, vigilando una red que había colgado. Al ver llegar a la

comitiva Aydan les dijo: "Pasad un poco más lejos, no entréis por aquí. Estoy cazando conejos y cabras monteses."

El señor Mu y sus hombres no pudieron contener sus risas. "¿Estas cazando jabalíes?" le pregunto con sorna.

"Así es."

"¿Y lobos?"

"También."

"¿Y también estarás cazando osos?"

"Efectivamente."

"Lo que veo es que estas a ver si cazas alguno de los pollos o los cerdos de tu vecino." Dijo el señor Mu riéndose. "Pues te veo a la puerta de tu casa extendiendo una red medio rota. ¿Cómo vas a cazar conejos o cabras? ¿Lobos u osos? Tu lo que eres..."

Entonces Aydan saltó enfurecido: "¿Cómo se atreve a soltar esas palabras tan poco auspiciosas en el momento de la caza? Me tendrá que indemnizar con algunas piezas. Por lo menos me deberá compensar con un conejo, una cabra montesa, un lobo y un oso. Sí, esa será la compensación."

Nervioso el señor Mu le dijo: "Olvídalo, olvídalo. No quiero tu trigo." Y se dispuso a volver a su casa. Pero Aydan le agarró insistiendo en que quería ser compensado, de tal forma que sólo cuando sus esbirros tiraron de él sujetando a la vez a Aydan fue capaz de liberarse y montar a su caballo. Aún tuvo que escuchar los gritos de Aydan: "Bueno, vale. Como quiera."

¿De quién es este ternero?

La casa del honesto Asi estaba justo pegada al gran patio del palacio de los señores Mu. La casa de los Mu era la más rica de Lijiang, mientras que la de Asi estaba entre las pobres, pero mientras que éste último sólo se preocupaba de ganarse la vida honradamente, el señor Mu siempre estaba pensando en la forma de exprimir un poco más a esta pobre gente hasta dejarles sin una gota de fuerza.

Un día el señor Mu escuchó que en la casa de Asi la cerda había parido una camada de cerditos, por lo que se fue a visitarle con la idea de apoderarse de los mismos. Apenas llegó a la casa de Asi preguntó: ¿La cerda de vuestra casa ha parido una camada, verdad?"

"Así es, señor." Le contestó Asi.

"Muy bien, pues llevaros a todos los cerditos." Ordenó a los sirvientes que le acompañaban.

Al escucharle Asi se levantó asustado: "¿Por qué os los lleváis? Estos son mis cerditos."

"Piénsalo bien." Le dijo el señor Mu. "En tu casa sólo hay una cerda que ha parido estas crías. Si no fuera por mi cerdo ¿cómo habría podido parirlos ella sola? Esos cerditos naturalmente que deben volver a la casa de los Mu." Y en cuanto acabó de hablar hizo una seña a sus sirvientes para que tomaran los cerditos y se volvió a su palacio.

Aydan observó toda esta escena y no pudo evitar sentirse mal por la injusticia cometida. "Con lo rico que es el señor Mu ¿cómo puede tener un corazón tan codicioso

para desear apoderarse de las míseras pertenencias del pobre Asi?" Pensó para sí.

Poco después hubo un día en que la vaca de los Mu parió un precioso ternero que tropezando se esforzaba por levantarse. De repente el señor Mu vio que dos de sus sirvientes llegaban corriendo. Cuando estuvieron ante él le dijeron que habían visto a Aydan y a Asi llevándose el ternero recién parido a la casa de este último.

"Otra vez Aydan" exclamó el señor Mu. "Se atreve a robarme un ternero a plena luz del día. Enseguida le atraparé y ajustaremos cuentas." En cuanto acabó de hablar se dirigió como un loco a la casa del honesto Asi, encontrando en el patio a Aydan y Asi riendo contentos. En cuanto les vio el señor Mu les gritó furioso: "¡Ladrones! ¡Sois dos ladrones! Mira que atreveros a robarme un ternero a plena luz del día."

Tras esperar a que el señor Mu se desahogara con sus gritos e insultos, Aydan, viéndole ya más calmado le dijo confiado: "¿Quién es un ladrón? ¿Quién puede atreverse a robarte a ti?"

"Vosotros habéis robado mi ternero, y ahora os voy a atrapar." Dijo el señor Mu gritando.

"¿Pero el ternero no es de Asi?" Preguntó Aydan con sorna.

"Este es mi ternero. ¿Cómo que es de Asi?"

"Señor. ¿No le explicó hace unos días al propio Asi con palabras bien claras, que cuando su cerda parió cerditos no podría haberlos parido sin el cerdo de su casa? Los cerditos naturalmente que fueron para usted... ¿No es este el mismo caso? ¿Cómo podría haber parido este ternero su vaca si no hubiera sido por el toro de Asi? ¿Este ternero no le pertenece entonces a él?"

"¡Qué tontería...!" Comenzó diciendo el señor Mu, pero luego, al darse cuenta de que no tenía escapatoria, optó por aparentar una salida digna, así que mientras se

dirigía a la puerta, continuó despidiéndose: "Lo que dices es muy razonable. Cada vez tienes más experiencia y conocimientos." Volviendo a su palacio enfadado.

El señor Mu adelgaza.

El señor Mu estaba bastante gordo y cada vez respiraba peor. Aunque llevaba un tiempo intentando perder peso la verdad es que seguía igual. Así pensando y pensando decidió que lo mejor sería ir a ver a Aydan a plantearle este problema. Entonces le llamó a su presencia y le dijo: "¿No eres tan listo? Pues bien ahora debes de pensar un remedio para que yo adelgace. Si adelgazo te daré un premio, pero si no lo consigues, te castigaré. ¿Está claro?"

Aydan hizo como si fuera un asunto muy complejo, y le contestó: "Señor. Si engorda o adelgaza ¿qué tiene que ver conmigo? ¿Cómo va a castigarme?"

"Aydan, pensaba que para ti nada es imposible. Al menos antes era así." Dijo el señor Mu intentando ridiculizar a Aydan.

"Lo que temo es que el señor adelgace, y luego engorde, y así..."

"A ti no te voy a culpar. Se trata de que adelgace y ya está." Le dijo el señor Mu cortándole sin esperar a que acabara de hablar.

Al día siguiente Aydan fue a buscar al señor Mu y le dijo: "Usted quiere adelgazar, ¿verdad? En su jardín hay una hierba mágica. Para que brote hay que esperar cientos de años y no sé cómo estará ahora. Pero si se excava esa hierba y se come el que quiere engordar puede engordar y el que desea adelgazar pues adelgaza."

"¿De verdad?"

"Pues claro que sí. Si no me cree vaya a excavar y mire."

Esa noche, el señor Mu esperó a que todos estuvieran dormidos para ir a su jardín a excavar, consiguiendo un buen número de hierbas, pero no sabiendo cual sería la hierba mágica coció todas las hierbas juntas y se las comió. Pero claro, seguía estando igual de gordo que antes.

De tal forma que este señor que solía comer carnes y pescados, pollos y patos, ahora tenía la tripa llena de hierbas, y de esa forma fue a buscar a Aydan para ajustar cuentas: "¡Aydan! ¡Aún te atreves a engañarme! He excavado por todo el patio y he probado todas las hierbas que había, entonces ¿Cómo es que no he encontrado la hierba mágica de la que hablas?"

"¿Usó tal vez una pala o una azada para excavar?" Le preguntó Aydan.

"Claro. Si no, ¿cómo voy a excavar?"

"Pero esas hierbas no pueden tocar el hierro. Si lo hacen se convierten en hierbas normales."

"Ya me estás liando de nuevo. No importa lo que digas, yo sigo igual de gordo. Tendré que castigarte."

"Si no me cree pues olvídelo, pero aún es pronto para castigarme, pues conozco otro método que le hará adelgazar."

"¿Qué método?" Pregunto el señor Mu de nuevo interesado.

"En la montaña crece un tipo de seta que puede hacer adelgazar a quien la coma."

"¿De verdad?" Le preguntó esperanzado. "Vete rápido a buscarla."

"Necesitaré emplear tres días enteros para llenar una cesta."

"Recoge un poco más, recoge un poco más."

Así que Aydan se fue a la montaña a recoger estas setas. Tres días después bajó de la montaña con una cesta llena de setas muy bonitas. El señor Mu enseguida ordenó a sus criados que las cocieran y luego llamó a sus esposas e hijos para comerlas. Pero luego, temiendo que Aydan le estuviera jugando una mala pasada y las setas fueran venenosas, hizo que las probara el perro. Sólo cuando vieron que al perro no le pasaba nada, el señor Mu y su familia se comieron las setas.

Apenas las probaron descubrieron que eran deliciosas, de tal forma que pronto estaban peleándose por comerlas. En cuanto hubieron acabado Aydan llegó corriendo y dijo: "Señor. Hay una mala noticia. El perro ha muerto."

Toda la familia se quedó lívida, agarrándose cada uno de la tripa mientras se lamentaba. Aydan pensaba que era muy divertido. El señor Mu ordenó entonces: "Criados, id a llamar al médico. ¡Llamad al médico!"

Pronto llegó el médico, y enseguida les preguntó: "¿Qué sucede?" Cuando supo que habían comido unas setas venenosas les recetó un laxante, y en poco tiempo todo el palacio del Mu estuvo lleno de vómitos y deposiciones. La noticia de la enfermedad del señor Mu se extendió por todo Lijiang y la gente se subió a los muros del palacio para ver qué miembros de su familia iban a morir y cuáles iban a vivir, descubriendo el palacio en semejante estado, lleno de agujeros y porquería, la casa de esta familia tan orgullosa convertida en una pocilga y sus miembros de un lado para otro vomitando.

En ese momento Aydan entró al palacio fingiéndose muy alarmado dijo: "¿Pero qué pasa?"

El señor Mu dijo en voz alta: "Tus setas han envenenado a mi perro, y todavía quieres envenenar a mi familia."

"¿Cómo?" Dijo Aydan. "¿Ese perro? ¿Pero no se lo ha comido un vagabundo hambriento?"

"¿Qué?" Exclamó al unísono toda la familia, mientras surgían estrellas doradas ante sus ojos. O sea que en realidad lo que habían comido no era venenoso.

Cuando Aydan se fue el señor Mu, su mujer y su familia se pusieron a celebrar no haber sufrido ningún envenenamiento. Mientras maldecían a Aydan por haberles hecho pasar ese mal trago.

De repente Aydan volvió a entrar al palacio del Mu gritando nervioso: "Señor. Qué mala noticia. El vagabundo ha muerto."

"¿Cómo ha muerto?" Le preguntaron todos de nuevo acongojados. Y como Aydan no respondiera, insistieron: "¿Es... ese que se ha comido al perro?"

"Sí. El mismo."

De nuevo empezó el alboroto en el palacio de los Mu. El propio señor Mu se desmayó, y los sirvientes fueron a buscar al médico de nuevo, que les recetó un nuevo laxante, y convirtió al patio de los Mu en un lugar cada vez más sucio.

En ese momento Aydan entró de nuevo al palacio, y al verlos a todos en ese estado, preguntó haciéndose el inocente: "¿Pero por qué este desorden? Sólo porque un vagabundo hambriento se ha atragantado con un hueso del perro."

"¿Qué?" Al escuchar sus palabras la mujer y los hijos del Mu se levantaron, y el propio señor Mu que acababa de despertarse de su desmayo volvió a desvanecerse de alegría.

Con todo esto el señor Mu pasó en la cama varios días y adelgazó 18 kilos. Cuando se recuperó Aydan fue a visitarle: "Mis setas no estaban mal ¿verdad? ¿El señor todavía quiere adelgazar algo más? ¿Y el premio cuando me lo va a dar?"

ETNIA WA

La población de los Wa es de 400.000 personas en China y otros tantos en Birmania, muchos de ellos en el Estado Shan, divididos en una cincuentena de grupos.

En China se les divide en tres ramas principales: Los Awa o Wa salvajes, los Lawa o Wa Mansos y los Wa Sinizados o Buraoke que viven en los valles y han sido muy afectados por la cultura china. La mayoría de los Wa viven en la zona fronteriza con Birmania.

Los Wa adoran la naturaleza en sus numerosas manifestaciones, considerando que cada objeto o fenómeno natural está animado por su propio espíritu. Su dios supremo es Mujij, cuyos cinco hijos son los que crean el cielo, la tierra, el relámpago, el terremoto y a los Wa. Otros dioses importantes son Agu, el Dios del Agua, Dawu, Dios del Viento y Dawa, Dios de los Árboles. Creen también que las diferentes enfermedades son causadas por deidades malignas.

En ese mundo poblado de dioses y demonios, realizan numerosas ceremonias para apaciguar a los espíritus. La más famosa de ellas es la Caza de Cabezas. Hay varios mitos que dan un origen distinto a esta actividad pero todos la consideran como una ofrenda a los dioses. Aunque la caza de cabezas ha cesado por completo en la parte china, se dice que hay algunos grupos que la han practicado en Birmania hasta época reciente.

El caballo que cagaba dinero

El caballo blanco de Yanggan se hizo viejo, y aunque él deseaba venderlo nadie lo quería. Un día vio que el *wolang*[35] iba hacia el establo de su casa, entonces cogió una moneda y la escondió bajo el culo del caballo y usando un palo se puso a mover por esa zona.

Cuando el *wolang* le vio pensó que era algo extraño, así que le preguntó: "¿Qué haces?"

"Recogiendo las monedas que acaba de cagar el caballo. Mire, qué plata más blanca." Dijo poniendo la moneda de plata ante el rostro del *wolang*.

Al ver la plata, a éste se le quedó cara de bobo, estupefacto por la codicia pregunto: "¿Todos los días puede cagar plata?"

"Naturalmente."

"¿Es que come estas cosas?"

"Ni siquiera come hierba."

"Bien, véndeme el caballo."

"No, es el tesoro de mi existencia."

"Dime el dinero que quieres y yo te lo doy. No seas tan testarudo." Dijo el *wolang* generoso.

Yanggan fingió estar pensándoselo, luego con expresión apesadumbrada le dijo: "Dado que usted lo desea, no tengo remedio. Deme quinientas monedas de plata y el caballo es suyo."

"Está bien."

[35] Jefe local.

De esta forma el *wolang* se llevó el caballo. Yanggan recogió de su casa las quinientas monedas de plata y se fue a Mengjianga a hacer negocios[36].

[36] De la Colección de Cuentos Populares de la Nacionalidad Wa.

¿Fuego de arena?

Hace muchos, muchos años había entre los Wa un pobre muchacho cuyos padres habían muerto de forma súbita, dejándole sólo en el mundo, con un buey muy fuerte como única herencia. El terrateniente de la aldea llevaba un tiempo intentando apoderarse de ese buey, pues de hecho, era un animal excepcional admirado por todos, por lo que estando aún caliente el cuerpo de los padres se presentó ante el huérfano diciendo: "Eh, chico, ya sabes que este buey es hijo de mi mula. Hace ya mucho tiempo que se lo presté a tus padres, pero ya va siendo hora de que pienses en devolvérmelo."

El huérfano no le creyó, pero ¿cómo oponerse a tan poderoso señor? Sin ver otra salida, propuso plantear ese asunto ante el consejo de la aldea un par de días después.

El día elegido todos los habitantes de la aldea y las cercanías se habían reunido. Niños y viejos, hombres y mujeres, todos comentaban en voz baja la osadía del rico, pero nadie se atrevía a decir nada. Esperaban la llegada de Datai, famoso por su ingenio siempre puesto en la defensa de los pobres. Unos y otros se miraban sin entender cómo aún no había llegado.

Por fin le vieron aparecer en el camino, andaba pausado con aspecto de cansado. Cuando llegó donde la gente estaba congregada algunos le preguntaron: "Datai, Datai, ¿cómo has tardado tanto? Llevamos toda la mañana esperándote para ver este asunto."

"Disculpad, disculpad, pero es que en el camino me encontré que la arena estaba ardiendo, y me entretuve en

apagar el fuego con hierba seca." Al escuchar sus palabras todos se quedaron extrañados sin saber que decir. Sólo el rico del pueblo, sin poder contenerse saltó: "Datai, Datai. No digas memeces, ¿Cómo quieres que creamos que va a arder la arena? ¿Cómo vamos a creer que has apagado el fuego con hierba seca?

"Bueno, bueno" respondió Datai "nadie puede creer que la arena arda, ni que la hierba seca apague el fuego, pero tú pretendes que creamos que de tu vieja mula ha nacido este gran buey."

Al escuchar sus palabras el rico se alejó sin decir nada.

No abras a nadie

Un día el jefe le dijo a Dadai: "Mañana despiértame temprano que voy a ir a recoger los alquileres de mis aparceros."

Dadai, siempre dispuesto a jugársela, aprovechó que la luna brillaba con fuerza para despertar al amo a media noche.

"Amo" le dijo "ya está amaneciendo. Anoche me pidió que le despertara temprano."

El amo se vistió y salió de la casa. Antes, instruyó a Dadai. "Salgo ahora recoger las rentas. Si alguien llama en mi ausencia de ninguna forma debes abrir la puerta."

Así que el amo salió de casa, pero como aún no había amanecido todos sus aparceros seguían durmiendo y no pudo recoger nada. Entonces volvió a su casa. Llamó a la puerta pero Dadai contestó:

"Mi amo ha dado instrucciones para que no abra la puerta a nadie."

Y por más que el amo gritaba asegurando ser él, Dadai cumplió fielmente sus órdenes, forzándole a pasar la noche al raso.

Matando moscas

Una mañana Yanjing se fue de visita a casa de su amigo Foye, pero al llegar se encontró con que éste se disponía a salir. Prometiendo volver pronto Foye pidió a su amigo que vigilara la casa, especialmente un buen trozo de carne que tenía almacenado. Yanjing por el contrario, en cuanto hubo perdido de vista a su amigo, se dirigió al caldero donde estaba la carne y se la comió sin dejar ni rastro. Luego, preocupado por la reacción de su amigo, se puso a cazar moscas, que metió en el caldero.

Cuando Foye volvió lo primero que hizo fue preguntar por su carne. Yanjing le informó con cara triste que desgraciadamente se la habían comido las moscas. Foye fue corriendo al almacén, y en cuanto abrió el caldero cientos de moscas salieron volando por el cuarto. Se sentía tan enfadado por haber perdido su preciado tesoro, que agarró una estaca lanzándose como un loco contra las moscas. Allí donde una se posaba enseguida la golpeaba Foye. Estaba tan ensimismado en su venganza que no se fijó que una mosca se había posado en la cabeza de su amigo. Sólo vio al insecto parado y le atizó un estacazo tan fuerte que no sólo le mato, sino que dejo a su amigo desmayado durante un buen rato.

Al despertar un buen chichón le quedó en la cabeza[37].

[37] De Cuentos populares ingeniosos de China.

ETNIA YAO

La minoría Yao (con una población de dos millones y medio de personas) es un conjunto de grupos étnicos, con varios lenguajes y tradiciones culturales distintas que tienen un común un concepto de la historia que les ha colocado al margen de la civilización china. Su propio nombre, no compartido por todos ellos, sugiere que su origen se sitúa en los pueblos que dejaron sus tierras en la cuenca del río Yangtzé a los colonizadores chinos, y recibieron a cambio el privilegio de no pagar impuestos ni realizar servicios personales. Ese hecho fundacional se encuentra en el origen histórico de la mayoría de los Yao, y es a la vez refrendado por documentos históricos que confirman dichos derechos, guardados celosamente por cada clan.

La primera migración de los Yao a las montañas no fue más que el inicio de la serie de interminables migraciones que a lo largo de quince siglos les ha llevado a ocupar algunos de los más inhóspitos territorios del sur de China y los países del Sudeste Asiático, pues la lenta colonización china de territorios situados cada vez más al sur, forzó a los Yao a abandonar un hogar tras otro, a veces tras presentar una resistencia heroica a los ejércitos invasores.

Como fruto de ese continuo contacto con los chinos y a la vez esa continua huida, los Yao presentan dos características culturales importantísimas: la preservación de creencias y rituales taoístas tal como se practicaban hace siglos, y la creación de un estilo de pintura religiosa taoísta que ya es único en el mundo.

El caballo de los mil li[38]

En una fiesta importante de la ciudad se había preparado una carrera de caballos. Puhe deseaba participar y acudió llevando un viejo caballo. Al llegar a la ciudad ató su caballo a un árbol y le dejó descansando a la sombra, reuniéndose después con la gente. El resto de los caballos, en cambio, se habían reunido al sol cerca de la línea de salida, esperando el momento de iniciar la carrera. Cuando llegó la hora de empezar el juez de la carera preguntó: "¿Ya han llegado todos?"

Camuflado entre la multitud Puhe contestó: "No, no, aún falta gente." El juez decidió entonces esperar un poco a que llegaran todos los participantes. Los caballos seguían esperando al sol el inicio de la carrera y la gente comentando las cualidades de uno y otro. Pasado un tiempo el juez de la carrera volvió a preguntar si ya habían llegado todos los participantes, y Puhe de nuevo, esta vez desde otro lado contestó que aún faltaba gente. La mañana siguió avanzando, y los caballos al sol se iban cansando. Entonces Puhe se dirigió donde su caballo descansaba y dijo: "Ya estamos todos."

Entonces los caballos fueron a la línea de salida y la carrera se inició. Completamente fresco su caballo corrió hacia delante como un loco llegando el primero a la meta, ya que los otros caballos, cansados como estaban de haber pasado toda la mañana al sol, no pudieron alcanzarle. Puhe

[38] Li es una medida de longitud china que equivale aproximadamente a medio kilómetro.

se llevó el premio, que entregó a una niña vecina suya que estaba enferma.

Pero el rico de la ciudad se sentía decepcionado. Había soñado con entregar el premio a su princesa y la derrota le reconcomía las entrañas. Decidió hacerse como fuera con el caballo ganador, y un día se acercó a ver a Puhe con intención de comprarlo. El propio Puhe, desde la victoria de su caballo no había perdido el tiempo en promocionarle, y ya era conocido como "El caballo de los Mil Li" por la velocidad con la que había corrido esa carrera.

Así cuando el rico llegó y le ofreció 1000 liang[39] de plata, Puhe rechazó su oferta, alegando que el "Caballo de los Mil Li" era el orgullo del pueblo y no se podía vender. "Ni por 3000 liang de plata se lo podría ceder" aseguró. Pero como el rico insistía e insistía Puhe dijo al fin: "La única solución que veo es venderos por 1000 liang de plata un huevo de este caballo, con la esperanza de que en el futuro podáis conseguir un caballo de estas cualidades." El rico no tuvo más remedio que aceptar y así cerraron el trato.

Unos días después Puhe se presentó en casa del rico con una calabaza madura, convenientemente pulida que presentó al rico como si fuera un huevo de caballo, y recomendándole que le empollara una persona, le insistió en la necesidad de que el huevo no se helara. Desde entonces, día y noche se turnaban el rico y su mujer empollando el huevo de caballo. Pasaron mil incomodidades, cansados no paraban de sudar, los miembros se les adormecían.

Por fin, pasados seis meses, la calabaza se pudrió, saliendo un líquido viscoso y maloliente. El rico la llevó al bosque pensando que era el potrillo que nacía, colocando la calabaza podrida justo sobre el lugar donde una liebre,

[39] Medida de peso china, que equivale a unos 50 gramos.

asustada por la llegada del hombre, se había escondido. La liebre se asustó al sentir la calabaza sobre ella, y de un salto salió corriendo impregnada en ese líquido viscoso y maloliente perdiéndose en el bosque. El rico, pensando que era el potrillo que nacía, le intentó perseguir sin éxito, volviendo a casa maravillado por la velocidad con la que el recién nacido había escapado y lamentando los 1000 liang de plata perdidos. Pero no dijo nada a nadie pensando que se reirían de él por haber perdido esa oportunidad[40].

[40] De cuentos ingeniosos populares de China.

La venganza de Subaonu

Hace muchos años vivía entre los Yao un muchacho llamado Subaonu. El pobre se había quedado huérfano de corta edad y se ganaba la vida cuidando las vacas del terrateniente. De esa forma, día tras día salía de casa a los campos en terrazas, pasando el día completo al cuidado de las vacas. Un día, súbitamente el cielo se oscureció, unas negras nubes lo cubrieron por completo, y entre un estrepitoso sonido de truenos se desató una violenta tormenta. Subaonu se refugió como pudo de la lluvia, y cuando ésta amainó se dirigió a casa con las vacas. En el camino notó que el agua había estropeado una de las terrazas y removiendo la tierra dejaba ver algo brillante. Se acercó a comprobar de qué se trataba descubriendo que era un tesoro de objetos de plata.

Sin saber qué hacer con el tesoro, arregló cuidadosamente la terraza, dejándola como estaba, y fatigado por la ardua labor se puso en camino de vuelta a casa.

A partir de ese día cuando salía al campo a cuidar de las vacas un rayo de alegría se reflejaba en su cara. Muchas veces iba murmurando para sí: "Hoy soy pobre y mi vida es dura. Pero el año que viene las cosas cambiarán." El amo extrañado notó que el muchacho se había transformado. Intentando averiguar lo que había pasado le observó con más detenimiento. De tal forma que un día le escuchó murmurar sus palabras habituales y enseguida pensó "Está claro que este chico ha descubierto un tesoro."

Acto seguido empezó a pensar en la manera de descubrir dónde lo había escondido para poder arrebatárselo.

Siguiendo su plan una mañana le regaló a Subaonu un esqueje de naranjo. Unos días después fue a ver dónde le había plantado. Examinando el terreno cercano, descubrió una terraza cuya tierra aún tenía muestras de haber sido removida recientemente.

Ahora tenía que buscar una oportunidad para alejar al muchacho de su tesoro. Ésta le llegó con la invitación de un familiar cercano para asistir a un banquete a su casa. El amo, fingiéndose cansado, pidió a Subaonu que fuera en su lugar, y aunque el chico se negó una y otra vez, no tuvo más remedio que obedecer al señor, y ponerse en marcha rumbo a la casa de sus parientes, donde estuvo participando en la fiesta.

Cuando Subaonu se hubo alejado el señor se dirigió al campo. En el lugar que ya sospechaba se puso a excavar. En cuando excavó un poco vio aparecer el brillo de la plata, la sacó de allí y se la llevó a su casa, volviendo a dejar la terraza como si nada hubiera cambiado.

El chico pasó una noche en casa de los parientes regresando al día siguiente. En cuanto salió al campo con las vacas se dio cuenta que el amo le había birlado el tesoro, pues la tierra aún tenía señales de haber sido removida. A partir de entonces, cuando cada día salía al campo con sus vacas siempre estaba de mal humor, maldiciéndolas por cualquier cosa y dándoles latigazos por cualquier motivo. El amo pensó preocupado: "Este chico aún es joven pero el odio está creciendo en su interior. Será mejor que me deshaga de él antes de que acabe vengándose en mí."

De esta forma ordenó a algunos servidores que fueran a buscar a Subaonu y lo trajeran atado a su mansión. Luego les hizo encerrarlo en una gran jaula, y unos días después les dio instrucciones para que le echaran al estanque para que se ahogara. Pero cuando los servidores

llevaban a Subaonu encerrado en su jaula al estanque se levantó una tormenta muy fuerte. Tanto que la lluvia caía con la fuerza de cuchillos. Los sirvientes, asustados, dejaron la cesta y buscaron un lugar de refugiarse. Al llegar ante el amo le dijeron que el chico ya estaba muerto.

Subaonu, sin embargo huyó a tierras lejanas, donde paso unos años difíciles, sufriendo mil dificultades y curtiéndose en las vicisitudes de la vida.

Un día encontró una llave, y con ella se dirigió de vuelta a la mansión del señor. Al llegar se presentó sin previo aviso ante él. Cuando le vio frente a sí, la cara del señor se transformó, sin saber qué decir empezó a tartamudear. "Yo…yo.., tu… tu. ¿Cómo puedes estar aquí?"

"Ya sé que pensó que había muerto ahogado en el estanque, pero no ha sido así." Le dijo Subaonu con una sonrisa feliz. "Tuve la suerte de que al llegar al fondo del estanque me encontré con el Rey Dragón[41], que quiso hacerme su yerno y me casó con su hija. El Rey Dragón tiene armarios y armarios llenos de tesoros. Y ahora disfruto con él de todas sus riquezas. Como ve, aunque sus intenciones eran malas, me hizo un gran favor ese día."

El amo le escuchaba asombrado. Las dudas con las que en un principio acogió sus palabras fueron desapareciendo según veía el talante amistoso de Subaonu. Por ello, tras escuchar durante un buen rato las descripciones de las innumerables riquezas que se encontraban en el Palacio del Rey Dragón, el amo le preguntó cuándo podría hacerle una visita.

Subaonu le contestó: "Yo vuelvo allí mañana. Si quiere me puede acompañar. Pero para eso tiene que

[41] El Rey Dragón es el Dios de las Aguas, que vive según las leyendas en un fabuloso palacio lleno de joyas en lo más profundo de los lagos.

preparar una cuba de madera y un cántaro de agua, y seguir al pie de la letra mis instrucciones."

El amo prometió que así haría y enseguida pidió a sus criados que prepararan la cuba y el cántaro.

Al día siguiente cuando todo estuvo listo. Subaonu y el amo se pusieron en marcha camino al estanque. Al llegar a la orilla, Subaonu dijo al amo que preparara unas cuantas piedras, y acto seguido se subió a la cuba de madera indicándole que ocupara el cántaro. Fueron navegando hasta el centro del lago, donde el agua era más profunda, y entonces Subaonu empezó a golpear con sus piedras en la madera de su cuba, indicando al amo que hiciera lo propio. Y así, golpeando cada vez con más fuerza el cántaro acabo por romperse y el amo se hundió en las profundidades del lago yendo a reunirse con el Rey Dragón[42].

[42] Traducido de Cuentos chinos y extranjeros sobre personajes ingeniosos.

ETNIA YI

Los Yi son una de las minorías más interesantes y con más de ocho millones de habitantes, una de las más populosas de China. Sin embargo son una de las menos conocidas. Tal vez sea debido a su carácter elusivo, a habitar en lo alto de las montañas, o al celo con el que se han empeñado en mantener su cultura. Su desconocimiento también tiene connotaciones políticas, pues a lo largo de la historia defendieron fieramente su independencia de los invasores chinos. De hecho, los de la prefectura de Liangshan sólo fueron integrados en la administración china tras 1949.

El desconocimiento de los Yi también se debe en parte a la complejidad de su cultura. Pues bajo esa denominación "yi" se engloban casi un centenar de entidades étnicas con grandes diferencias culturales, lingüísticas, religiosas e históricas. Mientras que algunas ramas Yi cuentan con poblaciones que superan el millón de personas, otras apenas son varios miles. La falta de una clara identificación y protección de los diversos grupos étnicos considerados Yi, puede poner en peligro la supervivencia de la cultura y lenguaje de los más pequeños.

La complejidad del mundo yi se refleja también en su idioma. Pues se considera que los Yi hablan seis idiomas diferentes con numerosos dialectos. Tienen una escritura propia, pero la forma de escribir es diferente entre los Yi de Sichuan y los de Yunnan, habiendo diferencias locales incluso entre los de esta última provincia.

Leyendo Maldiciones

Había una vez una pareja de jóvenes que trabajaban en la casa del *tusi* como servidores. La chica era muy guapa y el *tusi* la estaba molestando continuamente. No sintiéndose capaz de soportar por más tiempo el acoso del *tusi* fueron a pedir consejo a Luomo Azhi.

Cuando estuvieron ante él la chica estalló en lágrimas asegurándole que no podría tolerarlo más. Ante esa situación ella solo veía dos soluciones: o matar al *tusi* o matarse ella misma. Azhi la tranquilizó como pudo aconsejándoles que se escaparan esa misma noche. Ellos protestaron que esa noche no habría ningún barco con el que pudieran cruzar el río Jinshajiang, por lo que enseguida volverían a ser capturados por el *tusi*. Pero Azhi les tranquilizó pidiéndoles que le hicieran caso, que él les ayudaría a cruzar el río.

Siguiendo sus instrucciones esa misma noche abandonaron la casa del *tusi*, escapándose en dirección al río. Tal y como imaginaban no había ningún barco para cruzarlo. Mientras estaban a la orilla del río esperando alguna oportunidad para cruzarlo escucharon la llegada del *tusi* en su busca, a la cabeza de un grupo de hombres armados. Entonces se subieron a un gran árbol y se quedaron allí en silencio.

Pronto llegó el *tusi* y su pequeña tropa al lugar donde estaban. La noche era oscura y aunque los hombres se esforzaban mirando al río con la esperanza de descubrir alguna pista de la pareja huida, no descubrieron nada. Entonces el tusi fue en busca de Azhi y le pidió que

buscara en su libro de adivinanzas cuál era el paradero de la pareja huida.

Con aire ceremonioso Azhi tomó el libro en sus manos, lo abrió al azar y empezó a leer: "En el río hay una montaña, en la montaña hay árboles, en los árboles, personas, en las personas, montañas, y sobre ellas, agua. Y él llega a ese agua y los busca sobre ella."

El *tusi* no entendía nada. Furioso se encaró con Azhi por decir palabras sin sentido. Entonces Azhi se enfadó, y le gritó que con sentido o sin sentido eran las palabras del libro. Intentando ayudar a sus amigos sugirió que las palabras tal vez indicaran que estaban enterrados y el bambú crecía sobre ellos.

El *tusi*, viendo que esa noche no iba a poder capturarles ordenó a su gente que volviera a casa. Antes de irse Azhi lanzó el libro al agua gritando instrucciones para la joven pareja, que al día siguiente cruzó el río y se estableció en las montañas al otro lado[43].

[43] Cuentos Populares Ingeniosos de China.

Esquilando al perro

En aquellos tiempos Luomo Azhi estaba siempre atareado. Se dedicada a cuidar un rebaño de ovejas y no se podía encontrar nadie que lo hiciera con tanto celo como él. Hiciera buen o mal tiempo, todos los días se llevaba a las ovejas a pastar a los densos bosques del interior de las montañas. De esta forma sus ovejas crecían fuertes y hermosas como ningunas, con un pelo largo y tupido que eran la envidia de todo el que las veía. Todo el mundo en la aldea le consideraba un experto ganadero, y ante cualquier problema que surgiera no dudaban en acudir a pedirle consejo.

Un día llegó un mensajero enviado por el *tusi*, que celoso de su ganado, le ordenaba esquilar a sus ovejas al día siguiente, so pena de sufrir un duro castigo. Enfadado por esta arbitrariedad Azhi pensó una solución. Pronto tuvo una idea y contestó al enviado: "Dile a tu amo que mañana sólo esquilare perros y cerdos."

Cuando el *tusi* escuchó su respuesta se enfadó tremendamente con Azhi, y ordenó que al día siguiente se presentara en su palacio. Cuando Azhi llegó el *tusi* le reprendió enseguida:

"Azhi, ¿por qué me insultas de esta manera?"

"Disculpe señor, nada más lejos de mi intención insultarle. ¿Cómo iba a atreverme? Tal vez el mensajero ha interpretado mal mis palabras. Como bien conoce el señor, versado como es en las diferentes ciencias, antes de esquilar las ovejas hay que buscar un día propicio consultando el zodiaco. Como el señor nació en el año del perro debe

tener en cuenta el refrán: "El que es perro que esquile al perro, y el que sea cerdo que esquile al cerdo." Además, hoy es el día del cerdo, y no es posible esquilar ovejas so pena de atraer una gran desgracia, por lo que si el señor lo desea esquilaré perros o cerdos, pero en ningún caso esquilaré las ovejas."

Tras escucharle el *tusi* le dejó marchar, y se quedó pensativo murmurando: "Tiene su razón, tiene su razón"

No se lava bien

Hubo una vez en que el *tusi* se apoderó de quince cabras que eran de la gente del pueblo. Todos veían que la gente ese año no tendría pieles para hacerse ropa de abrigo[44] y tendrían que vestirse con paños.

Shace se sintió muy enfadado, y enseguida se convirtió en el portavoz de la gente. Y así llevó al jefe de la aldea ante el gobierno a acusar al *tusi*. Allí entregaron la acusación al oficial mayor, que sin preguntarles ningún detalle sobre el asunto decidió que el *tusi* ganaba el caso y ellos lo perdían.

Al día siguiente Shace cogió unos pantalones verdes y les llenó de polvo. Luego les colgó bien alto de una pértiga de bambú, y de esta forma se puso a pasear por las calles.

La gente cuando le veía le preguntaba.

"Un pantalón tan sucio ¿Por qué no lo llevas a lavar?"

Shace a todos contestaba:

"Hermano. No es que yo no lo lave. Aquí hay un cielo sin sol y no se puede lavar.[45]"

[44] Todavía hoy muchos de los Yi se visten con una capa de piel de oveja durante el invierno.

[45] De Cuentos chinos y extranjeros de personajes ingeniosos.

El demonio que come patos

Cerca de la casa del *tusi* había un estanque, que todos los habitantes de la aldea utilizaban de forma comunitaria. Habían encargado a un anciano que lo cuidara y éste se ganaba su sustento criando peces en su interior. Pero el *tusi*, hombre ambicioso como pocos, había puesto el ojo sobre el estanque y empezó a pensar un plan para deshacerse del viejo.

Para ello instruyó a sus servidores a que llevaran sus patos a comer al estanque. Ellos hicieron de esta forma, y como los patos cada día comían un buen número de peces, éstos eran cada vez más escasos impidiendo al viejo ganarse la vida. Cuando Gongpo, el pícaro, tuvo conocimiento de este asunto, se sintió tremendamente enfadado con la avaricia del poderoso *tusi*, y pronto se le ocurrió un plan para vengarse de él.

Así, preparó ranas como cebo, y envolvió un anzuelo con su carne, colocando piedras en el otro extremo del sedal, de tal forma que cuando los patos fueron al estanque, comieron las ranas y enganchados por el anzuelo fueron llevados al fondo por el peso que llevaban atados.

Los servidores del *tusi* volvieron a casa a informarle del extraño suceso, y éste no tardo en dirigirse al estanque a comprobar por sí mismo lo que había pasado. Allí se encontró con Gongpo, que primero observó curioso al *tusi* merodeando por la orilla buscando una explicación, y luego le comentó haciéndose el desinteresado: "En este estanque hay demonios."

El *tusi* no le hizo mucho caso, pero como tampoco encontraba una respuesta a la desaparición de sus patos no tuvo más remedio que creer, aunque con recelos, la explicación de Gongpo. Éste, dándose cuenta que no estaba muy convencido, le pidió que volviera por la noche a comprobar por sí mismo la veracidad de sus palabras.

En cuanto el *tusi* volvió a casa, Gongpo preparó gusanos como cebo, y atando a cada uno de ellos un corcho para que flotara y una luciérnaga volvió a la aldea. Al anochecer fue a buscar al *tusi* y juntos se dirigieron al estanque. Desde la orilla el *tusi* se quedó maravillado de ver tantas lucecitas flotando sobre el agua oscura, de repente un pez mordió el cebo, y la luciérnaga, y con ella la luz, desapareció en las profundidades. Luego fue otro, y otro. Las misteriosas luces paulatinamente iban desapareciendo. Mientras Gongpo le susurraba, "son los demonios, son los demonios." El *tusi* no podía explicárselo, Gongpo siguió, "ya vienen, ya vienen". "Me están tocando la pierna", gritó en la oscuridad de la noche, y el *tusi* asustado salió corriendo sin preocuparse si los demonios atrapaban o no a Gongpo.

Tras la huida del *tusi*, Gongpo llamó al viejo y sacando los patos del fondo se los entregó diciendo: "Tuyos son pues tú los has alimentado.[46]"

[46] De Cuentos populares ingeniosos de China.

ETNIA YOGUR

Los Yugu o Yugur hablan tres idiomas diferentes: El Yugur occidental, de la familia altaica, el Yugur oriental, de la familia mongola, y el chino. Viven en la provincia de Gansu, en el Distrito autónomo de Sunan. Sus antepasados eran los llamados Huigu, que durante la dinastía Tang vivían en el corredor de Hexi, una franja de la provincia de Gansu que por ser un poco más fértil que las tierras de alrededor era parte del camino principal de la Ruta de la Seda.

En el siglo XVII se les conoce como Huangtou Hexi o Saliweir.

Sus ropas y mantas están llenos de elaborados bordados. Tratan muy bien a los huéspedes, especialmente los que viven los que viven en zona de bosque o montaña muy aislada, recibiéndoles con té, vino y obsequiándoles con cordero para el camino. Sus alimentos básicos son el trigo y el cordero. Son muy aficionados al té.

Entre sus tabúes destaca la prohibición de comer carne de mulo o caballo. El caballo es muy importante para ellos, las carreras de caballos son su deporte favorito, que suelen congregar a toda la gente de la vecindad.

La mayoría son lamaístas, de la secta *gelupta*. A lo largo de su historia han seguido distintas religiones, siendo en diferentes momentos chamanistas, budistas y maniqueos, y lamaístas desde la dinastía Yuan.

A través de una rica literatura oral se ha trasmitido un enorme volumen de mitos, leyendas, canciones y cuentos. Entre los más populares están los cuentos de Mula, y los largos poemas narrativos Huangdaishen y Sanamak.

El Ingenioso Mula

El ingenioso Mula se quedó huérfano a temprana edad, pues su madre murió cuando él tenía siete años y su padre cuando tenía nueve. Un rico ganadero que vivía en la vecindad, al saber de las dificultades de Mula se lo llevó a casa para que trabajara para él. Pero aunque Mula pastoreaba las ovejas todos los días, apenas recibía un poco de comida y ropa. Estas dificultades le ayudaron a convertirse en un joven fuerte e inteligente.

Hubo un día en que dos grandes lobos atacaron el rebaño que el cuidaba matando a un gran cordero. Mula dio la carne del cordero muerto a algunos pobres pastores y llevó la piel, la cabeza y las pezuñas al ganadero. Enfurecido el amo le gritó. "O me pagas este cordero o tendrás que pagarme con tu vida." Mula le contestó muy tranquilamente: "Mata a los lobos y te prometo que no les dejaré que maten ningún cordero más."

Al día siguiente el amo salió con Mula llevando consigo un arco y unas flechas. Al llegar a los pastos se fue a buscar los lobos. Mula, conociendo su mala puntería, mató otros dos buenos corderos distribuyendo su carne entre los pobres. Cuando el amo volvió por la tarde Mula fingió sentirse consternado mientras le mostraba dos juegos de cabezas y pezuñas: "Mire amo, los lobos han vuelto y han matado a otros dos corderos. ¿Qué puedo hacer?" Acabó entre lágrimas.

Suspirando le dijo el amo: "Lleva el rebaño a casa. Mañana seguro que podré matar a los lobos." Durante los días siguientes otros ocho corderos fueron muertos aunque

el amo no vio ni rastro de lobos. Luego un día se quedó con Mula mientras cuidaba el ganado, pero no apareció ningún lobo. Sospechando que Mula le engañaba le dijo: "¿No dices cada día que vienen los lobos a matar mis corderos? ¿Por qué hoy no ha venido ninguno?" Pero Mula le respondió enseguida. "Señor, eso es porque los lobos saben que usted es más fuerte que ellos y no se atreven a atacar."

Pensando que esa sería la solución al amo estuvo varios días pastoreando con Mula, pero pronto se aburrió de esa tarea y un día le dijo a Mula:

"Si viene un lobo ve a casa a llamarme."

"Si voy a buscarle ¿qué le pasará al rebaño sin nadie que lo cuide?" Le contestó Mula.

"Toma mi arco. Y si viene algún lobo, le disparas."

"Nunca aprendí a cazar y no sé cómo usar el arco."

Cada vez más impaciente el amo le dijo: "Bueno. Hoy yo regreso a casa antes que tú. Y ya pensaremos algo para el futuro."

El amo se fue y Mula mató otros diez corderos repartiendo su carne entre las familias pobres. Al volver a casa llevó las pieles, cabezas y pezuñas al amo, entregándoselas mientras gritaba: "Mi señor. No importa lo que diga. No me atrevo a cuidar más de su rebaño. Según se fue usted cinco grandes lobos nos atacaron y en un momento mataron diez corderos. Casi me matan a mí también."

Por la noche el amo estuvo pensando en estos sucesos y llegó a la conclusión de que debía de ser el propio Mula quien mataba sus corderos, de tal forma que a la mañana siguiente, cuando Mula salió a los pastos, el amo le siguió a escondidas. Luego, cuando Mula se disponía a matar un cordero, el amo salió de su escondite, sorprendiéndole *in fraganti*. Para castigarle le encerró en una cabaña de barro pensando que con el frío que hacía por la

noche se moriría el sólo y no tendría que dar cuentas a nadie por su muerte.

A la mañana siguiente el amo miró por una rendija de la cabaña esperando ver a Mula muerto, pero para su sorpresa el muchacho no sólo no estaba muerto de frío, sino vivo y sudando abundantemente. Así que abrió la puerta y le preguntó: ¿Cómo puedes tener tanto calor tras una noche tan fría?"

Mula no respondió, como guardando un secreto. El amo se enfadó y le amenazó: "Si no me lo dices haré que te corten la cabeza." Entonces Mula le susurró: "Es porque llevo un abrigo mágico que heredé de mis antepasados. Me protege del frío y la enfermedad así como contra flechas y cuchillos. En realidad me puede conceder cualquier deseo."

El amo creyó todas sus palabras, por lo que deseando tener esa mágica prenda, le pidió que le vendiera ese abrigo y a cambió se olvidaría de los corderos muertos. Mula le contestó:

"Mi padre me dijo que no lo vendiera nunca."

"Te daré todo mi rebaño. ¿Te parece bastante?"

"Siendo usted, amo, no me queda más remedio que aceptar. Espero que los dioses me protejan." Dijo Mula de mala gana. Entonces se arrodilló solemnemente e hizo tres reverencias al cielo. Cuando iba a entregar su abrigo al amo le preguntó: "¿Y qué voy a llevar yo?"

"No hay problema. Quédate tú con mi abrigo."

De esa forma efectuaron el cambio. Salieron de la cabaña, y a pesar de que hacía una hermosa mañana Mula fingió tener frío. El amo en cambio, atribuyendo el calor del sol a su recién adquirido abrigo no paraba de decir: "Uy, cómo abriga esto."

En cuanto se separaron Mula se llevó su rebaño lo más lejos que pudo, mientras que el amo deseando mostrar a todos sus conocidos su maravillosa adquisición, se puso en camino a casa de un amigo. Pero el tiempo cambió

súbitamente, levantándose una ola de frío que le dejó muerto antes de llegar a ningún sitio.

Mula distribuyó los corderos del amo entre las familias más pobres, narrándoles cómo había engañado al amo. Todos se reían contentos por el resultado de su ingenio, pero le preguntaban extrañados cómo podía haber pasado la noche en la cabaña sin morirse de frío. Mula se había pasado saltando toda la noche de su encierro y de esa forma en vez de morir había estado sudando[47].

[47] Traducido de Zhang y Stuart. Blue Cloth and Pearl Deer: Yugur Folklore.

ETNIA ZHUANG

Los Zhuang rinden culto a la naturaleza y a los antepasados. Ellos piensan que todos los fenómenos tienen su espíritu que les gobierna, así existe para ellos el Dios del Sol, el Señor del Trueno, el Dios del Viento y el de la Lluvia. Cada cosa sobre la tierra también tiene su espíritu. Cada montaña, cada árbol, cada flor. Y si además tiene una forma extraña puede ser una manifestación de su poder, convirtiéndole en un objeto sagrado. A las fuerzas de la naturaleza les realizaban ofrendas dos veces al año.

Los animales también tienen su espíritu. Antiguamente cada clan pensaba que un animal era su ancestro, al que le consideraban su tótem. Los tótems principales de los Zhuang tienen relación con la producción agrícola, como el trueno (produce la lluvia), la rana, el cocodrilo, la serpiente (tres animales relacionados con el agua), el perro y el búfalo (que ayuda a trabajar los campos). De ellos el más importante es el Señor del Trueno, que gobierna el mundo y reparte la lluvia a los hombres. Se le representa como un gran pájaro con forma humana. Una especie de gran fénix.

El culto a las fuerzas de la naturaleza convive con el culto a sus ancestros. De hecho en cada aldea hay un Templo del Lugar, donde se veneran las fuerzas de la naturaleza, y un Templo de la Tierra, donde se venera a los antepasados. Los Zhuang nunca cortan los árboles de la montaña situada detrás de su aldea, pues piensan que allí viven los dioses que les protegen. Una muestra clara que desde tiempo inmemorial los Zhuang conocían la relación existente entre la deforestación y el aumento de la peligrosidad de las inundaciones.

El huevo del pato

Hace tiempo vivió por estas tierras un hombre muy listo llamado Gam Lo. Desde pequeño la fama de su ingenio se extendió hasta tierras lejanas. Un día, el mandarín, dispuesto a probarle, llamó a su abuelo y le dijo: "Quiero que me regales un huevo de pato macho, si no lo haces no me mostraré clemente y puede que llegue a matarte."

El abuelo volvió a casa asustado y durante varios días no pudo comer ni dormir. Cuando Gam Lo le vio tan nervioso le preguntó: "¿Qué te pasa abuelo? ¿Por qué no comes nada?"

"Ah. El mandarín me ha pedido que le lleve un huevo de pato. ¿Mas cómo puedo encontrar un pato que ponga huevos?"

"No te preocupes abuelo." Le dijo Gam Lo, yo me ocuparé de esto."

"Pero date prisa." Le dijo su abuelo. "Tengo que llevárselo antes de tres días. Si no, es posible que me mate."

"¿Tres días? No hay problema."

Pasó el primer día, y el segundo, y el abuelo, viendo que Gam Lo estaba muy tranquilo, le increpó nervioso. "Se está haciendo tarde y aún no me has traído un huevo de pato. Me acabará matando. ¿Qué es lo que te pasa?"

Cuando llegó el tercer día Gam Lo dijo a su abuelo. "No te preocupes que iré a decir al mandarín que no hemos

conseguido un huevo de pato." Así que se puso en marcha y llegó al palacio del mandarín. Le llevaron a su presencia y éste le preguntó: "¿Qué es esto? ¿Cómo es que no ha venido tu abuelo?"

"Mi abuelo no puede salir de casa pues acaba de dar a luz a un niño." Le dijo Gam Lo.

"¿Qué tonterías dices? ¿Cómo va estar un hombre pariendo un niño?" Le dijo enfadado el mandarín.

"Si un hombre no puede parir ¿cómo va a poner huevos un pato?" Contestó Gam Lo.

Al escuchar sus palabras el mandarín admitió que su demanda era ridícula y reconoció la victoria de Gam Lo[48].

[48] Traducido del inglés de: Bwz Licuh y Margaret Milliken. Al Grandfather's Knee.

La verdadera santidad de Buda

El señor era un ferviente budista, y desde hace muchos años, tenía por costumbre, al llegar el Año Nuevo acudir al templo a pedir a Buda buenas cosechas para el año siguiente. Por ello, en la víspera envió a Leitui a comprar las ofrendas, y el propio día de Año Nuevo le pidió que le acompañara.

Al llegar al templo el señor se dirigió al salón principal, donde tras realizar las ofrendas pertinentes se postró ante la imagen de Buda desgranando las peticiones que le hacía para el año siguiente. Estaba concentrado en sus rezos cuando de repente oyó una voz que decía: "Vete, vete, deja tus regalos y vete."

El señor se quedó extrañado, y aunque no pensó que el Buda le pudiera hablar, tampoco se atrevía a levantar la cabeza, por lo que cuando Leitui le agarró del brazo para que saliera, se dejó llevar fuera del templo.

Al día siguiente, todavía extrañado por ese suceso, el señor envió a Leitui al templo a recoger las ofrendas. Este se demoró mucho tiempo en el camino, regresando a casa con las manos vacías. Cuando el señor le preguntó por las ofrendas, Leitui dijo que el Buda se las había comido.

Todavía extrañado el señor alabó al Buda por su bondad dando por olvidado el asunto.

Como es de suponer las palabras del templo no procedían del Buda, sino un loro al que Leitui entrenaba cada día y al que había escondido tras la imagen del Buda.

La comida ofrecida a los dioses la repartió Leitui entre los pobres y huérfanos, que al menos por una vez disfrutaron del banquete de Año Nuevo[49].

[49] Traducido de Cuentos Populares ingeniosos de China.

Bibliografía

- Blackburn, Stuart. *Himalayan Tribal tales - Oral tradition and culture in the Apatani Valley*. Brill. 2008.
- Bwz Licuh y Margaret Milliken. *At Grandfather's Knee-Zhuang Folk Tales from Wuming*. Beijing. 2001.
- Causeman, Margaret (ed.). *Cuentos eróticos y mágicos de las mujeres nómadas tibetanas*. Paidós. Barcelona. 1996.
- Ceinos Arcones, Pedro. Sons of Heaven, brothers of Nature: The Naxi of Southwest China. Kunming. 2012.
- Ceinos Arcones, Pedro. *La Creación del Mundo y otros mitos de los Naxi*. Kunming. 2014.
- *Colección de Cuentos Populares de la Nacionalidad Wa* (Wa zu minjian gushi jicheng). Kunming. 1990.
- *Cuentos nacionales y extranjeros de personajes ingeniosos. Vol 1*. Editorial de la Cooperación Industrial de China. Beijing. 1994.
- Dessaint, William y Avòunado Ngwama. *Au sud des nuages – Mythes et contes recueillis oralement chez les montagnards lissou (tibéto-nirmans)*. Gallimard. 1994.
- Dorje, Rinjing. *Tales of Uncle Tompa the legendary rascal of Tibet*. Station Hills. 1997.
- *Gran Serie de Cuentos de las minorías de China 16 vols*. Editorial de la Literatura y el Arte de Shanghai. Shanghai. 1995.
- Lewis, Paul. *Akha Oral Literature*. White Lotus. Bangkok. 2002.
- *Selección de cuentos de la Prefectura Autónoma de los Zhuang y los Miao de Wenshan Vol 3*. Wenshan. 1987.

- *Selección de Cuentos de Personajes ingeniosos de las minorías de Yunnan*. Editorial de la Literatura Popular de China. Kunming, 1981.
- Stuart, Kevin, Li Xuewei y Shelear. *China's Dagur minority: Society, shamanism and Folklore*. Sino-Platonic Papers. 1994.
- Xun He. *Jia Jin – Cuentos del personaje ingenioso de la nacionalidad Buyi*. Editorial de las Nacionalidades de Guizhou. 1987.
- Yu Hang y Shu Zhou. *Cuentos populares ingeniosos de China*. Editorial de la Radio y Televisión de China. 1996.
- Zhang Juan and Kevin Stuart. *Blue Cloth and Pearl Deer: Yugur Folklore*. Sino-Platonic Papers. 1996.
- Zhao Zhengxiu y Sha Li. *Ayidan - Cuentos del personaje ingenioso de los Naxi*. Editorial de las Nacionalidades. Beijing. 1999.